
El Hombre Perfecto
Sophie Saint Rose

El hombre perfecto

Sophie Saint Rose

Davinia había conseguido el éxito profesional, pero su vida sentimental era un desastre. Cuando su amiga Clare le regaló a su hombre perfecto, se sintió muchísimo mejor. Pero al conocerle en persona se preguntó si lo que quería era la perfección o la realidad, pues sentía que era mil veces mejor.

Indice

Indice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo

Capítulo 1

Davinia se despertó sobresaltada. Respirando agitadamente, se pasó la mano por el pecho dándose cuenta que estaba sudando. Tenía el camisón empapado y apartó las sábanas apoyando los pies sobre el suelo de madera. La angustia la recorrió de nuevo. Tenía la sensación de que no respiraba bien como cada noche. Se levantó y fue hasta el baño abriendo el agua del agua fría y mojándose la cara. Piensa, Davinia. No te ocurre nada. Sólo es ansiedad. Respiró hondo negándose mentalmente a tomar las pastillas que le había recetado el médico. Se pondría bien. Sólo necesitaba unos minutos y se pondría bien. Sus ojos se llenaron de lágrimas y apretando las manos en el borde del lavabo, salieron incontrolables.

No tenía ninguna razón para estar así. Tenía un puesto de trabajo muy bueno, disponía de dinero para hacer lo que le apeteciera y su familia la adoraba, pero el vacío que sentía dentro cada vez era mayor y temía no poder controlar lo que le estaba ocurriendo.

Puso la mente en blanco como le habían enseñado a hacer en yoga y unos minutos después ya estaba más tranquila. Se dio una ducha de agua fría y cuando salió, se puso una bata para hacerse el desayuno. Debía seguir la rutina para que su mente estuviera distraída. Abrió la nevera para coger los huevos cuando llamaron a la puerta sobresaltándola.

—¡Feliz cumpleaños! —dijeron desde el otro lado haciéndola sonreír.

Cerró la nevera y fue hasta la puerta abriendo los tres cerrojos para dejar pasar a su amiga Clare, que aún estaba en pijama. —Los vecinos se van a quejar.

—¡Es la hora de levantarse! —gritó antes de cerrar la puerta y soltar una risita.

—Serás mala.

—Que se fastidien. Siempre están metiendo las narices en todo. —Levantó una bolsa que tenía en la mano. —Felicidades. Veintisiete hay que celebrarlos.

—Lo que me faltaba. Cumplir un año más.

—Esto te va a encantar.

Cogió la bolsa y la abrió para sacar un DVD. Frunció el ceño dándole la vuelta y viendo el rostro de un hombre. Sólo ponía “El hombre perfecto”. —¿Qué es esto?

Su amiga se echó a reír apartándose un mechón castaño de la frente. —¡Es el hombre perfecto! ¿No has oído hablar de él?

—No, ¿es un cantante nuevo o…

Clare se echó a reír y fue hasta la cocina. —Es un acompañante.

—¿Un acompañante? No te entiendo.

Su amiga cogió varios huevos más y los puso sobre la encimera antes de coger una sartén mirándola de reojo.

—Clare, suéltalo ya. ¿Por qué crees que necesito un acompañante? Y más aún de mentira.

—Mira. Eres preciosa. Mucho más que yo. —Davinia se sonrojó. —Tienes unos rizos rubios

que cualquier mujer mataría por tener y unos ojos verdes esmeralda que la verdad, serían para que te odiara por ser más guapa…

—Vaya, gracias.

—Y eso por no hablar que tienes un cuerpo que te puedes poner lo que quieras. No como yo, que tengo el culo de Beyoncé.

—A Beyoncé le va muy bien.

—Y a mí también. Eso es lo que quiero decir, que a ti no te va tan bien. ¿Y cuál es la razón?

—Ni idea.

—Que no sales de casa. Creo que te da miedo mantener una relación con un hombre y nunca te he preguntado por qué —dijo al ver que se tensaba—. Aunque espero que alguna vez me lo digas.

—Si te estás imaginando que me han violado o algo así…

—¿No ha sido eso? —Sorprendida rompió un huevo. —¿Entonces?

—Siempre se me han dado mal los hombres. ¡Soy muy tímida cuando intentan ligarme y piensan que no me interesan! ¿Contenta? Sólo he tenido una relación en la universidad y fue porque era un descarado que sólo quería sexo. ¡Si ni siquiera salimos solos ni una sola vez en dos años! Quedábamos con los amigos y después me lo hacía en su coche. Te puedo asegurar que después de tener una relación así, huyes de los hombres como de la peste. Y más aún cuando después de dejarlo, uno de sus amigos me dice que él le contaba todos los detalles de nuestros encuentros.

—Ese tío era un cabrón.

—No sé tratar a los hombres.

—Por eso vas de dura, ¿verdad?

Se sonrojó con fuerza.

—Y eso está empezando a pasarte factura. Te sientes sola y eso te lo va a solucionar. Además, es perfecto porque así practicarás. Esto te pasa por no tener hermanos.

—No necesito un hombre.

—Claro que sí. Por eso te he regalado al hombre perfecto. —Su amiga dio saltitos aplaudiendo. —Así aprendes a relacionarte con uno.

Miró el DVD entre sus manos. —¿Cómo va a solucionar mis problemas un hombre de mentira? Y encima no puedo ni tocarlo. ¿Cómo se ve esto? ¿A través del televisor?

—Esa es la segunda parte del regalo. Emocionada salió corriendo de la cocina y Davinia suspirando se encargó de los huevos dejando el DVD sobre la encimera.

—¡Cha, chan!

Se volvió sobre su hombro para ver que Clare tenía en la mano lo que parecía una consola de videojuegos y puso los ojos en blanco. —Devuélvelo. Eso ha debido ser carísimo.

—Por eso te he dado el DVD primero para que me escucharas. Y no lo puedo devolver porque he tirado el ticket. Así que si no lo usas, me darás un disgusto enorme porque me gastado la extraordinaria.

Asombrada miró a su amiga. —¿Estás loca?

—Escúchame. —La cogió del brazo y la sentó en una de las sillas dejando la consola sobre la mesa a su lado. La miró muy seria con sus ojos color miel y dijo —Esto no puedes decírselo a nadie, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Mi amiga Rose se ha comprado uno. Está arrasando en el mercado y se lo compró por entretenerse cuando llegaba en casa. Está claro que ella tampoco tiene problemas para ligar, pero decidió probar porque le sobra la pasta.

—¿Y?

—¿Y? Dice que no lo cambiaría por nada. La escucha, le da consejos, la divierte. Es maravilloso. Si fuera real, se casaría con él. Hasta juega con ella al ajedrez.

—¿Ha dejado de salir con hombres?

—Ese hombre sólo tiene un fallo. Que no te puede tocar. Y Rose tiene claro que no renunciará al sexo por ninguna máquina. Pero cuando se siente sola o deprimida, incluso cuando está enferma y sólo quiere a alguien que la anime y le diga lo que necesita escuchar, ahí está el hombre perfecto diciendo justo lo que necesita.

—Es un engaño. En cuanto se apague el televisor no hay nada. No te abraza o te besa. No estará fuera de esta casa.

—Pero en casa siempre habrá alguien para ti. ¿Entiendes?

Davinia pensó en ello y miró la consola. Al menos tendría con quien hablar cuando su amiga no estuviera, que era casi siempre con la vida social que tenía.

—¿Te lo pensarás?

—Sí.

—Además, si no te gusta con apagarlo listo.

Sonrió a su amiga y se emocionó porque se había tomado muchas molestias por ella. —Gracias.

—De nada. Después de desayunar lo configuramos. —Se levantó para seguir preparando el desayuno. —¿Cómo lo quieres?

—¿Cómo lo quiero?

—Sí, tienes que elegir el color de pelo y esas cosas.

—¡Moreno!

—Déjame adivinar y de ojos verdes.

Suspiro imaginándose a su hombre perfecto. —Moreno y de ojos verdes. Nada de barba. No me gusta. Con la mandíbula cuadrada. Varonil.

—Espero que haya para elegir barbilla. El de Rose es rubio.

—¿Has visto el de Rose?

—Está buenísimo. Ojalá existiera en la vida real y tiene unos músculos…

—¿Tiene músculos?

—Ya lo verás.

—El mío no muy musculoso, por favor. No quiero a Conan. —Aquello empezaba a divertirla.

—¿Y dónde quieres que trabaje?

—¿Trabaja?

—Por supuesto.

—Pues quiero que sea abogado.

—¿Cómo tú?

—Así tendremos más de lo que hablar.

—Sí, pero no le consultes temas legales, no vaya a ser que esté mal programado y metas la pata. —Su amiga rió. —Esto va a ser divertido.

Desayunaron hablando de todo lo que quería de su hombre perfecto e impacientes por configurarlo, ni lavaron los platos.

Sentadas en el sofá leyeron las instrucciones y juntas enchufaron la consola a la televisión.

Abrió el DVD y lo metió en la consola que debía estar siempre a la vista. —Por qué no puedo ocultar este armatoste en el armario.

—Espera y verás.

Con el mando que llevaba la consola, la encendió y en la pantalla del televisor apareció simplemente la frase introduzca el hombre que prefiera. —¿El hombre que prefiera?

—Es por si tienes varios, tonta.

—Debe ser la leche para que alguien tenga varios.

—Es por si hoy te apetece uno rudo, mañana otro tierno… ya sabes.

—¿Se configura el carácter también?

—Claro. El de Rose es amable, comprensivo y pasional.

—Esto nos va a llevar mucho tiempo.

—¡Es sábado! ¿Tienes que hacer algo aparte de hacerle caso a tu hombre?

—Pues mira, una demanda de divorcio.

—Después te ayuda él —dijo divertida.

—Ja, ja.

—Mete el DVD, pesada.

Davinia lo hizo y miró la pantalla donde apareció una mujer rubia muy guapa que empezó a decir —Bienvenida a nuestra sociedad de hombres prefectos, donde podrán satisfacer todas tus necesidades.

—¿Todas mis necesidades?

—Espera y verás.

—A continuación, deberás responder a ciertas preguntas sobre cómo deseas a tu hombre perfecto. Recuerda que una vez que hayas elegido, no puedes cambiar las opciones.

—Claro, para que compres otro.

—Shusss, te va a oír.

Asombrada la miró y casi se echa a reír a carcajadas cuando vio lo concentraba que estaba.

—Primera pregunta. ¿Cómo deseas que sea tu hombre perfecto físicamente? —En ese momento salió la cara de un hombre con distintos tipos de pelo.

—Moreno —dijo su amiga y al instante aparecieron distintos tipos de cabello moreno.

—Pues sí que nos oye… —susurró atónita. Puso cara de repelús cuando vio una melena larga y dijo rápidamente —Corto, peinado al lado.

Salieron dos opciones, uno engominado y el otro natural. —Sin gomina.

—Esta es la opción favorita. Si es así, di sí en los próximos cinco segundos.

—Sí.

—Opción grabada. —La mujer volvió a salir. —A continuación, la forma de la cara.

Eso fue más difícil porque había muchos tipos que le gustaban, así que dijo —Barbilla cuadrada, nariz media y hoyito en el mentón.

Se echaron a reír cuando salió el rostro con sus preferencias. —¿Tipo de frente?

Se encogió de hombros. —Normal.

Al ver el resultado dijo para sí —No está mal.

—¿Qué dices? Si es un cañón. Parece modelo.

—¿Esta es la opción favorita? Si es así…

—¡Sí! —dijeron las dos a la vez.

Después eligieron el color de ojos que lo tenían claro y a continuación el tipo de cuerpo donde discutieron acaloradamente porque no se ponían de acuerdo, pues a Clare le gustaban con músculos más marcados, pero ella no quería a un hombre con un brazo muy musculoso. Con un torso marcado, pero no con más pechos que ella. Cuando al fin se decidió, le preguntaron si quería algún tipo de tatuaje o marca. Davinia dijo que no.

—A continuación, debe elegir la edad. Le advierto que si la edad es avanzada su aspecto variará. —La imagen de su hombre apareció en pantalla con distintas edades y la verdad es con sesenta estaba bastante bien. Ambas suspiraron.

Davinia miró a Rose. —¿Treinta y cinco?

—Sí, creo que es una buena edad.

—Vale. —Miró a la pantalla y dijo —Treinta y cinco.

—¿Esta es la opción favorita? —Su hombre con la edad de treinta y cinco giró para que lo viera bien y suspiró al ver su trasero desnudo.

—Sí.

—¿No se podrá elegir la opción de agrandar eso…

Se echó a reír con la ocurrencia de su amiga. —¿Y qué más da si no se puede usar?

—¡Pero se puede ver!

Miró el cuerpo desnudo de su hombre perfecto. —¿No está en la media?

—Ya que se puede elegir todo… Menudo fallo de configuración.

—A continuación, deberá elegir la voz de su hombre perfecto. Escuche atentamente.

Se quedó de piedra cuando de la consola salió una luz y la cabeza de su hombre salió en una imagen en tres dimensiones. —Hola, ¿cómo te llamas? —dijo una voz de pito que la horrorizó. Volvió a oír esa frase con veinte voces distintas y cerró los ojos escuchando atentamente. Cuando llegó una voz grave, sintió que se le ponían los pelos de punta y abrió los ojos de inmediato. —¡Esta!

La cabeza del hombre la miró como si la viera. —Hola, ¿cómo te llamas?

Mirando sus ojos respondió totalmente descolocada —Davinia.

—Hola, Davinia. Tienes un nombre precioso.

—Ay, madre. —Miró a su amiga. —¡Me está mirando!

—Tengo un sensor muy preciso, Davinia.

—¡Me entiende!

—¡Claro que te entiende! Eso es lo bueno.

—Davinia, no me has puesto nombre.

La mujer de la pantalla habló en ese momento. —A continuación, elegiremos el tipo de vestimenta de su hombre perfecto.

Mirando de reojo a la cabeza que sonreía de medio lado como si supiera lo que pensaba, eligió traje para trabajar y ropa de sport elegante para las horas libres. Incluso tuvo que escoger el tipo de calzoncillos, que por supuesto eligió bóxer. El pijama fue algo más difícil, así que solo eligió pantalón de pijama. Le parecía más sexy.

—A continuación, deberá elegir el nombre. Recuerde que forma parte de la configuración y no podrá variarlo.

—Uff, qué difícil.

—Matt o Kevin o Ray —dijo su amiga mirando la cara que sonreía de una manera que parecía que se la quería comer.

—Un nombre de tío. Sí, Matt me gusta.

—A continuación, deberá decir el nombre. Tiene tres minutos.

—¡Matt!

—Repita el nombre, por favor.

—¡Matt!

—Hola, Davinia. Mi nombre es Matt —dijo la cabeza haciendo que le miraran—. ¿Quién es tu amiga?

—¿Te ve?

—Hola, majo. Soy Clare.

—Por supuesto que la veo y es preciosa. Un placer conocerte.

—A continuación, se elegirá el tipo de personalidad —dijo la mujer de nuevo.

Eso sí que fue difícil, pero siguió un test eligiendo entre tres opciones en cada pregunta. A ver qué salía de todo aquello.

—Su hombre perfecto está listo. Por favor, asegúrese que la fecha y hora de la consola coinciden con la hora real, para que su hombre perfecto vaya bien vestido para cada ocasión del día. Deseamos que disfrute de su hombre perfecto y si tiene alguna duda, no dude llamar al servicio técnico.

La pantalla se puso en negro y su hombre perfecto salió de cuerpo entero vestido con el pantalón del pijama. —Davinia, ¿ya has desayunado? Cielo, recuerda que el desayuno es la comida más importante del día.

Asombrada miró Clare que sonreía de oreja a oreja. —Se van a vender como churros.

—Ya hay lista de espera, guapa.

—¿Y cómo lo conseguiste?

—Tengo amigos.

Volvió a mirar a su hombre, que tenía las manos en las caderas y la miraba divertido. —Hoy es sábado. ¿Qué tienes pensado hacer? ¿Un paseo no te apetece? —Miró hacia la ventana. —No sé si hace buen día, pero aunque llueva es bueno caminar veinte minutos diarios para despejar la mente.

—Madre mía. ¿Tengo entrenador físico también?

—Si quieres hace ejercicio contigo. ¿Verdad, machote?

Matt sonrió de oreja a oreja. —Hago todo lo que Davinia quiera.

Ambas suspiraron y Davinia dijo en voz baja —Eres la mejor amiga del mundo.

—Lo sé.

Capítulo 2

Abrió la puerta de su casa y corrió hasta el mando de la consola encendiéndola. Matt apareció con una camisa blanca y un pantalón negro. —Hola Davinia, ¿qué tal el día?

—Bien. He ganado la demanda. Le he desplumado.

—Sabía que lo conseguirías. Eres la mujer más inteligente y tenaz que conozco.

Se echó a reír. —Eso es que no conoces a muchas.

—Con conocerte a ti me basta.

Ella le lanzó un beso y Matt se echó a reír. Parecía que se la comía con la mirada y dijo —No puedes tocarme, así que deja de mirarme de esa manera.

—No puedo tocarte, pero puedo hacer otras cosas.

A Davinia se le cortó el aliento. —¿Cómo qué?

—Puedo decirte lo que me gustaría hacerte. O lo que me gustaría que me hicieras. —La miró de arriba abajo. —¿Quieres que empiece, Davinia? —Con la boca seca se mordió el labio inferior. —No hay nada malo en lo que hacemos tú y yo —dijo con voz ronca—. No hay nada malo.

—Voy a hacer la cena —dijo con voz chillona corriendo hacia la cocina.

—Nada de hidratos para cenar, cielo.

Davinia se apoyó en la encimera de la cocina con la respiración acelerada. Dios mío, ¿qué le estaba pasando? ¡Deseaba a un hombre ficticio que salía de una consola al lado del televisor! Definitivamente necesitaba un buen polvo. Con rebeldía se hizo espaguetis a la carbonara después de poner la radio por si él decía algo desde el salón. Él entrecerró los ojos al ver que ponía el plato sobre la mesa, pero dijo —Bueno, mañana haremos más ejercicio para compensarlo.

—Eso.

—Además tú no lo necesitas. Eres perfecta. —Se sentó a la mesa en silencio y Matt puso las manos en las caderas. —¿Ocurre algo?

—No, claro que no. —Cogió el tenedor forzando una sonrisa. —Estoy algo cansada.

Matt se relajó. —Una buena noche de sueño es lo que necesitas. Últimamente solo has dormido seis horas y debes dormir ocho.

—Esta noche podré relajarme. —Se metió los espaguetis en la boca.

—Pues si quieres relajarte, puedo susurrar cosas eróticas para que te …

Davinia se atragantó y se echó a toser poniendo la mesa perdida. Matt se preocupó. —Cielo, ¿estás bien? Bebe un poco de agua.

Tosiendo cogió el vaso para beber con los ojos cuajados de lágrimas del susto. Cuando se calmó miró a Matt furiosa. —¿Te importaría dejar el tema del sexo? ¡Estoy cenando! ¡Y me has quitado el hambre!

Su hombre perfecto sonrió de oreja a oreja. —¿Te pongo nerviosa?

—¿Tú qué crees?

—Deberías ser más abierta con el sexo. Estamos en el siglo veintiuno.

Se sonrojó intensamente. —Ese no es tu problema.

—Nunca hemos hablado de esto. ¿Cuándo fue la última vez que mantuviste una relación sexual?

Hablar de eso le quitó el apetito del todo. —Muy bien. ¡Ya lo has conseguido! —Se levantó cogiendo el plato y él pareció decepcionado viéndola ir hasta la cocina.

—¿No estarás enfadada? No estoy programado para enfadarte. —Parecía arrepentido y salió de la cocina apoyando el hombro en el marco de la puerta. —Lo siento.

—No te disculpes. Soy algo rara con ese tema.

—Si tienes algún problema, tengo un programa de psicología sexual que puede venirte bien.

Davinia sonrió. —¿No me digas?

Matt correspondió a su sonrisa. —Puedes hablar conmigo de lo que quieras.

—No sé relacionarme con los hombres y hasta que apareciste tú, llevaba años sin tener una conversación con un hombre que no tuviera que ver con el trabajo.

—¿Y eso por qué? Conmigo te relacionas normalmente.

—Tú no eres real. —Se sonrojó por como lo había dicho. —Perdona, yo…

—Tienes razón. No te disculpes. Entiendo lo que has querido decir. —Volvió la mirada y Davinia se sintió mal, pero Matt cuando la volvió a mirar a los ojos tenía una sonrisa en los labios. —¿Y qué ocurre? ¿No te piden citas?

—Sí, pero me pongo tan nerviosa que parezco estúpida y al final digo que no para no seguir haciendo el ridículo.

—Apuesto a que siempre dices que tienes mucho trabajo. —Sonrió porque empezaba a conocerla. Siguió cenando relajándose de nuevo y él carraspeó llamando su atención. —¿Y hace cuánto que no te acuestas con un hombre?

Se puso como un tomate y tragó con esfuerzo. —Está claro que quieres darme la cena.

Matt se echó a reír. —¿Tanto?

—Tengo telarañas.

—Qué interesante.

—¿Interesante por qué?

—Porque me has elegido a mí. —Se miraron a los ojos. —Soy tu hombre ideal.

—¿No era ese el objetivo de tu diseñador?

—Sí. Pero si no te esfuerzas, no vas a encontrarme. —Le guiñó un ojo. —Y seguro que estoy ahí fuera. No con este rostro porque eso sería imposible, pero…

—¿Estás animándome a que tenga citas? —Ahora sí que había perdido el apetito del todo.

—Soy una imagen irreal. Puedo cubrir determinadas necesidades, pero tú necesitas un hombre que te abrace y que te bese. Que esté contigo fuera de estas cuatro paredes. —Los ojos de Davinia se empañaron y cogió su plato avergonzada. Matt suspiró. —No te avergüences de lo que sientes. Todo el mundo necesita compañía.

—Pues ya te tengo a ti para eso. —Se levantó yendo hacia la cocina y frustrada tiró el plato en el fregadero rompiéndolo.

—¿Estás bien?

Se apoyó en la encimera respirando hondo porque la angustia que había desaparecido durante esos días volvió con fuerza. Matt tenía razón. Necesitaba una pareja. Él había paliado sus necesidades durante unas semanas, pero necesitaba más.

Una lágrima cayó por su mejilla y se enderezó limpiándose la mejilla. —Davinia, ¿estás bien? —La voz preocupada de Matt la hizo apretar los labios y salió no queriendo preocuparle. Él sonrió con tristeza. —No te pongas así. Yo seguiré aquí para lo que necesites, como siempre.

—Nunca voy a encontrar a alguien como tú. Eres un sueño.

—Puede que no. —Sonrió divertido. —Es que soy perfecto, ¿recuerdas?

—Ya no me gustará ninguno después de estar contigo.

—Claro que sí. Sólo tienes que buscar un poco y no encerrarte en casa. Mi misión es aconsejarte lo que considero que es lo mejor para ti y necesitas sexo.

—¿Qué?

—También necesitas cariño, pero de momento lo que necesitas es un buen revolcón.

—Hablas como Clare.

—Siempre he considerado que es muy inteligente. Ella me regaló. Tiene un gusto excelente.

—Oh, cállate. —Se sacó la blusa de la falda y empezó a desabrocharla sin darse cuenta de que lo hacía delante de él. —¡No estoy tan necesitada!

Él se quedó mirando el sujetador negro de encaje que llevaba y susurró —Me vas a fundir los chips.

Se sonrojó cerrándose la camisa. —¡No mires!

—¡Cómo no voy a mirar! ¡Soy un hombre! Y ya que es lo único que puedo hacer… —Matt le suplicó con la mirada. —Venga cielo, un poquito más.

Davinia chasqueó la lengua. —Tenemos que poner límites. —Fue hasta la habitación y se quitó la blusa sonrojada.

—Tú y tus límites. Por eso estás así, porque pones demasiados límites en todo. ¡Suéltate un poco!

Se sentó en la cama en sujetador apoyando las manos en las rodillas pensando que Matt tenía razón. Aquella relación con él no era sana. Se moría porque la tocara y la abrazara cuando no era real. Si se iba la luz desparecería y ella seguiría sola.

—Davinia. Debes divertirte un poco. ¿Las braguitas van a juego?

No pudo evitar sonreír por su descaro y para fastidiarle gritó —¡Sí! —Le escuchó gemir y

Davinia se levantó para quitarse la falda. —¿Y qué debería hacer?

—¡Trasladar la consola a la habitación!

—Sigue soñando. Me refiero para conocer a alguien.

—Acepta la primera cita que te ofrezcan.

—¡No puedo hacer eso! ¡Puede ser cualquiera!

—De eso se trata. ¿Qué más dará quien sea? ¡Sal a pasarlo bien! —Y le escuchó decir en voz baja —Tú que puedes.

Eso le llamó la atención y se puso una bata de seda verde para ir hasta el salón. —¿Quieres salir?

—¡Por supuesto que quiero salir! Pero es imposible, ¿no crees?

Se miraron a los ojos y Davinia apretó los labios. —Me encantaría que pudieras salir. Te llevaría a mil sitios.

Él sonrió. —Y a mí me gustaría que me llevaras, pero como acabas de decir, tenemos límites. Y como tenemos límites, no debemos imponernos más. —La miró de arriba abajo. —¿Qué tal si te quitas la bata?

—¡Ja!

—Es para practicar…

Se echó a reír al ver su cara. —Casi pico.

—¿Y si te pones nerviosa al desnudarte para otro? Venga, conmigo prácticas.

Maliciosa llevó las manos al cinturón de su bata y desató lentamente la lazada cuando llamaron al teléfono y Matt se pegó una palmada en la frente cuando Davinia corrió hacia su bolso.

—Dile de mi parte que le odio. Sea quien sea.

Riendo respondió —Davinia Smith.

—Oh, menos mal que me lo has cogido —dijo Clare con la respiración agitada.

—¿Qué ocurre?

—Tienes que venir a la comisaría de la séptima. Me han detenido por altercado público.

—¿Qué has hecho?

—Pues… no ha sido exactamente culpa mía.

—Clare…

—¡Date prisa! —dijo medio histérica—. ¡Me van a meter en una celda! ¡A mí! ¡Tienes que solucionarlo! ¡No puedo tener antecedentes!

—No te preocupes. Enseguida voy.

Colgó el teléfono y corrió hacia el baño. —¡Tengo que irme!

—¿Qué ha pasado con Clare?

—Está en comisaria.

—¿Qué ha hecho?

Se puso el traje de nuevo y abrochándose la blusa corrió hacia su chaqueta. —Altercado público, pero no sé exactamente de qué se la acusa. —Se puso la chaqueta rosa y le miró. —¿Te apago?

—Enciende la tele, ¿quieres?

—Te estás aficionando a los realities. —Corrió hacia el mando y puso el canal que más le gustaba. —Te veo luego.

Cuando se bajó del taxi corrió subiendo los cinco escalones de la comisaría y cambiando de mano su maletín de piel negro abrió la puerta yendo hasta la recepción donde una agente estaba intentando calmar a un montón de gente que no hacían más que gritar. Una chica con un vestido rojo tenía la manga rota y un hombre que estaba de espaldas a Davinia estaba enfadadísimo, exigiendo un médico para su cita.

Al oírle hablar Davinia se detuvo en seco y se quedó mirando su espalda mientras otras personas gritaban que no habían hecho nada. Incluso había un cocinero con el gorro blanco sobre la cabeza cubriéndose la nariz con una servilleta, pero Davinia no miraba nada de eso porque seguía pendiente de las palabras de ese hombre.

—No te preocupes, Sheila. En cuanto declaremos para que metan a esa loca en un manicomio, te llevo al hospital.

La voz de Matt hizo que lo devorara con la mirada. Su pelo negro y su estatura hicieron que su corazón palpitara. Era imposible. Era tan imposible que negó con la cabeza. Tenía su complexión y su cabello, incluso su voz, pero casi temía que se volviera porque sabía que se iba a llevar la decepción de su vida.

Alguien chocó con su espalda y se volvió por acto reflejo para ver a una mujer de unos cincuenta años con los pelos revueltos como si se hubiera peleado. Y la mejilla sonrojada decía que algo así le había ocurrido.

—Disculpe —dijo la mujer yendo hacia una silla y sentándose agotada. Davinia pudo ver que tenía las medias rotas y le sangraba una rodilla.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias. —Forzó una sonrisa, pero parecía preocupada. —Es que no sé qué ha pasado con mi hija.

Entonces la reconoció. —¿Es la madre de Clare?

Se levantó de golpe. —¿Eres Davinia? Soy Laura Moore.

—Encantada. Me ha hablado mucho de usted. Ahora voy a hablar con ella. —La cogió por el codo y la apartó de toda aquella gente para sentarla en las sillas más alejadas al grupo de gente. —¿Qué ha ocurrido?

—Estábamos en un restaurante cenando —dijo como si no pudiera creérselo—. Y entonces vi que miraba sobre mi hombro varias veces como si viera algo que la hubiera impresionado. ¡Estábamos en el postre y de repente gritó "No" y se levantó corriendo! Cuando me volví se estaba tirando de los pelos con una mujer y un hombre intentaba quitársela de encima. Yo por supuesto fui en su ayuda y de repente todo el restaurante se estaba pegando.

—¿Sabe quién es la mujer sobre la que se tiró?

—La del vestido rojo —susurró.

Davinia se volvió disimuladamente y entonces vio el perfil del hombre. Se quedó tan impresionada que palideció y más aún cuando le vio alargar la mano y acariciar la barbilla de la preciosa morena que estaba ante él.

—Espere aquí —dijo antes de ir hasta el mostrador sin dejar de mirarle. Entonces él se volvió y sus ojos se encontraron. Tembló cuando sus ojos verdes la miraron con desconfianza y con la boca seca susurró al cocinero— Discúlpeme.

—Claro, guapa.

La mujer policía la miró con alivio. —Dígame. ¿En qué puedo ayudarla?

—Davinia Smith para asistir a la señorita Clare Moore.

Todos la miraron como si fuera el diablo y se sonrojó intensamente al ver que el doble de Matt no era menos. —¿Es usted la abogada de esa loca? —dijo furioso dando un paso hacia ella.

Emanaba tanta autoridad y fuerza, que Davinia se enderezó sin poder evitarlo apretando el asa de su maletín. —Por favor, absténgase de calificar a mi cliente. Si no le importa.

—¡Por supuesto que me importa! ¡Esa chiflada ha atacado a mi pareja sin razón alguna! ¡Debería estar en un psiquiátrico! ¿Y si la hubiera atacado con un cuchillo?

Entonces Davinia se dio cuenta de lo que su amiga había hecho. Había querido que ella conociera a su hombre perfecto y había hecho lo primero que se le había pasado por la cabeza. Sin poder evitarlo sonrió divertida, hecho que a él le puso frenético. —¿Qué ocurre? ¿Usted también es estúpida? ¿Están a tratamiento juntas? Por eso se conocen, ¿verdad?

Davinia se volvió sabiendo en su interior que no podía desaprovechar la oportunidad y le dijo a la policía —¿Está tomando nota?

—Atentamente —dijo con cara de malas pulgas.

—¡Pues tome nota de esto! —gritó él furioso—. ¡A esa loca le voy a meter un paquete que no saldrá del psiquiátrico en mucho tiempo! Y a usted… —La señaló con el dedo fuera de sí. —¡Espero que sepa lo que hace, porque le juro que voy a mover cielo y tierra para hundirla como intente sacar a esa chiflada de aquí!

—¿Me está amenazando? —preguntó divertida sintiéndose más excitada que en toda su vida. Dio un paso hacia él—. ¿Es lo que pretende?

—¡Sí! —le gritó a la cara.

Sonrió radiante antes de decir —Señor…

—¡Ryan Montgomery! ¡Qué no se le olvide mi nombre!

—No se preocupe, que no se me va a olvidar —dijo dulcemente antes de volverse y sonreír a la policía—. ¿Lo ha escuchado?

—Todo, niña.

—Quiero denunciar al señor Montgomery por coacción a un representante legal de la parte contraria. —Todos dieron un paso atrás como si tuviera la peste. —Tranquilos chicos. Esto es entre Montgomery y yo. ¿Puede ir preparando la denuncia mientras veo a mi cliente?

—Por supuesto. Estoy harta de estos pijos que se creen que el mundo es suyo —farfulló molesta haciéndole un gesto a un compañero—. Acompáñala a ver a la señorita Moore.

—¿Va a dejar que me denuncie a mí? —La furia de su voz demostraba que estaba a punto de perder los nervios y Davinia perdió la sonrisa volviéndose.

Le miró a los ojos y dio un paso hacia él. —Tranquilízate, Ryan. No es bueno dejarse llevar por el carácter en ciertas ocasiones.

Sus ojos verdes refulgieron de furia viendo cómo se alejaba de él entrando en la comisaría. Al llegar al pasillo, se volvió sobre su hombro y vio que la observaba mirándola como si quisiera matarla. Davinia pensó en Matt y en lo que diría. Sin poder evitarlo sonrió antes de desaparecer por el pasillo.

El policía abrió una puerta y Davinia le dio las gracias entrando en la sala. Su amiga estaba sentada a una mesa relajadamente y se miraron a los ojos antes de echarse a chillar de la alegría. Clare se levantó abrazándola y girando mientras daban saltitos, se echaron a reír. La puerta se abrió de golpe y el policía las vio reírse. —¿Todo bien?

—Todo perfecto —respondió Davinia antes de guiñarle un ojo. El tipo cerró la puerta y miró a Clare de arriba abajo. Estaba algo magullada y tenía el vestido roto, pero parecía estar bien. —Te debo un vestido.

—¿Me debes un vestido? ¡Sal ahí fuera y consigue a tu hombre!

—Eso es algo difícil porque está muy enfadado. Furioso es la palabra exacta. Además, le acabo de denunciar.

—¿Por qué?

—Coacción. Nada, una chorrada. —Soltó una risita. —Quería averiguar su nombre.

—¿Podrás sacarme de aquí sin cargos? No puedo tener antecedentes.

—Tranquila. ¿Tomas alguna medicación?

—Ja, ja.

Su amiga trabajaba en una de las farmacéuticas más importantes de los EEUU y por eso viajaba tanto. Lo de las drogas igual no era buena idea en su caso.

—Tranquila, todo controlado.

—Se iban ya del restaurante y no podía permitirlo. Tenía que hacer algo.

—¿Lo de tirarte sobre la morena no es un poco drástico? ¿Y si es su esposa?

—No está casado. ¡No puede estar casado! —Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Está casado?

—No lo sé.

—Tienes que averiguarlo. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? ¡Sacarte de la cárcel!

En ese momento entró un policía con un expediente en la mano. —Buena la ha hecho —le dijo a Davinia—. Por cierto, después de sus gritos ahí fuera, creen que la ha atacado. —Reprimió la risa cerrando la puerta.

—¿Qué cargos le imputan?

—Agresión y vandalismo.

—Ella no ha agredido a nadie —dijo muy seria cogiendo el expediente de su mano y abriéndolo—. Según tengo entendido, se formó un tumulto en el restaurante.

—Provocado por su cliente.

Levantó una ceja. —¿Quién dice que ella fue la primera en provocarlo?

—Una mujer de rojo que está dispuesta a declarar.

—¿Una mujer de rojo morena que hay en la entrada y que va acompañada de un hombre que me acaba de amenazar ante testigos?

El policía sonrió. —Voy entendiendo.

—Los gastos del restaurante se repartirán entre todos los participantes como es lo justo y lo conseguiré en el juzgado. Lo sabe muy bien. Respecto a la agresión que usted señala, acabo de ver a esa mujer y no tenía ninguna marca o señal. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca.

—¿Entonces de qué agresión estamos hablando? —Le devolvió el expediente. —Vámonos, Clare.

—Pero...

—Usted sabe y yo sé que la ha detenido únicamente por calmar a esa turba de ahí fuera. Mi cliente es inocente y no habrá fiscal en esta ciudad que pueda demostrar lo contrario.

—Hay testigos…

—¿Testigos de qué? ¿De dos mujeres tirándose de los pelos? Por favor... Acabo de ver a uno de los cocineros con la nariz sangrando. Igual debería representarle a él. ¿Han cogido al que le hizo eso? —El policía se enderezó. —Me lo imaginaba. Buenas noches.

—Pero los gastos del restaurante…

Salieron al pasillo y Ryan estaba sentado en una mesa declarando. Al verlas salir se levantó de golpe. —¿La sueltan?

—No hay pruebas de agresión —dijo Davinia acercándose a él—. ¿O las hay?

Él miró a la morena, que se sonrojó antes de mirarse los brazos como si buscara un arañazo. Clare se echó a reír y ella le dio un codazo comiéndose con los ojos a Ryan que parecía atónito.

—Pídele una cita —susurró su amiga sonrojándola.

—¿A dicho lo que creo que ha dicho? Ryan, ¿no pensarás quedar con esta abogadducha? —La morena se acercó a él como si estuviera protegiéndolo.

Davinia no sabía dónde meterse de la vergüenza. —Vamos, Clare.

—Pero…

—Aquí tienes la denuncia, cielo —dijo la policía poniéndole unos papeles delante.

Él se tensó y Davinia negó con la cabeza. —Será mejor que nos olvidemos del tema.

—¿Cómo se atreve? —gritó la morena asombrada—. ¿Me pegan y encima las apoyan a ellas? ¿Qué clase de policías son ustedes?

Los policías de la sala se tensaron mientras que Ryan seguía mirando a Davinia fijamente. —

Pues somos de los mejores de la ciudad, señorita —dijo ofendido el que estaba a su lado—. No tiene ninguna herida y es difícil retenerla si no se puede demostrar la agresión.

—¡Hay testigos! ¡Yo por ejemplo! —exclamó Ryan.

—Usted no es un testigo muy fiable —dijo el que le estaba tomando declaración—. Según su testimonio, estaba recogiendo la tarjeta de crédito y cuando se volvió las vio enzarzadas.

Davinia sonrió. —¿No me diga? En cambio, yo sí tengo testigos de su coacción para que no realizara bien mi trabajo. —Varios asintieron vehementemente. —¿Van a continuar con esto? ¿O lo dejamos aquí?

—Los gastos del restaurante… —Le advirtió el policía.

—Oh, los pagará gustoso el señor Montgomery, ya que lo único que se ha demostrado es que ellos sí estaban implicados y fueron los que iniciaron esta guerra absurda. Su actitud es muy sospechosa. —Miró al policía. —¿La tarjeta tenía fondos?

La morena jadeó indignada y Ryan sonrió como si fuera lo que necesitaba para provocarle. Y realmente era lo que estaba haciendo. Era de ese tipo de hombres que no se detenía ante nada y estaba claro que la tendría entre ceja y ceja. Davinia cogió el bolígrafo y dudó ante los papeles de la denuncia. —No sé qué hacer…

—Firma, niña. Para prevenir futuros problemas con el niño rico. Tiene cara de ser una persona vengativa.

Reprimió una sonrisa poniendo cara de niña buena y dijo —Mejor arreglarlo por las buenas, ¿no cree?

Se alejó de la policía y caminó hasta Ryan, que no se perdía detalle apretando los labios. —Me gustaría que no me lo tuviera en cuenta. Sólo hago mi trabajo.

—¿No me digas? —Su voz le erizó la piel y no pudo evitar mirarle a los ojos. —Pídemela.

—¿El qué?

—La cita. Pídemela.

Davinia se sonrojó desviando la mirada. —Pues… creo que tengo que irme.

Clare hizo una mueca decepcionada. —¡Venga ya!

Se volvió con intención de irse haciéndole un gesto a su amiga para que moviera el culo. Caminó hacia la salida con paso firme y su amiga corrió tras ella. —Davinia…

La madre de Clare la miró aliviada. —Gracias a Dios. ¿Estás bien?

—Sí, mamá. ¡No le ha pedido la cita!

—¿A quién?

—¡A su hombre perfecto!

Exasperada salió de la comisaría mientras la seguían. Estaba con el brazo levantado para llamar a un taxi cuando se unieron a ella. Su madre escuchaba atentamente la explicación de su amiga y Davinia la fulminó con la mirada antes de ver que la puerta de la comisaría se abría.

Capítulo 3

Se le cortó el aliento al ver a Ryan bajando los escalones dirigiéndose hacia ella y bajo el brazo lentamente. Se detuvo ante ella y metió las manos en los bolsillos del pantalón. Aún estaba enfadado, pero simplemente la miró sin decir una palabra.

—¿Querías algo?

—¿Y tú?

Clare se echó a reír y su madre sonrió. Incómoda negó con la cabeza antes de volverse y levantar el brazo de nuevo. Como siempre se volvía estúpida cuando llegaba el momento clave. Furiosa consigo misma bajó el brazo y se dio la vuelta de golpe. —¡Pues ya que lo dices sí!

—¿No me digas? Estoy esperando.

La miraba como si quisiera devorarla y su estómago dio un vuelvo balbuceando. —¿Cena? ¿Mañana? —Clare puso los ojos en blanco animándola con las manos y Davinia carraspeó. —¿Quieres cenar conmigo mañana? —Sacó una tarjeta del bolsillo del maletín. —Llámame.

Sin esperar respuesta se metió en el taxi que se detenía en ese momento sintiendo que su corazón iba a mil por hora. Le miró de reojo mientras las chicas se sentaban a su lado entrando por la otra puerta y Ryan, para su sorpresa, rompió la tarjeta en pedacitos antes de tirarla sobre la ventanilla del taxi. No podía haber algo más humillante que eso. Las tres se quedaron atónitas al ver que se daba la vuelta y volvía a subir los escalones de la comisaría.

—¿Para qué coge la tarjeta si va a romperla? —preguntó Laura asombrada.

—Para humillarme —susurró Davinia mirando hacia la calle avergonzada. Para una vez que se atrevía a hacer una cosa así, le pasaba eso.

—No te preocupes —dijo su amiga intentando animarla—. Le has impresionado. Me has impresionado hasta a mí. Eres buenísima en tu trabajo.

—Gracias.

—Tiene razón mi hija. A lo mejor estaba muy enfadado para reaccionar bien en ese momento. Pero cuando lo piense un poco, ya verás como te llama. ¿Tu número sale en la guía? —Negó con la cabeza mordiéndose el labio inferior. —De todas maneras, sabes quién es y puedes volver a encontrarlo. Menudo hombre. —La madre de su amiga suspiró y ambas la miraron. —¿Qué? Habría que estar ciega para no verlo. Es de esos que te sonríe y se te caen las bragas.

—¡Mamá!

—Serás antigua.

Davinia sonrió sin poder evitarlo y Clare gimió como si la avergonzaba. Ahora entendía de dónde había sacado Clare su desparpajo.

—No te preocupes. Ahora que sabemos que tu hombre perfecto existe, no se va a librar de nosotras fácilmente. —Entrecerró los ojos. —Deberías contratar a un detective.

—Déjalo ya. No le he gustado. Puede que sea mi prototipo de hombre perfecto, pero su carácter no se parece al de Matt.

—Pues no sé qué decirte. ¿Has visto a Matt alguna vez cabreado?

—¿Quién es Matt?

—Luego te lo explico todo con detalle, mamá.

—Déjalo, Clare. Ya has hecho muchísimo, pero hay que saber cuándo detenerse.

—Por un hombre así, no me detendría ni un tren de mercancías —dijo Laura antes de chasquear la lengua—. Si tuviera veinte años menos…

—¡Mamá!

—¡Ha roto la tarjeta!

El taxista carraspeó y las tres le miraron. —Si me permiten, creo que ese tío las tiene a puñados. —Davinia dejó caer los hombros desmoralizada. Bueno, daba igual. Seguro que su cita sería un desastre porque farfullaría todo el tiempo. —Si quiere ligarse a un tío así, debe llamarle la atención.

—Eso ya lo ha hecho —dijo Clare como si fuera un listillo.

—Pero le ha dado la tarjeta. No debería haberlo hecho. Ese tío no deja que lo cacen, quiere cazar. Cuando algo es fácil, pierde el interés.

Clare entrecerró los ojos mirando por el espejo retrovisor. —¿Qué es usted? ¿El psicólogo taxista?

—Mira, monada. ¡Tienes pinta de espabilada, pero de hombres no tienes ni idea!

Davinia abrió los ojos como platos mirando a su amiga, que estaba a punto de lanzarse contra el panel de separación. —Mira monada, ¿por qué no te metes en tus asuntos y conduces que es para lo que se te paga?

Él volvió la cabeza y Davinia vio las caras de sus amigas. Parecían realmente impresionadas. —¿Es guapo? —susurró a Clare, que gruñó molesta. Eso significaba que sí.

—¿Así que he hecho mal al darle la tarjeta?

—Tenías que haberle ignorado y subirte al taxi. Te hubiera perseguido él si te interesaba, sólo para descubrir si así era.

—Estupendo. —Se cruzó de brazos.

—Pero no está todo perdido. Si le vuelves a ver, significa que no te ha olvidado del todo y tienes esperanzas. Pero después de lo de la tarjeta pasa de él. Si se lo pones fácil, te mandará a la mierda como hace unos minutos.

—Será listillo —siseó Clare.

—Estás fastidiada porque sabes que tengo razón.

—Yo he pedido citas mil veces y nunca me han rechazado.

—Ah, ¿pero tienes novio o sólo buscabas un polvo?

Laura soltó una risita mientras su amiga gruñía de nuevo. Si no estuviera el panel de seguridad ya hubiera mordido al pobre hombre.

—¿Así que a ti te gusta que no te pidan citas?

—A mí me gusta llevar la iniciativa, pero con ciertas mujeres me gusta ver como vienen a mí.

—Miró por el espejo a su amiga, que entrecerró los ojos.

—Sigue soñando.

Él se echó a reír. —Si lo estás deseando. Me estás comiendo con los ojos.

Clare se sonrojó intensamente y Laura levantó una ceja antes de darle un codazo. Su amiga negó con la cabeza y Davinia estiró el cuello para intentar verle bien, pero sólo veía su pelo rubio. —Pídele una cita —susurró haciendo que su amiga la fulminara con la mirada.

—¡No!

—¿Cómo que no? ¿Acabo de hacer el ridículo y ahora me dices que no?

—Si me va a decir que no. Sólo lo hace para provocarme.

—A ti puede que te dijera que sí.

Su amiga respiró profundamente por la nariz y ella la animó con la cabeza. Clare miró al frente acercándose al panel. —Mira, como me digas que no, te pincho las ruedas del taxi.

Él se echó a reír y detuvo el taxi delante de su casa. Se volvió para mirarla y Clare se sonrojó un poco demostrando que sí que le gustaba. —Estoy impaciente por escucharte, preciosa.

A Davinia se le cortó el aliento al escuchar su tono de voz, porque estaba claro que estaba muy interesado y su amiga también se dio cuenta. —Me llamo Clare. —Soltó una risita algo avergonzada. —¿Quieres salir conmigo?

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? —Clare perdió la sonrisa. —Pero contigo haré una excepción. Por cierto, me llamo Jack. ¿Te paso a buscar mañana a las siete?

Davinia se alegraba mucho por ella, pero no pudo evitar sentir algo de envidia. Sintiéndose horrible se bajó del taxi y disimulando sacó dinero de su cartera de piel mientras les escuchaba charlar. Laura apretó los labios al ver su sonrisa forzada. —No te preocupes. Seguro que lo volverás a ver.

Clare salió del taxi encantada de la vida y cogió los cincuenta pavos que tenía en la mano acercándose a la ventanilla. Le vio bajarla y rechazar el dinero. Era realmente guapo, casi tanto como su Ryan. Era del tipo motero con camiseta sin mangas y pelo algo largo, pero parecía majo.

Él se echó a reír de algo que le había dicho Clare antes de apartarse del coche y su amiga le devolvió el dinero. —Nos invita.

—¡No! —Iba a ir hacia el taxi, pero él se alejó. —¡Clare, tendrá que ponerlo de su dinero!

—¡Si quiere invitarnos, no voy a decirle que no después de pedirle yo de salir!

Se volvió hacia la puerta y su madre la siguió. —¿Quién es Matt?

—Ahora te lo presento —respondió mirando de reojo a Clare—. Le dejé viendo la televisión.

—Ah, ¿es tu novio?

—Algo así.

Entraron en el ascensor y Clare susurró —Mamá, no te sorprendas mucho, ¿vale?

—¿Sorprenderme? No creo que ya me sorprenda de nada.

—Esto te va a sorprender —dijo su hija—. No es exactamente su novio. Es como un chico de

compañía.

—Dios, qué lío. —Se empezó a agobiar por cómo le iba a explicar a Matt lo que había pasado. No quería dañar sus sentimientos y… ¿Sentimientos? Cualquiera diría que no era una máquina. Pero es que no tenía esa sensación hablando con él. Para ella Matt no era un juego y todo aquello empezaba a asustarla.

Metió la llave en la cerradura seguida de sus amigas y susurró —No le digáis lo de Ryan.

Clare asintió y Laura las miró sin comprender una palabra.

Pero en cuanto entró jadeó llamando la atención de Matt que ya estaba con el pantalón del pijama. —Oh… —Miró a su hija con los ojos como platos. —¡Oh!

—Tenemos invitados —dijo él sonriendo.

—Es mi madre, Laura Moore. Él es Matt.

Forzó una sonrisa. —Encantada.

—Ahora ya sé de dónde has sacado tu belleza, Clare —dijo galantemente antes de mirar a Davinia—. ¿Cómo ha ido todo, cielo?

—Bien. No era nada. Una riña en un restaurante.

Él frunció el ceño cuando no le miró a los ojos. —¿Qué ocurre? ¿Hay algún problema?

—No. —Forzó una sonrisa. —Estoy algo cansada.

—Por supuesto. Nosotras nos vamos a casa —dijo Clare cogiendo del brazo a su madre, que miraba a Matt sin salir de su asombro—. Vamos, mamá. Mañana tienes que coger un avión.

—Espera que…

—Ya hablamos en casa.

—Que descanséis —dijo dejando el maletín sobre la mesa. Clare volvió a tirar de su madre hacia afuera y cerró la puerta. No dudaba que estarían hablando un rato sobre la locura que era todo aquello. Se quitó la chaqueta sintiendo que él la observaba.

—Está claro que ha sucedido algo y que no me lo quieres contar.

—No es nada. Clare se ha peleado en un restaurante y la he sacado de la comisaría.

—¿Se ha peleado? ¿Por qué?

No podía contárselo. Era como si le estuviera traicionando. —Algo sin importancia. Tonterías de Clare. —Se acercó y cogió el mando. —Me voy a la cama.

—No, espera. —Davinia apretó los labios y le miró a los ojos. —Nada que me digas puede hacerme daño. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Por qué siempre tienes que decir lo adecuado en cada momento? —Muy nerviosa vio la sorpresa en sus ojos antes de apagarle y fue hasta la habitación desvistiéndose con movimientos bruscos. Se duchó intentando relajarse y sin poder evitarlo se echó a llorar. La cara de Matt de preocupación se mezclaba con la cara de Ryan mirándola a los ojos antes de darle la tarjeta. Su vida se había convertido en un circo. Estaba desesperada por estar con un holograma y con un hombre que la despreciaba. No se podía ser más patética.

Acostada en la cama sintió remordimientos por haberle desconectado así, cuando él no tenía la culpa de nada. Se limpió las lágrimas y se arrastró fuera de la cama para ir hasta el salón.

Cogió el mando sentándose en el sofá y le encendió.

Matt vio su cara y sonrió. —¿Remordimientos?

—Te odio.

—No estoy aquí para hacerte sentir mal. ¿Qué ha ocurrido, preciosa? Puedes contarme lo que sea.

—¿No te dolerá?

—No, no me dolerá. Sólo me duele no verte feliz.

Se echó a llorar de nuevo porque era perfecto en todos los sentidos. Intentó calmarse, pero al ver la cara de impotencia de Matt se echaba a llorar de nuevo.

—¡Basta ya, Davinia! —gritó él sorprendiéndola.

Con la boca abierta vio como la señalaba con el dedo y decía muy serio —¡Cuéntamelo ya!

—Te he conocido. En persona.

Parecía que no le entendía hasta que separó los labios. —Ah…

—¡Es igual que tú! —Se levantó del sofá preocupada. —¡Es como si fuerais gemelos! Por eso Clare se tiró sobre su pareja, para que pudiera conocerle. —Se apretó las manos.

—¿Y qué tal?

Parecía que no le preocupaba después de su sorpresa inicial. —¿No te importa? —preguntó saliendo de su asombro.

—No. Me parece muy bien. —Sonrió tranquilizándola. —Y halagador. Es halagador. —Se sonrojó por su expresión de picardía. —¿Y qué ha ocurrido? ¿Has balbuceado?

A regañadientes le explicó todo lo que había ocurrido y Matt se partió de la risa hasta que escuchó que había roto su tarjeta y la había tirado sobre la ventanilla del taxi.

—Eso no ha estado bien.

—Está claro que estaba molesto —susurró ella subiendo los pies al sofá.

—Salió para provocarte y hacerte ver que estaba interesado, para después burlarse de ti. Eso no está bien. —Apretó los labios preocupado. —¿Qué ha dicho Clare? ¿Cómo lo ha visto ella?

—No sabía qué decir. Su madre intentó animarme diciendo que me llamaría.

—No lo hará. Has herido su orgullo al dejarle en ridículo. Pero se lo merecía por comportarse con tanta altanería diciéndote lo que tenías que hacer en tu trabajo.

—Jack, el taxista, nos ha dicho que no era un hombre al que se pedía una cita. —Forzó una sonrisa. —Para una vez que me lanzo…

—No te tortures por intentarlo. Debes arrepentirte de no experimentar cosas, no de hacerlas. Sino este país no sería lo que es.

—Me sentí humillada.

—Era lo que quería provocar. Lo siento. Esto es culpa mía.

—¿Por qué?

—Te animé a tener una cita.

—Bueno, de todas maneras no puede ni verme, así que da igual.

—¿Y si le denuncias? —Parpadeó varias veces. —Si él te ha coaccionado, igual deberías denunciarle de veras.

Negó con la cabeza. —No, lo hice para provocarle, pero hacerlo en serio… Pensará que lo de la tarjeta me ha cabreado y…

—Prefieres hacerte la dura.

—De todas maneras, él no me verá para saber si me ha afectado o no. —Se encogió de hombros y se levantó cogiendo el mando. —Tengo que irme a dormir. Mañana tengo mucho trabajo.

—Que descanses.

—Me ha ayudado mucho hablar contigo.

—Y aquí seguiré, cielo. Duerme bien.

Cuando se tumbó, suspiró sintiéndose mejor porque que Matt no estuviera afectado por el tema era un alivio. Le gustaba hablar con él de todo y Ryan le preocupaba porque no podía sacárselo de la cabeza.

Capítulo 4

Una semana después estaba en su despacho hablando con una clienta y la puerta se abrió de golpe dando paso a su jefe que mirándola muy serio le dijo —Davinia, a mi despacho.

Se levantó preocupada. —Pero señor Bentley. Tengo una cita…

—Seguro que te puede esperar, ¿verdad? —Sin preocuparse si a la mujer le preocupaba o no, salió de su despacho para asombro de su clienta.

—Disculpe, señora Willis. Si tiene prisa, puedo darle otra cita…

—No se preocupe por mí. —Se levantó colocando la correa de su carísimo bolso en su hombro. —Como dice él, la esperaré porque es una de las mejores de la ciudad. —Sonrió sin darle importancia. —Vaya a donde vaya. ¿Me ha entendido?

Se echó a reír. —Lo dice como si fueran a despedirme.

—Si algo conozco… —dijo apartando su larga melena castaña—, es a los hombres, y su jefe tiene la mirada de vete buscándote otro trabajo.

Eso sí que la puso nerviosa. —Seguro que no será nada.

—Bueno, si es así, perfecto. Pero tenía la mirada de mi marido cuando me pidió el divorcio.

Salió del despacho y sintió que le temblaban las piernas siguiéndola al exterior. Le dijo a su secretaria que le diera otra cita y se despidió para subir una planta hasta el despacho de su jefe. Que la hubiera ido a buscar él mismo indicaba que estaba furioso. Su secretaria le indicó que pasara y abrió la puerta para pasar a su despacho. Se quedó de piedra al ver a Ryan sentado ante el enorme escritorio de caoba de su jefe, que paseaba de un lado a otro como si estuviera de los nervios. Ryan sonrió irónico mientras ella cerraba la puerta. Eran las cuatro de la tarde y su vestido color berenjena debía estar algo arrugado después de estar todo el día sentada recibiendo clientes. Le dio una rabia horrible verle allí, porque sabía que buscaba problemas.

—Señor Montgomery, menuda sorpresa.

—Seguro que sí.

Ella miró a su jefe. —¿Ocurre algo?

—Al parecer has tenido un altercado con un posible cliente. Uno muy importante. Y todo para defender a una loca que atacó a la mujer que le acompañaba. ¡Una loca, a la que por cierto no has facturado en el bufete!

Davinia se tensó, pero no iba a dejar que ninguno de los dos la intimidara y menos sobre su trabajo. —Trabajo en este bufete sesenta horas a la semana. Si en mi tiempo libre tengo que sacar de un apuro a una amiga, no pienso consultártelo a ti y por supuesto no tengo que pedirle permiso al señor Montgomery por hacer mi trabajo. Además, te recuerdo que soy la segunda abogada que más factura del bufete. —Su jefe abrió los ojos como platos ofendido, pero era ella la que tenía que sentirse ofendida por su trato, así que dio un paso hacia él sin sentirse intimidada. —No entiendo a qué viene esta reprimenda, a no ser que quieras quedar bien frente

al señor Montgomery, que por otro lado no tiene razón. —Se volvió hacia él, que durante una décima de segundo parecía que la admiraba. —Y a usted tengo que decirle que juega sucio. Debería haberte demandado por coacción como me aconsejó la policía, pero en lugar de eso, busca venganza como un niño mimado que siempre tiene que tener la razón. —Ryan se levantó perdiendo la sonrisa y Davinia sintió una satisfacción inmensa. —Ahora si me disculpan, tengo mucho trabajo.

—¡Estás despedida! —dijo su jefe cuando se volvía.

Se detuvo en seco y apretó los puños antes de mirar al señor Bentley a los ojos. —Piensa bien lo que estás haciendo antes de continuar.

—¡Fuera de esta empresa!

—Muy bien. —Sonrió con tristeza antes de mirar a Ryan. —Felicidades, señor Montgomery. Al parecer ha ganado esta batalla. Pero la guerra la ganaré yo.

—Davinia… —Ryan parecía preocupado, pero ella reprimió las lágrimas de la rabia yendo hacia la puerta y abriéndola de golpe haciéndola chocar contra la pared. La secretaria la miró con la boca abierta ir hacia el ascensor.

Cuando llegó hasta su despacho le dijo a su secretaria. —Me han despedido. ¿Te vienes conmigo?

—¿Qué? ¿Por qué?

—Te lo explico luego. No tenemos tiempo. ¿Te vienes conmigo?

—¡Sí!

—Enseguida llegarán los de seguridad. Desaparece y llévate la agenda.

Su secretaria desde que había llegado a la empresa, empezó a coger carpetas y todo lo que podía metiéndolo en su enorme bolso. Ella fue hasta su mesa y cogió un pen drive copiando toda la información de su ordenador. Cuando lo copió todo se metió el pen drive en el sujetador.

María se acercó a la puerta. —Me piro.

—Sal por el garaje. Te llamo luego.

Asintió saliendo de allí a toda prisa. Ella cerró su portátil y en ese momento llegaron dos de seguridad que entraron en su despacho mirándola con pena. —Señorita Smith no puede llevarse nada.

—El ordenador es mío.

—Pero la información no. —Davinia chasqueó la lengua y se volvió a coger los diplomas de la pared. —Alguien le enviará eso a casa. Debe irse.

—¿Puedo coger mi bolso?

—Tendremos que registrarlo.

Asqueada se lo mostró y vio cómo revolvían en su interior. —¿Quieren revisar los tampones? —preguntó molesta. Bentley iba a pagar por aquello. Sería lameculos.

—Sólo hacemos nuestro trabajo —dijo entregándole el bolso.

—Me conocéis desde hace años y esto es ridículo. —Le arrebató el bolso y salió furiosa del despacho. Fue humillante ver como todos la miraban con sorpresa y murmuraban.

Cuando las puertas del ascensor se cerraron, se pasó la mano por la frente y vio que le temblaba. La apretó con fuerza antes de levantar la barbilla diciéndose que no podía llorar. Ya lo haría en la intimidad de su apartamento. Tomó aire y salió del ascensor caminando con paso firme hasta la puerta, cuando alguien la cogió por el brazo deteniéndola. Sorprendida levantó la vista para ver a Ryan. —¡Suélteme!

—No pretendía que te despidiera.

Soltó su brazo furiosa. —¿Ah, no? ¡Es lo que pasa al jugar con el trabajo de la gente, que puede que las cosas se salgan de madre!

—Si no le hubieras retado, no te hubiera despedido.

Le miró con desprecio. —¿Así que tengo que dejarme humillar para conservar mi trabajo? ¡Vete a la mierda!

Se volvió y empujó la puerta giratoria mirándole con odio. Al salir a la calle llamó a María. —¿Dónde estás?

—Camino de tu apartamento. ¿Te veo allí?

—Sí. Voy de camino. —Se acercó a la acera y levantó un brazo.

—Davinia, yo no quería que pasara esto. —Se volvió para ver a Ryan tras ella e ignorándolo levantó la mano de nuevo. —¡Joder, escúchame!

La volvió a coger por el brazo y ella le empujó bajando a la calzada para alejarse. El impacto contra el coche la hizo gritar de la sorpresa más que de dolor antes de caer sobre el capó del coche para rodar de nuevo a los pies de Ryan.

—Ay… —gimió tumbada de costado.

Pálido se agachó a su lado. —Nena, ¿estás bien? —Sacó su móvil y marcó un número. —Estoy llamando a emergencias.

—¡Se bajó de repente! —dijo un hombre al otro lado—. ¡No me dio tiempo a frenar!

Atontada no les escuchó e intentó levantarse. —¡No te muevas! —Ryan la cogió por el hombro. —Puedes tener una lesión interna.

—Mi bolso. —Se volvió poniéndose de espaldas para ver a un montón de cabezas sobre ella. Gimió llevándose una mano a los ojos, lo que le faltaba para rematar el día.

—Le sangra una pierna.

Eso la sentó de golpe sorprendiendo a todo el mundo y cuando vio que del gemelo izquierdo salía sangre, miró a Ryan pálida. —¡Estoy sangrando!

Él pareció aliviado. —¿Estás bien?

Le arreó un tortazo —¡Estoy sangrando, imbécil! ¿Cómo voy a estar bien? ¡Te voy a meter una demanda que te vas a cagar! —le gritó a la cara antes de echarse a llorar. —Quiero ver a Matt…

—¿Quién coño es Matt? ¿Tienes novio y me pedías una cita?

—¡Es mucho más hombre que tú! ¡Él me comprende! —Se volvió hacia el taxista. —¿Me lleva a casa?

Negó con la cabeza. —Tiene que ir al hospital —dijo muy despacio como si estuviera loca.

—¡Mi bolso!

El taxista se lo entregó y ella sonrió radiante. —Gracias. Siento el susto.

—Nena, estás en shock.

Ella levantó el brazo arreándole con el bolso. —¡Aléjate de mí! —gritó histérica—. ¿Dónde está la policía?

—Aquí —dijo alguien tras ella.

Davinia volvió la cabeza y sonrió. —¿Me hace un favor?

—Por supuesto.

—Quiero denunciar a este hombre por acoso.

—¡Davinia! —exclamó quitándose el cinturón.

—Ya se me ocurrirán más cosas para la denuncia, pero ahora estoy algo confusa.

—Eso ya lo veo.

La ambulancia se detuvo al lado del taxi mientras Ryan le apretaba el cinturón por encima de la rodilla. —Esto detendrá la hemorragia.

—¡Aléjate de mí! —Intentó empujarle del hombro, pero él siguió apretando el cinturón. —¡Ay!

De la ambulancia se bajó una chica con un chaleco amarillo que gritó —¿No han despejado la acera? ¡Todos fuera!

Davinia sonrió. —¡Livi!

La chica parpadeó. —Madre mía, ¿qué te ha pasado? —Se acercó corriendo rodeando el taxi y se arrodilló a su lado. —Túmbate, Davi.

—¿Os conocéis?

—Somos primas —respondió Livi sin mirarle siguiera, cogiéndola suavemente por el hombro —. Túmbate con cuidado, Davi. ¿Qué te ha pasado?

—Me ha medio atropellado un taxi.

—Ha sido sin querer —dijo el taxista.

—Ha sido culpa mía, Livi.

Un compañero le entregó un collarín y ella se lo puso con cuidado. —Muy bien. ¿Te mareas? ¿Te has desmayado?

—No. No ha perdido la consciencia y se sentó ella sola. Tiene una laceración en la pierna.

—¿Y tú quién eres?

—Un imbécil que me acosa.

Livi le fulminó con la mirada. —¿No me digas?

—Fue ella la que me pidió una cita.

Livi la miró a ella. —¿No me digas?

—Sí, pero él rompió mi tarjeta y me la tiró a la cara. —Su prima le volvió a fulminar con la mirada. —¡Ha hecho que me despidan y ahora huyendo de él me ha atropellado un taxi!

Todos se tensaron mirando a Ryan que se sonrojó enderezándose. —No ha sido exactamente así.

Livi le hizo un gesto a su compañero. —Stuart, encárgate de mi prima.

Antes de que nadie se diera cuenta Livi se había tirado sobre Ryan y Davinia levantó la cabeza para ver a su prima sobre la espalda de Ryan como una garrapata pegándole y tirándole del pelo.

—¡Dale, Livi!

El policía intentaba sujetarla, pero Ryan se volvía de un lado a otro y justo en ese momento llegaron dos policías más quitándosela de encima. —¡Dejarme, que se va a enterar este pijo que como somos las Smith! —gritó su prima—. ¡Ja! Te he desfigurado. Pues te jodes. ¡Acércate a mi prima y llamo a mis hermanos para que te rajen, cabrón!

Ryan miró asombrado a Davinia y ella vio un arañazo enorme en su mejilla mientras la levantaban a una camilla.

La policía que iba a detener a su prima ya había sacado las esposas y Davinia gritó —¡Soy su abogado! ¡No pueden detenerla!

Ryan chasqueó la lengua y se volvió. —¡Suéltenla! No voy a presentar cargos.

—¡Ja! —exclamó Livi soltándose del policía e intentando subir a la ambulancia a toda prisa empujando a Ryan que la miraba como si quisiera matarla.

—¡Vámonos, Livi! ¡Sangra mucho y no puedo retener la hemorragia! —dijo su compañero.

—¡Una vía! —gritó subiéndose en la ambulancia y cerrando la puerta mientras Ryan palidecía.

—¿Davinia? —preguntó Ryan antes de que cerrara la otra puerta.

Su prima se volvió agachada y sonrió. —Menuda pieza, prima.

Davinia sonrió. —¿Tú crees?

—Ese está cazado. Es que a las Smith no se nos escapa uno. —Se acercó a ella y empezó a trabajar de manera mecánica. —Ya verás cuando le vea la tía. Se le va a caer la baba. ¿De verdad te han despedido por su culpa?

—Sí. —Suspiró mirando el techo. —¡Ay! —Se sobresaltó cuando su prima le cogió la pierna.

—Tienes un buen tajo. Necesitarás unos cuantos puntos. Las defensas de los coches… —Chasqueó la lengua. —Te va a quedar cicatriz. ¡Cabrita, no me has llamado en dos meses! ¡Más gasas!

Su compañero le pasó las gasas mirándolas divertido. —¿De verdad sois primas? No os parecéis en nada.

—Ella ha salido a la familia de mi madre. Morenos de ojos azules. —Miró a su prima. —He estado algo liada.

—Pues te perdiste el cumpleaños de Clayton y lo pasamos genial. Papá le regalo su Buick.

—¿Lo ha restaurado?

—Ha quedado precioso. —Su prima se quedó en silencio y Davinia la miró mientras trabajaba.

—Livi, ¿pasa algo?

—No. —Forzó una sonrisa.

—Joder, siempre has mentido fatal.

Livi la miró con sus ojos azules. —Voy a llamar a la tía. Tendrás que entrar en quirófano. Algo fácil, pero tendrán que anestesiarte.

—Dame el móvil. La llamaré yo.

Su prima le pasó su móvil después de marcar y justo en ese momento sonó el teléfono de Davinia. —Esa es mi secretaria. Dile lo que ha ocurrido y que la llamo en cuanto salga.

Livi buscó el teléfono en su bolso y contestó mientras ella esperaba a que su madre respondiera el teléfono. —¡Livi! Qué sorpresa.

—¿Mamá?

—¿Davi? ¿Qué pasa? ¿Le ha pasado algo a Livi? ¿Por qué me llamas por su teléfono? ¿Qué le ha ocurrido al tuyo?

Sonrió sin poder evitarlo. —No te preocupes porque estoy bien, pero tengo que ir al hospital y estoy con Livi. Me van a operar por un pequeño accidente.

—¿Un pequeño accidente? ¡Qué se ponga tu prima! —gritó a los cuatro vientos.

Livi hizo una mueca al ver que le pasaba el teléfono y apartó el otro para hablar con su tía. —No te preocupes. Estoy con ella. Tiene un corte en la pierna y todavía tienen que hacerle unas pruebas, pero creo que tendrán que operar el tendón. —Asintió mirando a Davinia. —Veremos lo que ocurre. No te preocupes. No me separaré de ella. Prometido.

Metió el móvil en su bolso y Davinia preguntó —¿Me voy a quedar coja?

—Qué va. —No la miró a los ojos y eso no era bueno. —Necesitarás rehabilitación, pero… —Cuando la miró a la cara apretó los labios. —Te recuperarás. Somos duras, ¿recuerdas?

Cerró los ojos. —Me estoy empezando a cansar de ser dura, ¿sabes?

Su prima la cogió de la mano. —Te entiendo muy bien. —Una lágrima cayó por su sien y sintió como su prima la secaba con cariño. —Pero para eso está tu familia, para apoyarte en todo.

Abrió los ojos y se comprendieron con la mirada. Ambas habían tenido que luchar muchísimo por sus carreras y en ese momento entendió que Livi se encontraba en su misma situación.

Su prima acarició su frente apartándole los rizos. —Ya hemos llegado.

Capítulo 5

Livi no se separó de ella en ningún momento mientras le hacían las pruebas. Afortunadamente dejó de sangrar y cuando estaba preparada para entrar en quirófano, una enfermera entró en la habitación. —Fuera está vuestra familia y está algo alterada. Deberías ir a hablar con ellos.

—Madre mía. La tía los ha llamado a todos. —Davinia gimió cerrando los ojos porque ahora la pierna le dolía horrores. El efecto de lo que le habían puesto se le estaba pasando, pero como la iban a operar no quería decir nada. —Vuelvo enseguida.

Salió de la habitación de urgencias rápidamente y Davinia se mordió el labio inferior haciendo un gesto de dolor. La puerta se abrió y se quedó de piedra al ver a Ryan con una bata de médico leyendo un historial.

—¿De dónde has sacado eso? —Asombrada se apoyó en los codos y le vio mirar hacia las placas que estaban colgadas de los paneles.

—Estas son las tuyas, ¿nena?

—Ryan, ¿qué haces?

—Joder, te has seccionado el tendón por la mitad.

—¿Eres médico?

Ryan se acercó a la camilla sacando el móvil. —Voy a llamar a un amigo que es cirujano de deportistas de élite. No te vas a operar aquí.

—Pero me ha dicho Livi que es un cirujano muy bueno y…

—Ahora no. Hazme caso en esto. Tú sabrás de leyes, pero yo sé de medicina. —Salió de la sala dejándola con la boca abierta y dos minutos después entró su prima en la habitación con la misma cara.

—Al parecer tu novio conoce a gente muy influyente.

—No es mi novio. ¿Y a qué gente?

—Te van a trasladar al Memorial.

Se quedó de piedra. —¿Por qué?

—El jefe de cirugía es amigo suyo y ya lo tienen todo dispuesto allí. De hecho, les ha enviado las pruebas por correo electrónico y te están esperando.

—Quiero hablar con Ryan.

—Está hablando por teléfono ordenando el helicóptero.

Su prima parecía divertida, pero a ella no le hacía gracia. —Dile que venga.

Livi salió y volvió con él de inmediato. Ryan seguía al teléfono y al ver su rostro apartó el teléfono. —¿Te duele?

—¿Qué estás haciendo? ¡No tienes derecho a entrar en mi vida y a ordenar nada por mí!

—¡Mira, ponte como quieras, pero vas a hacer lo que yo diga! ¡Te va a operar Kennedy y no hay más que hablar de este tema! ¿Me estás escuchando?

Parpadeó sin poder creérselo y al verle salir como si nada, miró a su prima que rió por lo bajo. —¡No tiene gracia!

—Ese tío me gusta. Con arañazo y todo. ¿No tendrá un hermano?

—¡No tengo ni idea, porque no le conozco de nada!

En ese momento entraron dos auxiliares y asustada le dijo a su prima —¿Qué hacen?

—Tranquila. Yo voy contigo.

Eso fue un alivio. —¡No te separes de mí! No me fio.

Livi reprimió la risa y cuando sacaron su camilla, allí estaba Ryan hablando con su madre. —¡Mamá! ¡No hables con él!

—¡Davinia, no empieces! —dijo Ryan exasperado.

—¿Que no empiece? ¡Estoy así por tu culpa!

—¿Qué? —Su madre miró a Ryan de otra manera cruzándose de brazos. —¿Quién es usted? ¿Y a dónde se lleva a mi hija?

—¡Me la llevo a que la atienda el mejor cirujano de Nueva York en este tipo de lesiones! ¿Tiene algo que decir?

Su madre se sonrojó. —Ah, pues no.

—Eso pensaba.

—Vuelve a hablarle así a mi madre y te saco los ojos —siseó pasando a su lado.

—Hija, si lo hace por tu bien…

Livi les observaba con los ojos entrecerrados y Ryan vio como pasaba el dedo por el cuello en plan amenazante.

—¿Puedo ir con ella? —preguntó su madre cogiéndole la mano.

—No. Vendrá Livi porque sé que no la separaría de ella ni con agua caliente y además es médico. Pero los demás iréis en coche. Cuando lleguéis estará en quirófano.

—¿Pero quién coño eres tú? —preguntó Davinia asombrada.

—Es el dueño —susurró Livi.

—¿El dueño de qué? ¿De los Estados Unidos?

—Ja, ja. Solo el dueño del hospital —dijo él molesto.

A Davinia se le cortó el aliento. —¿Qué dices? ¿El dueño del Memorial? ¿Pero eso tiene dueño?

—Tiene tres y yo soy uno de ellos. —Les hizo un gesto a los camilleros que se pusieron en marcha de inmediato.

—Es el que más acciones tiene —le susurró Livi.

Asombrada dijo —¡Entonces no es médico!

—Sí que lo es. Me lo han chivado. —Su prima le guiñó un ojo.

—Hija, si el doctor dice que hay que trasladarte, se te traslada y punto. Papá diría lo mismo.

Gimió cerrando los ojos. —Esto es una pesadilla.

—Por cierto, he preguntado a tu familia quién es Matt para avisarle, pero nadie le conoce —dijo Ryan irónicamente.

—Eso, hija. ¿Quién es Matt?

—Ay pillina, por eso no te hemos visto estos meses, ¿verdad? —Su prima soltó una risita. —Seguro que has estado muy ocupada.

Afortunadamente la metieron en el ascensor y su madre se quedó fuera. —Ya me lo contarás después, cariño. ¡Te veo luego!

Cuando se cerraron las puertas fulminó con la mirada a Ryan. —¡No tienes derecho a hablar de mi vida privada como si tuvieras algún derecho!

—Te estaba haciendo un favor para avisarle.

Le hizo un gesto a su prima que se acercó a la cabecera. —Dame el móvil.

Ryan apretó los labios cuando su prima le dio el teléfono y furiosa llamó a Clare. Menos mal que se sabía su número de memoria, porque no tenía ni idea de dónde tenía el bolso. Se puso el teléfono al oído y esperó.

—¿Diga? Si vende algo, no me interesa y si es de la compañía de teléfonos, estoy hasta las narices de sus llamadas.

—Soy yo.

—¿Davinia? ¿Te has cambiado de teléfono?

—No. He tenido un accidente y tienen que operarme la pierna.

—¿Qué dices? ¿Es broma? Porque no tiene gracia.

—No, no es broma. ¿Puedes decirle a Matt lo que ha pasado? No quiero que se preocupe.

—Claro. Yo se lo digo. ¿Estás bien? ¿Dónde estás? Después del trabajo paso a verte.

—Me trasladan al Memorial. Ryan se ha empeñado.

—¿Ryan? ¿Estás hablando de Ryan Montgomery?

—Pues sí —dijo mirándole con rencor—. Ha conseguido que me despidan y que me atropellen. Seguro que ahora me lleva a su hospital para deshacerse de mi cuerpo. Así que si desaparezco, alerta a la policía.

Livi se echó a reír, pero a Ryan no le hizo ninguna gracia. Clare jadeó asombrada. —¿Te han despedido?

—Es muy largo de contar. —Gimió tapándose los ojos. —Y esto duele un huevo.

—Pobrecita. Cuídate.

—Díselo a Matt, por favor.

En ese momento le arrebataron el móvil y escuchó decir a Ryan con toda su cara. —No estás para llamadas sociales. Ponle seiscientos de dipirona.

—¿Con eso me va a dejar de doler? —Vio cómo su prima sacaba una jeringuilla del su maletín de emergencias y se la inyectaba en la bolsa del gotero.

—Sí —dijo él.

—Hablaba con mi prima. Qué manía de meterte en todo.

—Nena, estás enfadada y lo entiendo, pero empiezas a sacarme de mis casillas.

Se incorporó apoyándose en los codos. —¡Cómo si me importara! —gritó tan fuerte como podía—. Si pudiera levantarme de aquí, te aseguro que… —Se quedó mirando sus ojos verdes y gimió —¡Quiero ver a Matt!

—Debe ser un hombre increíble —dijo su prima para fastidiar a Ryan—. ¿Cómo es, prima?

—Es perfecto. Me comprende en todo y siempre me escucha.

—Qué interesante —dijo Ryan molesto—. ¡Al helicóptero!

La sacaron del ascensor y el sonido del helicóptero les impidió seguir hablando. Metieron su camilla en él bajo la atenta mirada de Ryan, que estaba agachado en la puerta viendo como la aseguraban y colgaban su gotero. En cuanto se bajaron los auxiliares, él se subió colocándose a su lado junto a su prima, que la cogía de la mano.

Se puso algo nerviosa porque nunca había subido en un aparato de esos y asustada le miró a los ojos. —¡Todo va bien! —gritó para que le escuchara.

Cuando se elevaron sintió que algo subía por su vientre como en una montaña rusa y apretó la mano de Livi que sonrió para tranquilizarla. Afortunadamente el trayecto pasó rápidamente y cuando descendieron Ryan le gritó algo al piloto que asintió.

En cuanto aterrizaron varias personas se acercaron al helicóptero y cuando le dijeron a su prima que ya se encargaban ellos, Ryan ordenó —No se separará de ella. ¿Me habéis entendido?

Fue un alivio y Livi sonrió corriendo al lado de su camilla. Ryan le dio la mano a un hombre y hablando las siguieron rápidamente. La metieron en el edificio y escuchó decir al hombre —No te preocupes. Sabes que soy concienzudo. Estará caminando antes de darse cuenta.

—Porque confío en ti te he llamado.

—¿Estarás en quirófano?

—Será mejor que no.

Livi le guiñó un ojo y se acercó a su oído para susurrar —Es para no poner nervioso al personal. Quiere que estén atentos a ti al cien por cien.

—¡Ryan! —Arqueó el cuello hacia atrás para verle. —No quiero que me duerman entera.

—No se preocupe, señorita Smith —dijo el doctor sonriendo agradablemente—. Le pondremos la epidural.

—¿Usted es el doctor Kennedy? ¿Es bueno?

El hombre que debía tener unos cincuenta años se echó a reír asintiendo. —Eso dicen.

—Cuidado, Roger. Es abogada —dijo Ryan divertido.

—Vaya, esta preciosidad no puede ser abogada.

—Ja, ja. Si hace bien su trabajo no tiene nada que temer, al contrario que tú que te voy a meter una demanda que vas a flipar. —Ryan se echó a reír y molesta miró a su prima. —Este tío es idiota.

—¿Quieres que le arañe otra vez?

—¿Eso te lo ha hecho ella? —preguntó Roger sorprendido.

—Son primas —dijo como si eso lo explicara todo.

La hicieron pasar por dos puertas de acero inoxidable que brillaban impolutas y Davinia se puso nerviosa cuando la desnudaron y le pusieron un gorro en la cabeza cubriendo su cuerpo desnudo con una sábana verde. Afortunadamente no vio a Ryan en ese tiempo. La trasladaron a una camilla poniéndola de costado. Un hombre con mascarilla verde la pinchó en la espalda y la pusieron boca abajo. Ella encajó la cara en el hueco de la camilla mirando el suelo. —¿Livi?

—Estoy aquí. —Su mano enguantada la saludó por debajo y sonrió al ver que estaba frente a ella.

—Esos zuecos son horribles.

Todos se echaron a reír. —No tienen glamour, ¿verdad, Davinia? —preguntó el doctor.

—Para nada. Deben ser comodísimos, pero… —Entonces sintió algo en la pierna. —Eso lo he sentido.

—¿Te ha dolido? —preguntó el doctor preocupado.

—No. —Su prima la tocó en el hombro tranquilizándola. —¿Todo va bien?

—Por eso dormimos a los pacientes, para que no nos pregunten eso continuamente.

—¿Sabe que tiene mucho sentido del humor?

—Mis residentes no te dirían eso.

—Mi prima es médico. La mejor de su promoción.

—¿De veras? ¿Qué especialidad?

—Cardio, pero trabajo en ambulancias.

—Un trabajo duro. ¿Cómo no trabajas en tu especialidad?

Su prima se tensó, pero Davinia se sentía tan bien que dijo sin pensar —Porque el cabrón de su jefe quería algo más y cuando le dijo que no, se lo tomó fatal.

—¡Davinia!

—¡Es la verdad y no me dejaste meterle un paquete porque tenía tres hijos! ¡A ti te jodió la vida!

—¡Davinia, cierra la boca!

Mirando el suelo frunció el ceño. —¿Estás enfadada?

—No.

—Si sucedió así, deberías haber hablado con el jefe de residentes —dijo el doctor.

—No quiero hablar de eso.

—¿Cómo va todo? —preguntaron a través de un altavoz.

Davinia abrió los ojos como platos. —¿Es Dios? ¿Me estoy muriendo?

Las carcajadas a su alrededor la hicieron fruncir aún más el ceño antes de que el cirujano dijera —Va muy bien, Ryan.

—Livi, quiero hablar contigo en cuanto termines ahí.

—Mierda —siseó su prima por lo bajo.

—¿Dios quiere hablar contigo? ¿Qué has hecho?

Todos se echaron a reír de nuevo y Davinia sonrió cerrando los ojos sintiéndose genial.

Capítulo 6

—¡Quiero calmantes! —gritó desde su cama con la pierna en alto loca de dolor—. ¡Qué me droguen, joder! ¡Esto no hay quien lo aguante!

La enfermera salió espantada mientras su madre ponía los ojos en blanco levantándose de la silla y le pasó la mano por la frente apartando sus rizos rubios. —Tranquila, cariño.

La cogió del brazo. —¡Busca a Livi, a Ryan o quien sea! ¡Pero que me pongan algo!

—¿Tanto te duele? —Pálida sentía que la pierna le latía y miró a su madre con ganas de matar a alguien. —Parece que sí.

Se movió sobre la cama y gimió cerrando los ojos. —¡Mierda de taxi, mierda de vida y mierda de todo!

—Uy, uy… voy a por ayuda.

En ese momento se abrió la puerta y apareció Ryan con un traje gris. Hacía dos días que no le veía y ese rostro le hizo recordar a Matt. Él apretó los labios al ver que estaba a punto de llorar. —¿Qué pasa, nena?

—¿Qué pasa? ¡Qué me duele, joder!

—Válgame, Dios. No hace más que soltar tacos.

Ryan reprimió una sonrisa. —¿Te hace gracia? Voy a rajarte la pierna a ver si te ríes tanto.

—Estás algo alterada.

—¡Alterada! ¿Es que este sitio no hay bastantes medicamentos? ¿Estás en crisis?

—Nena, baja la voz o tendré que sedarte.

—¡Eso es lo que quiero desde hace una hora, hostia!

Frustrada apretó las sábanas entre los puños y Ryan frunció el ceño. —No puede dolerte tanto.

—¿Qué sabrás tú?

Ryan cogió su historial y apretó los labios. —Se han saltado una toma por el cambio de guardia.

—¿Ves? ¿Cómo no voy a tener dolores? —De repente se echó a llorar y Ryan salió de la habitación furioso.

—Tranquila, cielo —dijo su madre preocupada—. Enseguida te pondrá algo.

—No me escucha. Hasta que no lo ha visto, no me creía. Quiero irme a casa.

—Lo sé. Pero tendrás que quedarte al menos dos días más. Y además tendrás que venir a casa porque no puedes apoyar el pie en tres semanas.

—Iré a mi casa, mamá. Tengo que organizar un negocio.

—¿Estás segura que vas a poner tu propio despacho? Me preocupa que te arruines con esto.

—Ahora no quiero hablar de esto. —Tensa de dolor y por no poder moverse, miró hacia la puerta cuando se abrió de nuevo. Ryan con una jeringuilla en la mano inyectó su bolsa a toda prisa.

—¿Tardará mucho en hacerle efecto?

—En unos minutos se sentirá mejor. —Ryan la miró a los ojos. —No volverá a pasar. No te preocupes.

—¿No las habrás echado?

—¿Tengo pinta de ogro?

—Hiciste que me echaran a mí. Así que me espero cualquier cosa.

Ryan chasqueó la lengua cogiendo unos pañuelos de papel y limpiándole las lágrimas con una delicadeza que la sorprendió. Le miró con desconfianza y Ryan sonrió mientras su madre carraspeaba. —¿Puedes quedarte con ella mientras voy a tomar un café?

—No necesito a nadie —respondió molesta—. Mamá dame el móvil que voy a llamar a…

—No. Nada de móvil. Tienes que descansar.

—¡Quiero hablar con Clare! ¡Ya habrá llegado a casa!

Para no alterarla más, su madre le dio su móvil y retándole con la mirada marcó el teléfono. Su amiga contestó de inmediato. —Ahora iba a verte. Me estaba cambiando. ¿Necesitas algo de tu casa?

—Sí, ponme con él.

Ryan carraspeó cruzándose de brazos y le ignoró escuchando los pasos de su amiga mientras le decía —Se va alegrar de oírte porque se quedó preocupado.

—Me imaginaba que se preocuparía. Por eso quiero hablar con él. Pon el altavoz para que me oiga.

Ryan entrecerró los ojos, pero no dijo palabra.

—Estoy encendiendo.

Escuchó la voz de Matt. —¿La has visto? ¿Está bien?

Sonrió porque estaba preocupado. —¿Matt? ¿Me oyes?

—Sí, preciosa. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Iré a casa en cuanto salga. —Ryan se tensó bajando los brazos. —No te preocupes, ¿vale? Estoy muy bien.

—¿Te duele? ¿Te tratan bien?

—Muy bien. No me duele nada. —Acarició la sábana. —Te echo de menos.

—Y yo a ti. Estoy deseando verte.

Le arrebataron el teléfono y asombrada vio que Ryan se lo ponía al oído. —¿Quién eres? —preguntó antes de que pudiera evitarlo.

—¡Ryan, dame el teléfono!

Él se alejó dándole la espalda. —¿Sabes que Davinia va pidiendo citas por ahí? ¿Qué quién soy? ¡Soy Ryan Montgomery! ¿Y tú quién eres? ¿Eres su novio? —Se volvió fulminándola con la mirada. —Así que eres su hombre. Pues tu novia va por ahí buscando otros hombres. ¿Qué ocurre? ¿Sois una pareja abierta?

Davinia se sonrojó. —¡Dame el teléfono!

Ryan sonrió malicioso. —Así que sois una pareja platónica.

—¡No hables con él, Matt! ¡No lo entiende!

Ryan colgó el teléfono y se acercó amenazante a la cama. —¡Claro que lo entiendo! —le gritó a la cara—. ¡Como él no te puede dar lo que necesitas, lo vas buscando por ahí con su consentimiento! Estás enamorada de él, pero no puedes tirártelo, ¿no? ¡Por eso no puede venir a verte! ¡Tiene algún tipo de impedimento!

—¡Eso no es asunto tuyo!

La cogió por la nuca con fuerza volviendo su cara hacia él y su corazón se alteró al tenerlo tan cerca. Separó los labios sin darse cuenta y Ryan susurró rabioso —Así que no es asunto mío. Intentas utilizarme, pero no es asunto mío. Puede que te lleves una sorpresa, nena.

—¿Que...? —Atrapó sus labios sorprendiéndola y Davinia gimió cuando entró en su boca saboreándola como si la necesitara. No pudo evitar que su cuerpo reaccionara a él y sintió que el deseo la traspasaba de pies a cabeza. Acarició su lengua con ansia y Davinia respondió de la misma manera, devorándose mutuamente por la necesidad que les recorría.

Ryan se separó de ella de golpe y atontada miró sus labios deseando más, pero él se apartó un poco sin soltar su nuca. —¿Tengo pinta de ser un tipo que comparte a su mujer? Ya puedes ir deshaciéndote de ese tipo.

A Davinia se le cortó el aliento al ver en sus ojos que hablaba en serio. —No soy tu mujer.

—Ah, ¿no? —Su mano libre cogió su pecho a través de la bata y acarició su pezón endurecido. —Pues tu cuerpo dice que sí.

Le retó con la mirada. —Eso es sólo sexo.

—Te lo advierto, nena. No juegues conmigo. —La besó como si quisiera seducirla y cuando Davinia muerta de deseo respondió, se apartó de ella saliendo de la habitación sin mirarla. Con la respiración agitada se quedó mirando por donde había salido pensando que ahora sí que estaba en un lío.

Llamó a Clare de inmediato que se estaba riendo con Matt de lo que acaba de ocurrir. —Vaya con Montgomery —dijo su amiga riendo—. Parecía un marido celoso que quiere deshacerse de un amante.

—Y el amante soy yo —dijo Matt partiéndose de la risa.

—No tiene gracia. No veáis cómo se ha puesto. ¡Me ha dicho que deje a Matt!

Las risas de sus amigos la pusieron de los nervios y Clare dijo —¿No te das cuenta que eso es bueno? Además, cree que tienes una conexión con Matt más allá del sexo y eso le ha puesto frenético. Significa que le gustas. Mucho.

—Eso ya lo sé. Pero no sé si quiero algo con una persona tan vengativa, que ha conseguido que me echen del trabajo por una tontería. Imagínate que se entera de quién es Matt. ¡Pensará que me estoy burlando de él!

—Cielo, no te tienes que preocupar por mí. No me conocerá. Si llegas a tener una relación con él con apagarme cuando está, listo.

Pensó en ello seriamente y se dio cuenta que tenía razón. No tenía por qué enterarse nunca de que era Matt.

—¡Disfruta por una vez en la vida, amiga! Voy para allá y lo hablamos. Además, tengo que contarte la cita con Jack —dijo emocionada—. ¡Madre mía! —exclamó antes de colgar.

Sonriendo dejó el teléfono sobre la mesilla y cerró los ojos sintiéndose mil veces mejor. La medicación estaba haciendo efecto y los besos de Ryan la habían subido al cielo. No se quería ni imaginar lo que era acostarse con él y se moría por averiguarlo.

Al día siguiente llegó el doctor Kennedy con Ryan y Davinia se sonrojó cuando se acercó a su lado. —¿Cómo estás, nena?

—Mucho mejor. ¿Puedo irme?

Ryan respiró hondo antes de mirar a su colega, que miraba su informe con el ceño fruncido. —¿Ocurre algo?

—Se te han infectado unos puntos y creo que lo mejor es que te quedes ingresada varios días más para asegurarnos de que todo está bien.

—Pero desde aquí no puedo trabajar y …

—No te preocupes. Podrás trabajar con el portátil —dijo Ryan muy serio.

Kennedy le dijo —Date la vuelta. Voy a ver la herida.

Estuvieron hablando entre ellos con conceptos médicos que ella no comprendía. —Voy a llamar a una enfermera para que te cure, Davinia —dijo su cirujano antes de salir de la habitación.

Sin moverse giró la cabeza para mirar a Ryan. —¿Está muy mal?

—No te preocupes. Cambiaremos el antibiótico y en unos días estarás bien.

—¿Y el tendón?

Él sonrió. —¿No te he dicho que no te preocupes? Tendrás a los mejores especialistas para tu recuperación.

—Mi seguro médico…

Perdió la sonrisa de golpe. —Esto es responsabilidad mía y yo me hago cargo.

Davinia apoyó la mejilla en la almohada mirándole en silencio. Parecía molesto porque hubiera dicho eso y cuando vio que ella no decía nada se metió las manos en pantalón.

—¿Has hablado con Matt?

—¿De qué? —preguntó sorprendida por el cambio de tema.

—De que tiene que irse de tu casa.

Volvió la cara hacia el otro lado y tomó aire. A ver como le decía que ya no estaba en su casa sin que sospechara.

—¡Davinia, mírame!

Le miró furiosa. —¡No tienes derecho a hablarme así! ¿Quién te crees que eres? ¡Con mi vida hago lo que me da la gana!

—Me deseas a mí y vas a dejarle. ¡Creo que me conoces lo suficiente para saber que cuando quiero algo, nada se interpone en mi camino!

A Davinia le dio un vuelco el corazón e iba a preguntarle qué era lo que quería, pero en ese momento entraron dos enfermeras con el cirujano. Le hicieron algo de daño al pasarle una gasa por encima y Ryan se tensó. —¡Tener cuidado!

—¡Ryan! No lo han hecho a propósito.

Él la fulminó con la mirada y en cuanto las enfermeras salieron de la habitación Kennedy carraspeó. —Me voy a ver al siguiente paciente. Te pasaré a ver mañana, Davinia.

—Gracias, Roger —dijo volviéndose levantando la pierna como podía.

Ryan la cogió por la cintura sentándola en la cama y se miraron a los ojos mientras su amigo salía de la habitación. —Me enfadaste —dijo de repente.

—¿Cuándo?

—Llegaste a la comisaría tomándotelo todo a risa y me pusiste de los nervios. Pensaba que te reías de mí.

¿Cómo decirle que su parecido con Matt la había dejado en shock? No podía decirle algo así. —Es que la situación era divertida.

—¿Por qué Clare se tiró sobre Jenny?

—¿Jenny es la morena? —Ryan la miró como si supiera que no era tonta y reprimió una sonrisa. —Se parece a una con la que se acostó su ex. Se equivocó. Esta era más fea. —Se cruzó de brazos apoyando la espalda sobre las almohadas. —Y esa Jenny…

—Es una amiga.

—¿Y tienes muchas de esas? —preguntó aparentando indiferencia.

—No vivo con ninguna. ¿Eso es lo que querías saber?

—No, si no me interesa. Era por charlar de algo —balbuceó sonrojándose.

Ryan la miró divertido. —¿Sabes? Eres una contradicción. Te mueres por estar conmigo y eres capaz de pedirme una cita, pero cuando tienes que demostrar si te intereso, te pones a tartamudear como una quinceañera. —Se puso como un tomate mirándose las manos. —En tu profesión eres dura y decidida, pero con los hombres eres tímida y pareces casi virgen —dijo con voz ronca sentándose a su lado. Incómoda intentó apartarse, pero él apoyó su mano al lado de su cadera impidiéndoselo mirándola a los ojos. —Al parecer ese Matt no te ha tocado. ¿Cuánto tiempo llevas con él?

—No te importa.

—No, si lo último que me interesa es ese tipo, al que ya no vas a ver más.

—Estás muy seguro de eso. —Empezó a ponerse nerviosa.

—Pues sí, estoy seguro porque ya te has dado cuenta de lo que tenemos, ¿verdad nena? —La besó en el cuello y el olor de su colonia la volvió loca. Él sintió como se estremecía y siguió

besando su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja lamiéndoselo suavemente. Jamás en la vida se sintió más excitada que en ese momento y sin poder evitarlo le cogió por los brazos con fuerza justo cuando le mordisqueó el lóbulo. Fue como si la traspasara un rayo y puso los ojos en blanco estremeciéndose con fuerza. Ryan se apartó asombrado mientras ella se dejaba caer sobre las almohadas disfrutando de un orgasmo que la había tomado por sorpresa.

Ryan carraspeó y muerta de la vergüenza abrió lentamente los ojos para verle levantar las cejas. —Nena, hacía tiempo que no te…

—¡No lo digas! —Se tapó con las sábanas la cabeza y gritó —¡Sal de la habitación!

—Es mi hospital, preciosa. —Cogió las sábanas y las bajó lentamente a pesar de que ella se aferraba a ellas. Ella no quería mirarle. —No quiero que te escondas de mí —dijo con voz ronca —. Me muero por hacer el amor contigo.

—¿De verdad?

Le cogió la mano y la puso sobre su miembro a pesar de su resistencia. Cuando sintió la dureza de su sexo, apretó sin darse cuenta haciéndole gemir. Ryan la besó apasionadamente y acarició su cuello antes de que su mano descendiera lentamente hasta su pecho.

La puerta se abrió de repente y Ryan se puso de pie de golpe dejándola atontada sin ver a su madre, a su padre y a media familia con varios regalos en la mano y con cara de sorpresa. Ryan carraspeó pasándose las manos por el cabello. —¿Han venido de visita?

Davinia se puso como un tomate porque era obvio lo que estaban haciendo. —Niña, ¿pero tú no tenías novio? —preguntó su padre mirando a Ryan con desconfianza.

—Pues…

—Lo han dejado —contestó Ryan por ella extendiendo la mano—. Ryan Montgomery, señor Smith.

Su padre pasó la caja de bombones a la otra mano y se la estrechó con reticencia. —¿Y tú quién eres?

—Es el dueño del hospital —dijo su mujer satisfecha—. Es de quien te he hablado, cariño. El que ha ayudado tanto a la niña.

Gimió viendo como sus primos entraban en la habitación y su prima soltó una risita con un gran ramo de flores en la mano.

—Hola, jefe —dijo su prima acercándose a Davinia y dándole un beso en la mejilla antes de susurrar —Mira con la mosquita muerta.

—Cierra la boca.

Su padre tiró la caja de bombones sobre la cama y se cruzó de brazos sin dejar de mirar a Ryan. Sus primos tras él hicieron lo mismo mirándole con desconfianza.

—¿Cómo que hola jefe? —preguntó Davinia dándose cuenta de lo que había dicho su prima.

—¿No te lo ha dicho? Me ha contratado en la unidad de cardiología.

Sus primos se relajaron, pero su padre no. —¿Y tú qué intenciones tienes? —Dio un paso hacia Ryan. —Porque con mi niña no se juega, ¿sabes? Si estás montando todo este tinglado para ligártela, quiero que sepas que te tengo vigilado.

Ryan reprimió una sonrisa y ella negó con la cabeza poniéndole serio. —Nos estamos

conociendo.

Sus primos se cruzaron de brazos de nuevo dando a entender que la respuesta era equivocada y Davinia dijo rápidamente —¡Dejarlo ya! ¡Lo que haya es problema nuestro! —Como no le hacían ni caso, miró a su madre pidiéndole ayuda.

Rose se echó a reír a carcajadas y le dio un codazo a su marido. —Déjalo ya, Marvin. Estás poniendo nerviosa a la niña y ya ha tenido bastante con tanto sobresalto.

Su padre sonrió acercándose a ella y Davinia le miró enfadada. —No tiene gracia.

—Es que nunca me has traído a nadie a casa para poder hacer esto y me encanta.

—¿No me diga? —preguntó Ryan divertido.

—¿No tienes nada que hacer? ¿Dirigir un hospital, por ejemplo?

—¿Ahora que ha venido tu familia? Sería una grosería.

Livi se acercó a él divertida. —Permite que te presente a mis hermanos —dijo señalando a cuatro tipos altos con grandes músculos—. Bill, Robert, Clayton y Sheldon.

Él fue dándoles la mano a medida que les presentaba y asombrada se dio cuenta que tenían un aire. Todos eran morenos, altos y fuertes. Aunque sus primos vestían de sport y tenía unos brazos más fornidos porque todos trabajaban en la empresa de construcción de su tío. Madre mía, miró a su padre que sonreía satisfecho. También era alto y fuerte, aunque ahora tenía canas, él había sido rubio como ella. Igual era verdad eso de que se buscaba un marido que tuviera el mismo perfil genético que su familia.

Capítulo 7

Sentada en la cama vio cómo se los metía a todos en el bolsillo con su labia y su sonrisa. No le llevó ni cinco minutos y miró a Livi que rió por lo bajo. —¿Cómo te va?

—Se me han infectado unos puntos y me tengo que quedar.

Livi frunció el ceño. —¿No me digas?

Se levantó para coger el historial y lo iba a abrir cuando Ryan dijo —Livi, ¿no tenías que haber empezado tu turno?

—Queda media hora. —Abrió el historial y lo leyó moviendo una hoja hacia arriba. Cerró el historial sonriendo. —Cambio de antibiótico y punto.

—Para eso tiene un especialista cualificado. Deberías ir a revisar los historiales de los que sí son tus pacientes.

—Livi, encima que te ha conseguido trabajo aquí —dijo su hermano Clayton que la miraba como si hubiera metido la pata.

Ella puso las manos en jarras y sonrió maliciosa a Ryan. —No deberías haber dicho eso.

—Livi, ponte a trabajar —dijo preocupada por si la echaba. Entonces vio en su prima una similitud con ella cuando retó a su jefe y abrió los ojos como platos mirando a Ryan. —¿Qué ocurre?

—Aquí tu novio, te ha mentido. —Cogió su bolso sonriendo. —Ahí lo dejo porque tengo que trabajar.

—¿Me ha mentido? —Se sentó en la cama mirando a Ryan. —¿Me has mentido?

—¿Ahora soy tu novio? ¿Y ese Matt?

Jadeó indignada. ¡Encima le mentía! —¿Me has mentido con lo de los puntos para que no vuelva a casa?

—Las Smith somos muy listas, chaval —dijo su prima saliendo de la habitación.

Su familia miraba de uno al otro sin perder detalle. —¿Tengo los puntos infectados o no?

—No están bien del todo.

—Tío, estás en un lío —dijo su primo Bill reprimiendo la risa.

—¿Están infectados o no?

—¡Tu cirujano ha dicho que tienes que quedarte! ¡Y eso vas a hacer!

Rose miró a su padre y dijo —Si el cirujano lo ha dicho…

—Sí, hija. Es mejor que hagas caso para evitar problemas en esa pierna. Son cosas muy delicadas y a ver si por una tontería, lo fastidias todo.

Con desconfianza se recostó de nuevo. —Si vosotros creéis que es lo mejor.

—Vaya, gracias—dijo Ryan satisfecho con su decisión.

—No se lo tomes en cuenta —dijo su padre—. Las mujeres de esta familia son las peores pacientes que existen.

Jadearon ofendidas mientras los demás se reían. —¡Eso es mentira! —Miró a su madre. —¿Cuándo has estado tu ingresada?

—¡En tu parto! ¡Y él estaba en la sala de espera!

—Tus gritos se oían desde allí.

—Esto lo vas a pagar. Lo sabes, ¿verdad? —dijo su madre enfadada—. Mira quien fue a hablar, él que se quejaba por un grano en el culo.

—¡Mamá! Por Dios.

Sus primos se echaron a reír y muerta de la vergüenza abrió la caja de bombones y se puso a comer uno tras otro. Ryan riendo por la discusión de sus padres, se acercó sentándose a su lado y cogió uno. —¿Quién crees que ganará?

—Mi madre, porque si no gana, le torturará hasta que lo reconozca.

—Lo tendré en cuenta. —Se le cortó el aliento y viéndole coger un bombón de chocolate negro y metérselo en la boca.

No pudo evitar mirar sus labios y al sentir que se le erizaban los pelos de la nuca carraspeó enderezando la espalda. —¿Tienes que sentarte aquí?

—No hay sitio.

Y era cierto porque la habitación estaba atestada y empezaba a avergonzarla que todos les observaran. Su madre se sentó en la butaca colocando el bolso sobre sus rodillas. —¿Y usted, doctor Montgomery? ¿Qué planes de futuro tiene?

—¡Mamá! —Por Dios, quería que se la tragara la tierra mientras sus primos reían a carcajadas.

—Calla, cielo —dijo su padre interesado mientras cruzaba los brazos—. ¿No estará casado?

—Soy soltero. Y en cuanto Davinia salga de aquí, tendrá que hacer rehabilitación, así que tendremos que posponer nuestra primera cita.

—¿Vuestra primera cita? —dijo Bill atónito—. ¡Si estabais en plena acción cuando hemos entrado!

—¡Bill, cierra la boca!

—Cuando llegue la primera cita, esta ya habrá pasado por el aro mil veces —dijo Sheldon en voz baja ganándose una mirada de odio de su prima.

—¡No pasará eso, porque no tenemos nada! ¡Ryan no es nada mío! Ni mi novio, ni mi amante, ni nada. ¿Os entra en vuestra dura cabeza?

—Mira a la tía. Ya está preparando la boda —dijo Clayton.

Vio que su madre sonreía de oreja a oreja. —¡Mamá, ayúdame un poco!

—Me gusta. No pienso mover un dedo por ti.

Ryan sonrió divertido cogiendo otro bombón y ella se lo arrebató de la mano metiéndoselo en la boca. En cuanto lo mordió puso cara de asco porque era de licor y abrió la boca buscando donde tirarlo. Ryan la cogió por la barbilla y la besó haciéndola gemir mientras recuperaba el bombón ante los ojos de su familia.

—Bien hecho, chaval —dijo su padre satisfecho mientras él se alejaba de ella. Atontada le miró a los ojos antes de que la besara de nuevo suavemente en su labio inferior.

—Tengo que irme. —Se levantó de la cama y dio la mano a sus padres y a sus primos. —Voy a vigilar a Livi antes de que me queme el hospital —dijo haciendo reír a todos.

Le echó una mirada que le dio un vuelco al estómago antes de irse y aún atontada se quedó mirando la puerta. Cuando reaccionó todos esperaban que dijera algo —No hay comentarios.

—¿Quién es ese Matt? —preguntó su padre haciendo que quisiera que se la tragara la tierra.

—Uno del trabajo.

—Ah. ¿Y va en serio?

—¡Papá!

—Me gusta más este —dijo su primo—. Pero no conozco al otro, así que …

Ni le conocerás, pensó ella antes de intentar cambiar de tema. —¿Y la tía Margi? ¿Y vuestro padre?

—Un vecino suyo celebraba su aniversario y no pueden venir. Mamá vendrá mañana porque como ya te ha visto… —dijo Bill sonriendo—. Además, no podíamos venir todos. Al final siempre nos echan.

—Sí claro, no pasa nada.

—Por cierto. Está algo molesta contigo —dijo su madre reprimiendo una sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque te negaste en redondo en celebrar tu cumpleaños y ni siquiera fuiste a vernos ese fin de semana.

Se sonrojó porque pensaba ir en domingo, pero con lo de Matt había estado tan fascinada con su nuevo juguete, que no había salido de casa en todo el día charlando con él.

—¿Lleva dos meses mosqueada conmigo?

—Es que te había preparado una tarta enorme y no fuiste a comer ese domingo.

—Ni ese ni otro desde entonces —añadió Clayton con ironía —. Tampoco vino a mi cumpleaños.

Cuando sus cuatro primos la miraron como si fuera la malvada del cuento, se encogió en la cama. Siempre le pasaba eso con los cuatro juntos. Siempre destacaban lo que hacía mal y nunca lo que hacía bien. Lo hacían también con su hermana, pero ella pasaba, pues estaba acostumbrada a convivir con ellos. Davinia siempre estaba con su prima, que era con la que se sentía cómoda cuando todos estaban juntos, pero en momentos como ese que estaba sin ella, se sentía algo intimidada por ellos.

—¡Joder, di algo! ¡Siempre haces lo mismo! —dijo Robert molesto—. ¡Parece que no quieres estar con la familia!

Se sonrojó intensamente y su padre carraspeó. —Eso no es así. Tiene mucho trabajo y… Bueno lo tenía. Seguro que ahora la vemos más.

Sonrió a su padre porque siempre estaba ahí para defenderla. Contra quien fuera.

—Ya Marvin, pero es mi única hija y me gustaría verla más. —Su madre también parecía enfadada. Entonces entendió que se habían puesto de acuerdo para sacar el tema ahora que no tenía escapatoria. —Si ni siquiera quiere ir a casa después de salir de aquí.

—Mamá, tengo que empezar un negocio y si quiero tener clientes… —Se quedó de piedra porque recordó el pen drive que había sacado del despacho. ¿Dónde estaba?

—Claro que sí —dijo su padre dándole la razón—. Ha estudiado muchísimo para llegar alto y no lo va a tirar todo por la borda ahora que la han despedido. Por cierto, me parece muy extraño que ahora tengas una relación con alguien que ha provocado tu despido.

—Fíjate, pues ya somos dos —susurró pensando dónde podía estar el pen—. ¿Mi bolso está por ahí?

—¿Para qué quieres el bolso? —preguntó Sheldon cabreado—. ¿Vas a ir más a casa o no?

—¡No seas pesado! —exclamó sin darse cuenta dejando a sus primos con la boca abierta—. Bueno, quiero decir…

—No te eches atrás —dijo Bill divertido—. Es la primera vez que cortas a Sheldon y quiero disfrutarlo.

Entonces sus primos se echaron a reír y darse golpes como si nada. Alucinada miró a sus padres, que les observaban con una sonrisa en los labios.

—Va, olvídate de ellos —dijo su madre—. Vendrás a casa, ¿verdad?

—Mamá, tengo que hacer un montón de cosas. Buscar un despacho y hablar con los clientes para decirles que ya no estoy en la firma para sugerirles que vengan conmigo.

—Menuda manera más sutil de decir que vas a robárselos —dijo Bill divertido.

—¡Son mis clientes! ¡Yo he trabajado con ellos y muchos fueron a la firma por mí! Además, tengo varios procesos abiertos y tengo que trabajar.

—En casa tenemos internet —dijo su madre esperanzada.

—Mamá, tendré la rehabilitación en la ciudad y a mi secretaria que ha dejado su trabajo por mí. Se está poniendo nerviosa por el accidente y no quiero perderla —dijo firmemente como si estuviera defendiendo un caso en el juzgado—. Necesito a María. Además, tendré que ir al juzgado y es más cómodo que lo haga desde aquí.

—¿Vas a trabajar? —preguntó su padre escandalizado—. ¡No puedes apoyar esa pierna en tres semanas!

—Existen las muletas. Y sí voy a trabajar.

Todos se quedaron en silencio hasta que Sheldon sonrió irónico. —Voy a dar una vuelta.

Se sintió mal porque su primo se fuera enfadado con ella. Se habían tomado la molestia de ir a verla y ahora se iba enfadado, pero Davinia tenía obligaciones que no podía dejar a un lado.

—Iré a verte —dijo su madre convencida.

—Iremos a verte —dijo su padre—. Y como te excedas…

En ese momento entraron Livi y Ryan detrás de Sheldon. —Increíble. ¿Cómo los has encontrado tan rápido?

—Teléfono móvil. Son muy prácticos en estos casos.

—Chivato.

Ryan se acercó a la cama. —Al parecer tenemos un problema, ¿no es verdad?

—No. ¿Tienes tú un problema?

—Pues ya que lo dices sí. Por lo visto, tienes previsto hacer excursiones por la ciudad.

—El juzgado lo tengo muy visto. No sería una excursión.

—No puedes posar ese pie. Es así de simple. Estaba de acuerdo con que volvieras a tu casa porque puedes ir apoyándote de un lado a otro, pero por la ciudad no será lo mismo. Así que no pienso darte el alta hasta que no estés bien.

Furiosa siseó —Por tu culpa he perdido mi trabajo y lo pienso perder mis clientes, ¿me oyes? Me importa una mierda lo que creas —dijo haciendo reír a sus primos—. ¡Callaros! —gritó cortándolos de golpe antes de señalar a Ryan—. Ahora me acabo de dar cuenta que quieres retenerme aquí por Matt y acabo de decidir largarme de inmediato.

Ryan se tensó. —No te vas a ir.

—Livi, ¿tengo infección?

—No —dijo su prima apoyándola a pesar de que él le había dado trabajo. Todos la miraron asombrados—. Es mi familia y voy a apoyarla.

Levantó una ceja mirando a Ryan. —Solicito el alta voluntaria. Si no me la das, llamaré a la policía.

—Nena, no me provoques.

—¡No te metas donde no te llama nadie! ¡No te extralimites, que no eres nada mío!

Vio cómo se iba cabreando poco a poco y se volvía hacia su prima. —Que tramiten el alta —dijo antes de salir de la habitación fuera de sí.

Davinia dejó caer los hombros decepcionada y su padre suspiró antes de decir —Vamos, chicos. Tiene que cambiarse.

Livi se cruzó de brazos. —Estupendo. Le has espantado. ¿Estás contenta?

—¡No me fastidies, Livi! ¿No crees que tengo bastante?

—¿Pero qué te pasa con ese hombre? Hace que te despidan, me da trabajo después de tomarse un montón de molestias para trasladarte aquí… Incluso finge que tienes infección para que te quedes ingresada.

—Eso es que está interesado —dijo su madre encantada.

—¡Quiere dominar mi vida! ¡Y no se lo voy a consentir!

—No, al parecer ahora ya no va a dominar nada, porque tiene un cabreo de primera. —Livi la miró enfadada. —¿Cuándo has tenido un tío así detrás de ti? ¡Por Dios, espabila!

—¡He trabajado muchísimo y no voy a dejar que ningún hombre intente dirigir mi vida!

—¿Tu vida o tu profesión?

—¡Ninguna de las dos cosas!

Asombrada su madre dijo —Estás asustada de él, ¿verdad? ¿Por qué, mi amor? Es un hombre interesado que…

—¡No quiero hablar de esto! ¡Quiero irme a casa!

—Temes que te haga daño. Temes enamorarte y que te haga daño, ¿verdad? —preguntó su prima asombrada—. ¡Si no te arriesgas, estarás sola el resto de tu vida! —Se quedó en silencio dándole la razón. —¿Esto es por ese gilipollas con el que estuviste dos años?

—¡No estuve dos años con él! ¡Me utilizó dos años, aprovechando que estaba enamorada!

—Dios mío —susurró su madre—. Hija, no puedes pensar que todos los hombres son iguales. Mira a tu padre o tus primos…

—Quiero irme a casa.

—Habla con él… no dejes las cosas así.

—¿Dónde está el pen drive? —le preguntó a su prima fríamente.

—Me imaginé que era importante ya que lo llevabas en el sujetador. —Su mirada maliciosa cuando lo sacó del bolsillo de la bata, le indicó que no iba a ser fácil recuperarlo. —¿Lo quieres?

—Sí. —Alargó la mano mientras su madre sonreía. —Dámelo, Livi. Mi futuro profesional está en ese pen.

—Pues si lo quieres, tendrás que hacer algo por mí. No quiero llevarme mal con el jefe, así que tendrás que arreglarlo.

—María tiene una copia de mis archivos.

—Seguro que hay algo aquí que no tiene María, ¿me equivoco? Si quieres el pen drive tendrás que salir con Ryan al menos dos veces.

—No puedo salir con nadie y necesito el pen drive ahora.

—Mira que se me puede caer en un vaso de agua. Últimamente tengo muchas cosas en la cabeza y se me puede perder o …

—¡No puedo salir con nadie en tres semanas y lo necesito antes! Piensa en otra cosa.

—Deja que él vaya a verte a tu casa al menos tres días —dijo su madre dejándola de piedra.

—¡Mamá!

—Me gusta. —Levantó la barbilla orgullosa y chocó la mano con Livi como si se hubieran marcado un tanto.

—¿Tres días?

—Tres veladas con él en tu casa. Solos. Ese es el trato.

—Hecho. Pero cuida bien ese pen o tu vida está en peligro.

—Me quieres demasiado para hacerme nada. —Se cruzó de brazos. —¿Cómo piensas hacer las paces con él?

Gruñó pensando que ahora tenía que arrastrarse. —Puedes llamarle, ¿por favor?

—No, no. Lo harás tú. No sería justo que me comiera ese marrón por ti. Te disculparás como una niña buena.

—Vete preparando el alta —dijo con mala leche apartando las sábanas. Sin que ninguna la ayudara se levantó y dijo —¿Dónde está la silla de ruedas?

—¿No querías ir hasta el juzgado? Y te advierto que como apoyes esa pierna, aunque sea una sola vez, tiro el pen a la basura.

—Eres fantástica como médico.

—Gracias, lo sé.

—Muy bien. Pues allá voy. —Se levantó apoyándose en la pierna sana y a la pata coja fue hasta la puerta apretando los dientes, porque cada vez que saltaba veía las estrellas porque le tiraba la herida.

Las enfermeras alucinaron cuando la vieron ir hacia el control y corrieron hacia ella con una silla de ruedas. —¡No puede salir de la cama!

—Me han dado el alta —dijo sentándose con cuidado.

—¿Qué? —La vieron empujar la silla hacia los ascensores como si nada. —¡Oiga, no puede irse!

—¡Vuelvo enseguida! —dijo empujando la silla. Joder, qué difícil era aquello. Mucho tiempo sentada allí y necesitaría fisioterapia para los brazos. De espaldas al panel pulsó el último piso. Seguro que los despachos estaban allí porque siempre estaban en el último piso.

Intentó dar la vuelta a la silla, pero no pudo, así que decidió ir marcha atrás. Dio dos golpes contra la pared antes de conseguir salir, pero lo consiguió y miró a su alrededor. Mierda, cómo lo iba a encontrar con tanta puerta.

—Disculpe, ¿puedo ayudarla? Creo que se ha equivocado de planta.

Se volvió sobre su hombro para ver a una mujer pelirroja con el cabello cortado a la altura de la barbilla de bata blanca y con una carpeta en la mano. En su chapa ponía doctora Meyers.

—Busco a Ryan Montgomery.

—¿Buscas a Ryan? —Entrecerró sus bonitos ojos castaños. —¿Eres esa tal Smith que ha trasladado como si fuera la presidenta de los Estados Unidos? —Esa tía no iba a ayudarla y dándose la vuelta empezó a empujar su silla. —Está en cirugía. Operando.

—¿Operando? —Se volvió ligeramente. —¿Opera?

—Es cardiólogo. ¿No te lo ha dicho esa primita suya a la que has enchufado?

Enderezó la espalda. —Mi prima es una persona altamente cualificada, que solo ha tenido mala suerte.

—Menos mal que te tiene a ti. —Entró en el ascensor mirándola con inquina. Pulsó el botón y mientras se cerraban las puertas añadió —Aléjate de Ryan, guapa. Es mío.

Jadeó por su descaro y entrecerró los ojos. —Tuyo, ¿eh? Eso ya lo veremos.

Fue hasta la planta de cardiología, pero allí no estaban los quirófanos, que estaban en la segunda planta. Se recorrió medio hospital y cuando se iba a dar por vencida los encontró. Un enfermero se acercó a ella. —No debería estar aquí.

—Sí, ya, ya. ¿El doctor Ryan Montgomery?

—Está en quirófano.

—Necesito hablar con él. Soy Davinia Smith y…

—Ahora está en quirófano. —El hombre la miró fijamente. —¿Es la señorita Smith? ¿La que trasladó?

Al parecer era famosa y en ese hospital eran unos cotillas de primera. —Sí, soy yo.

—Si no le va a molestar mucho y no le asusta la sangre, puede hablar desde la pecera.

Lo que quería era enterarse de todo, pero a ella le daba igual. Quería solucionar eso de una vez por todas. Estaba harta de empujar aquella maldita cosa.

—Vale.

—Tendré que cogerla en brazos. Hay escaleras.

Sí que era cotilla. —Muy bien. Pero cuidado que no se me vea el culo.

Él sonrió encantadoramente. —Intentaré evitarlo.

La empujó hasta una puerta y pasaron a una sala toda de acero inoxidable. Se le pusieron los pelos de punta y él dejó la silla cerca de unos escalones que subían. La cogió en brazos y subió por las escaleras. Cuando llegaron a lo que llamaba la pecera, vio varias butacas de plástico dispuestas como en un cine mirando hacia un panel de cristal. Estiró el cuello para ver a varias personar rodeando a una camilla. Casi no se veía nada.

—Puede hablar por ahí.

Vio un intercomunicador en la pared y carraspeó antes de pulsar el botón. —¿Hola? —Varios levantaron la cabeza y no podía distinguir exactamente quién era Ryan. —Ryan, ¿estás ahí?

Uno de ellos habló con una enfermera que se acercó a la pared. —El doctor ahora no puede hablar.

—No, si no quiero que hable. Hablaré yo. Eso se me da bien —dijo nerviosa. Esperaba que al tipo de la camilla no le molestara demasiado que distrajera un segundo a su cirujano. —Pues, quería disculparme por haberte hablado así y te espero para cenar en casa. Como no puedes decirme que no porque estás ocupado… cuento contigo, así que hasta las siete.

—Nena, no puedo ir.

—Ah, puedes hablar… Pues no puedes decirme que no. Quiero disculparme en condiciones, al contrario que tú que no te disculpaste por hacer que me despidieran. Me lo debes, eso por no hablar de lo de la tarjeta que también…

—Pinzas… —dijo alargando una mano—. Me disculpé.

—¡Por lo de la tarjeta no y fue una grosería!

—Tengo una cena de dirección.

—Vale. —No pensaba arrastrase más. —Adiós.

Soltó el botón y miró al enfermero. —Ya podemos irnos.

—No puede irse ahora. —Le indicó con la mirada el interfono. —Insista.

—¿Es coña?

—Es duro. Tiene que serlo para dirigir un hospital. Insista.

—¡Yo también soy dura! —Las risas abajo la hicieron mirar por el cristal. —¿Nos están

oyendo?

—Ha pulsado el botón. ¿Ve la luz roja?

—Davi, te veo después de la cena —dijo Ryan divertido.

—¡No me hagas un favor! ¡Ya me hace compañía Matt! —Pulsó el botón de nuevo antes de decirle a su enfermero. —Llévame hasta la silla.

—Si se empeña.

La llevó hasta la habitación y se despidió guiñándole un ojo. Su madre ya tenía preparado un vestido sobre la cama y había dos muletas apoyadas en la mesilla.

—¿Y Livi?

—Está trabajando. La han llamado a quirófano por una urgencia. Ya tienes ahí los papeles del alta con tu medicación.

—Bueno… pues muy bien.

—¿Cómo ha ido con Ryan?

—Así, así.

Su madre hizo una mueca. —Eso no es mal del todo.

—Sí.

Ya estaba vestida y probando las muletas cuando se abrió la puerta. Ryan entró con un pijama verde y su madre dijo —Voy a ver dónde está tu padre.

Qué sutil era, pensó sentándose en la cama mientras Ryan se acercaba a ella después de cerrar la puerta.

Puso las manos en jarras observándola como si la estuviera evaluando. —¿Has dicho algo así como que vas a estar con Matt? ¿He oído bien?

—¿Y a ti qué te importa?

—¡Creo que ha quedado claro que me importa! ¡Te dije que le echaras de tu casa!

—Puedo llamarle cuando quiera. Vendrá en un instante.

—Sí, seguro que sí. Pero no le vas a llamar y esperarás a que salga de esa aburrida cena de mierda que tengo para verme. ¿Me has entendido?

—¿O si no qué?

—Me estás poniendo de muy mala leche. ¡Estás loca por mí y te niegas simplemente por orgullo!

—¡Eres tú el que está obsesionado conmigo! ¡Y para orgullo el tuyo, que hizo que me despidieran!

Se miraron furiosos antes de lanzarse el uno sobre el otro besándose como posesos. Davinia respondió a su beso con ansia desesperada por sentirle y Ryan apartó su boca respirando agitadamente para mirarla a los ojos. —Igual es solo sexo.

—Sí, en cuanto nos acostemos un par de veces se nos pasa —dijo reclamando su boca de nuevo sin ningún pudor. Ese hombre la volvía loca, en todos los sentidos y sólo quería tocarle. Abrazó su cuello, pero él la cogió por los brazos apartándola suavemente.

—Nena… —Besó de manera muy erótica en su labio inferior. —Tengo que irme. Me esperan en quirófano. —La besó de nuevo antes de mirarla a los ojos. —Tengo que irme. Iré a verte luego. Tómate la medicación y cena. Antes de que te des cuenta estaré allí y hablaremos.

—¿Hablaremos? —dijo molesta porque se apartaba.

—Sí, hablaremos. Cuidado no te caigas con las muletas.

Salió de la habitación y Davinia sonrió sin poder evitarlo. ¿Necesitaba condones? ¿Los llevaría él? ¿Podía hacer el amor con eso en la pierna? Esperaba que sí porque si no aquello no tenía gracia.

Capítulo 8

Al llegar a casa se encontró con Clare que estaba a punto de ir a verla. —¿Qué haces aquí?

—Me han dado el alta. —Advirtió a su amiga con la mirada porque iban sus padres con ella. —¿Todo bien en mi apartamento?

—Sí. Todo perfecto.

Entraron en él y suspiró de alivio al ver la consola apagada. Clare estuvo un rato con ellos y después dijo que tenía una cita con Jack. Sus padres se resistían a irse, pero cuando dijo que Ryan estaba a punto de llegar, salieron pitando. Increíble.

Pidió una pizza y encendió a Matt. Se pasó hablando con él horas y se estaba riendo cuando llamaron a la puerta.

Se detuvieron mirando hacia la puerta y volvieron a llamar con fuerza. —¿Davinia?

—Es Ryan —susurró acercándose a la consola, tropezando y cayendo sobre la rodilla sana—. Mierda.

—¿Estás bien?

—Shusss.

—¡Davinia! ¿Qué pasa? ¡Abre la puerta!

—¡Ya voy! —Miró a Matt a los ojos. —Te veo mañana.

—Pásalo bien.

—Cierra la boca —dijo divertida antes de apagar la consola.

—¿Estás acompañada? —Ryan estaba furioso y fue a la pata coja hasta la puerta. Abrió y él vestido con un traje azul pasó a toda prisa dejándola allí de pie con ganas de un saludo como Dios mandaba. —¿Dónde está? —preguntó él mirando dentro de la cocina antes de ir hacia la habitación. Atónita cerró la puerta. —¡Sal que vamos a tener unas palabras tú y yo! —Escuchó que abría una puerta, la del baño seguramente.

—¿Ryan? —Se acercó saltando hasta sofá, donde se aseguró que Matt estuviera bien apagado. Él salió de habitación sobresaltándola. —¿Has terminado de registrar mi piso?

—He oído la voz de un hombre.

—Habrá sido la tele.

La miró con desconfianza antes de ir a toda prisa hacia las ventanas. —Hay escalera de incendios.

—Claro.

—No son seguras —dijo antes de abrir la ventana y sacar medio cuerpo fuera.

—¿De veras? —preguntó aguantando la risa. Él entró de nuevo y gruñó haciéndola reír. —¿Estás celoso?

—¿De quién? —Dio un paso amenazante hacia ella. —Porque has roto con él, ¿verdad?

—¿Con quién?

Entonces él la miró de arriba abajo viendo su camisón de seda verde que le llegaba por debajo del trasero y su cabello suelto ondulado. —No deberías forzar la pierna sana —dijo con la voz ronca.

—Estaba sentada en el sofá hasta que llegaste. —Apoyó la cadera en el respaldo del sofá. —¿De qué querías hablar?

Ryan se abrió la corbata mirando sus pechos, que tenían los pezones endurecidos por lo que la excitaba su cercanía. —Se me acaba de olvidar.

—¿No me digas? —Sonrió al ver cómo se quitaba la chaqueta y la tiraba sobre la mesa del salón. —¿Crees que debemos hacer esto? ¿Y mi herida?

—Tendré un montón de cuidado. No te preocupes.

—No tengo condones —susurró viendo cómo se acercaba abriendo los botones de la camisa dejando ver el vello oscuro de sus pectorales.

—Tengo yo.

Su voz la excitó y miró sus ojos, que decían claramente que esa noche iba a ser la más interesante de su vida. Se sintió tan deseada. Nunca en su vida se había sentido así. Cuando llegó frente a ella, se quitó la camisa mostrando el torso de Matt. Dios, no podía tener tanta suerte. Hasta que se fijó en una pequeña cicatriz. —¿Y esto?

—Apendicitis —dijo apartando su cabello para dejar expuesto su cuello—. Tócame, cielo. —La besó suavemente antes de subir hacia el lóbulo de la oreja y acariciarlo con la lengua. Davinia gimió llevando las manos a su pecho y acariciándolo llegó hasta sus hombros. Su tacto era maravilloso y las caricias de sus labios la estaban volviendo loca. —Voy a ponerte cómoda —dijo estremeciéndola cuando su aliento la rozó. La cogió en brazos y la besó saboreándola. Davi abrazó su cuello dejándose llevar y cuando la tumbó en la cama no le soltó. Él sonrió contra sus labios. —Nena, suéltame. Voy a desnudarte.

—¡Ya! —Le soltó y apoyándose en la pierna sana levantó el trasero subiéndose el camisón antes de sentarse de golpe para quitárselo a toda prisa. —¡Ya está!

De pie a su lado levantó una ceja. —¿Tienes prisa?

—Sí. —Cogió los extremos de las braguitas y las deslizó por sus muslos. Cuando se las quitó, las tiró a un lado. Tumbándose de nuevo. —Lista.

—¿Estás lista? —preguntó él con voz ronca mirándola de arriba abajo—. Vamos a ver.

A Davi se le aceleró la respiración cuando alargó la mano y acarició uno de sus pechos rozando con el pulgar el pezón. Que la tocara, era lo mejor que le había pasado nunca y cuando su mano acarició el costado de su pecho bajando por su vientre, este se estremeció. —Sabes que voy a hacer, ¿verdad? —preguntó él antes de seguir bajando. El roce de las yemas de sus dedos la volvió loca y cuando acarició su pubis susurró —Eres preciosa. Abre las piernas. Quiero verte.

Fue lo más excitante que había hecho nunca y le hizo caso. Sin deja de mirarla a los ojos, la acarició con los dedos y Davinia gritó de placer y de deseo.

—Sí que estás preparada. —Siguió acariciándola y ella levantó los brazos para agarrarse en el cabecero de la cama cuando metió un dedo en ella suavemente. Él se tensó saliendo de ella y llevó las manos a su cinturón. —Hace mucho que no tienes relaciones, ¿verdad? Después de esta noche ya no recordarás a ese tipo. Te lo garantizo.

Atontada de deseo vio como él se quitaba el pantalón. —Ryan. —Alargó las manos hacia él, que se quedó desnudo ante ella. Era tan fuerte y estaba tan duro que su deseo se multiplicó por mil y cuando se tumbó sobre ella gimió cerrando los ojos al sentir su piel.

—Abre los ojos, Davinia —ordenó él—. Quiero que sepas quien está contigo. —La cogió por la barbilla y vio como abría sus ojos verdes cargados de deseo. —Y ese soy yo. —Entró en ella lentamente y susurró —Soy yo. —Apoyado en sus antebrazos, entró en su cuerpo hasta el fondo y Davinia arqueó el cuello hacia atrás sintiendo como cada fibra de su ser se tensaba. —Eres perfecta para mí. Tan perfecta que da miedo —dijo antes de salir para entrar de nuevo con más ímpetu. Davinia gritó agarrándose en sus hombros y mientras él no dejaba de observarla sin darle tregua, repitiendo el movimiento una y otra vez. Davinia pensó que se volvería loca de necesidad, cuando él entró en su ser con fuerza provocando el placer más embriagador del mundo.

Con la respiración agitada se aferró a él hasta que se apartó para tumbarse a su lado. Davinia abrió los ojos y giró la cabeza. La verdad es que la pierna le venía de perlas para que no pensara que era una seta en la cama, pero aun así preguntó —¿Todo bien?

Él sonrió mirando el techo intentando recuperarse. —Dentro de unos minutos te demuestro lo bien que ha ido.

—¿Unos minutos? ¿No tienes que irte?

—¿Acaso quieres que me vaya? —Puso el brazo tras la cabeza y Davinia tragó saliva mirando su axila. Sin poder evitarlo se puso de costado y se la acarició. —Nena…

—¿Tienes cosquillas? —Le besó en el límite con su pecho y antes de lamerle hasta llegar a su pezón, mordisqueándole hasta que Ryan la cogió por la nuca reclamando su boca y haciendo de esa noche la más increíble de su vida.

Se despertó y estaba sola tumbada boca abajo abrazando la almohada. Suspiró recordando la noche pasada con Ryan, cuando le escuchó hablar en el salón. Entonces se tensó porque ese no era Ryan sino Matt. Saltó de la cama y cogió la bata de la que pasaba a la pata coja. Se la estaba abrochando cuando llegó al salón para ver a Ryan mirar asombrado a Matt, que sonreía en pantalón del pijama.

—Buenos días, cielo. ¿Cómo ha ido la noche? —preguntó Matt malicioso reprimiendo la risa.

—¿Qué es esto? —Ryan estaba atónito y se volvió hacia ella con el mando en la mano. Davinia gimió porque debía haber pensado que era el de la tele. ¡Tenía que haberlo escondido!

—¡Davinia! ¿Qué es esto?

—Es Matt —respondió temiendo su reacción.

—¿Matt?

—Su hombre perfecto.

—¡Me cago en la puta! —Volvió a mirar a Matt. —¡Si soy yo!

—Le configuré cuando no te conocía.

—¡Es igual que yo!

Ella forzó una sonrisa. —Lo sé, por eso Clare te retuvo en el restaurante.

—¡Para que me conocieras!

—Sí. Eras mi hombre perfecto y tenía que conocerte. —Intentó tocarle, pero él se apartó mirándola con asco.

—Estás enamorada de un espejismo y a mí sólo me has utilizado para tener sexo, ¿verdad? —le gritó furioso—. ¡Con él no puedes follar!

—No lo entiendes.

—Claro que lo entiendo. Por eso decías que era perfecto. Porque te da la razón en todo y siempre está a tu lado. ¿No fue eso lo que dijiste? ¡Yo soy el sustituto!

—No lo entiendes. Lo que siento por Matt es …

—¿Le quieres?

—Claro que sí.

—Cielo, eres maravillosa.

—¡Cierra la boca! —gritó Ryan fuera de sí—. Así que le quieres. Quieres a una máquina, ¿y yo qué?

—A ti también te quiero. Es distinto. —Sintió que se le rompía el corazón al ver su decepción.

—¡Sí, yo hago que te corras!

—Yo también podría hacerlo —dijo Matt sacándolo de sus casillas—. Aunque ella tendría que hacerlo todo.

—Matt, por favor.

Ryan se pasó una mano por el cabello. —Esto es increíble.

—Imagínate mi sorpresa cuando te encontré.

—Caí como un gilipollas, ¿verdad?

—¡Te sentiste atraído por mí y yo por ti! ¡No planeé nada!

—¡Lo planeaste todo! —le gritó a la cara—. ¿Si no hubiera sido por él, me hubieras pedido una cita?

Los ojos se llenaron de lágrimas porque estaba segura de que no y vio la rabia en sus ojos antes de girarse y coger la consola en sus manos levantándola sobre su cabeza. —Pues ahora te quedas sin ninguno.

Gritó horrorizada cuando vio cómo se estrellaba la consola sobre el suelo rompiéndose en mil pedazos. Iba a agacharse cuando Ryan la pisó con fuerza una y otra vez. Una lágrima cayó por su mejilla al ver el DVD doblado y roto. Había perdido a su mejor amigo. ¡Había matado a Matt! Incrédula levantó la mirada para ver su desprecio.

—Estás loca.

—Le has matado.

—Puta chiflada —dijo antes de salir del apartamento dando un portazo.

Davinia se echó a llorar desconsolada intentando sacar el DVD con cuidado, pero al hacerlo se rompió por la mitad. Realmente sintió que había perdido a su mejor amigo y desgarrada lloró por él. Puede que pensara que estaba loca, pero para ella Matt había sido real y le había contado cosas que no le había contado a nadie.

Clare entró en el piso con su llave y al ver la situación corrió hacia ella mirando la consola en el suelo. —Le ha matado —dijo sin poder dejar de llorar.

—Dios mío, Davi. Lo siento. —Emocionada se agachó. —Igual puede arreglarse, igual…

—Se ha roto el DVD. No se podrá arreglar y …

—Si compras uno nuevo no será igual.

—No… no lo será.

Su amiga la abrazó con fuerza. —No te preocupes, pensaremos algo.

—Está furioso. Piensa que él es un sustituto para llevarle a la cama. No entiende nada.

—Es que es difícil de entender. —Le acarició la espalda mientras lloraba. —Se siente utilizado. No se da cuenta que solo representaste a tu hombre perfecto antes de conocerle.

—Me ha llamado puta chiflada —dijo sin consuelo—. Y Matt…

—Lo sé. Llora, tienes derecho a llorar.

—Matt nunca me hubiera hablado así. Ni me dejaba explicarme.

—Porque no es Matt. Es Ryan y no tiene su carácter. Sólo su tiene su físico.

Al pensar en su amigo volvió a echarse a llorar. —Le voy a echar tanto de menos…

—Y yo. Me gustaba charlar con él. Hasta pensaba en comprarme uno para mí, pero creo que ya no lo haré.

Se quedaron en silencio y fue su amiga la que recogió los pedazos después de sentarla en el sofá. Le hizo el desayuno y la obligó a comer porque tenía que tomarse la medicación. No quería dejarla sola, pero tenía que ir a trabajar.

—Deberías trabajar tú también para pensar en otra cosa.

—¿Cómo voy a pensar en otra cosa? —dijo intentando no llorar pensando en cómo había tirado la consola al suelo mirándola con odio. Al menos Matt no había sufrido. Era una máquina y no sufrían, ¿verdad? Preocupada cogió su brazo—. ¿No habrá sufrido?

—Cariño, ¿cómo va a sufrir?

—Tenía sentimientos. Los tenía —dijo llorando.

—No sabes cómo me arrepiento de haberte comprado esa cosa. No debía haberlo hecho.

—Puede que entonces nunca hubiera conocido a Ryan. —Sonrió con tristeza. —Y no me arrepiento.

—Me alegro, cariño. —La besó en la frente. —Tengo que irme. Te llamaré. Por favor, coge el teléfono.

—No te preocupes. Creo que me voy a acostar un rato.

Su amiga se fue preocupada y Davinia decidió acostarse sin poder dejar de llorar. Había hablado tantas horas con Matt, que sentía que le faltaba algo. Puede que estuviera loca como decía Ryan.

Capítulo 9

Tres semanas después

—Esto va muy bien —dijo el doctor Kennedy dejando que la enfermera la ayudara mientras volvía detrás de su mesa—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Puedo empezar a apoyarla?

—Sí. Y empezarás con la rehabilitación de inmediato. Todos los días hasta la siguiente revisión. —La vio sentarse ante su mesa. —¿Seguro que estás bien? Pareces más delgada y tienes ojeras. ¿Duermes bien?

—Últimamente no duermo muy bien. Sufrí unos periodos de ansiedad hace unos meses y han vuelto.

—¿Estás muy estresada?

—Estoy con un negocio nuevo que me lleva mucho trabajo y… —Desvió la mirada. —He perdido a mi mejor amigo.

—Vaya, lo siento mucho. Es terrible —dijo preocupado—. ¿Tomas algo para la ansiedad?

Negó con la cabeza. —No me gusta tomar ese tipo de medicamentos.

—Puedo entenderlo, pero necesitas descansar. Deberías tomarlo durante unos días.

Se quedó en silencio apretándose las manos preocupada por si veía a Ryan. —¿Qué tengo que hacer con la rehabilitación? ¿A dónde tengo que ir?

—Aquí. En la planta baja hay una sala muy bien equipada de rehabilitación. Incluso hay piscina para los tratamientos en el agua.

—Eso es estupendo —dijo con ninguna gana de tener que ir a ese hospital todos los días—. ¿No puedo hacer la rehabilitación desde casa?

—No. Además, para la ansiedad es bueno que te relaciones con gente y no estés encerrada todo el día —dijo escribiendo algo en el ordenador—. Te he concertado una cita con el fisio para mañana a las once. ¿Te parece bien?

Se encogió de hombros como si le diera igual y el doctor la miró fijamente. —¿Quieres que te solicite hora en psiquiatría?

—No estoy loca.

—Ya sé que no estás loca. Eso es evidente. Pero muestras un deterioro físico evidente en tres semanas e igual necesitas ayuda.

Se mordió el labio inferior porque desde hacía días que no dormía. Estaba agotada y hasta le

costaba pensar.

—Creo que voy a pedirte una cita. Será lo mejor y te aconsejo que vayas —dijo tecleando—. Te aseguro que te sentirás mucho mejor después de ver a la doctora.

—¿Es una mujer?

—Sí. Una de las mejores de la ciudad. La doctora Meyers.

—¿Doctora Meyers? ¿Una pelirroja? No, gracias. No puede ni verme.

—Pero…

—Ya me buscaré un psiquiatra por mi cuenta. —Se levantó y el doctor apretó los labios antes de coger unos papeles.

—Ahí tienes la cita de mañana y las instrucciones para la rehabilitación.

—Gracias por todo.

—Puedes llamarme si tienes alguna duda y te veré en tres semanas. —Por costumbre se alejaba con las muletas sin posar el pie. —No, pósalo con cuidado.

Ella lo hizo y sonrió. —¿Así?

—Perfecto. Ya te irá dando las pautas el fisio. Adiós, Davinia —dijo abriendo su puerta.

—Adiós doctor… —Se quedó de piedra al ver a Ryan que estaba a punto de entrar. La miró fríamente ante de volverse al doctor Kennedy. —Hemos quedado para comer.

—Sí, estoy contigo enseguida. Me pongo la chaqueta y nos vamos.

Ryan se apartó para que pasara y sintiendo que el mundo se le caía encima pasó ante él con las muletas. No se sentía capaz ni de saludarle, así que siguió por el pasillo evitando volverse. Le dolía sólo verle, porque pensar en él y en Matt era insoportable.

Cuando llegó a la salida fue directamente hacia Jack que la estaba esperando en el taxi. Él la ayudó a subir al asiento delantero. —¿Cómo ha ido?

—Bien —susurró antes de mirar hacia las puertas donde en ese momento salía Ryan con Kennedy hablando. Jack cerró la puerta del taxi y lo rodeó con las muletas en la mano. Ryan les miró y apretó las mandíbulas. Avergonzada volvió la cara y Jack sonrió sentándose detrás del volante después de dejar las muletas en el asiento trasero.

—Mañana tengo que venir para las once. ¿Trabajas mañana?

—Tranquila. Seré tu chofer todo el tiempo que necesites.

Lo dijo tan delicadamente que se emocionó volviendo la mirada. Sus ojos se encontraron con los de Ryan y miró al frente asustada porque la viera débil o triste.

Al llegar a casa su secretaria estaba allí hablando por teléfono. —Sí, acaba de llegar del juzgado. ¿Quiere que la pase? —Hizo una mueca tapando el auricular. —La señora Porter.

—Pásamela.

Cogió el auricular y forzó el buen humor. —Pamela, ¿cómo estás?

—¿Cómo estoy? ¡Fatal! ¡Se ha llevado mi Mercedes! ¿Cómo voy a ir a los Hamptons ahora?

—¿No me digas? ¿Estás segura que ha sido él?

—¡Ha entrado en mi casa a coger las llaves!

—Esto cada vez se pone mejor. —Miró a María. —Un papel y un boli.

Su secretaria se lo acercó. —Así que ha entrado en la casa. ¿Ha forzado la cerradura?

—Le abrió el portero que es imbécil.

—Muy bien. ¿Se ha llevado algo más?

—Mi reloj de Cartier. Me lo regaló él por mi cuarenta cumpleaños.

—Bien. Quiero que vayas a la comisaría más cercana y pongas una denuncia por robo y allanamiento de morada.

—¿A mi marido?

—Es tu ex. Estáis separados y la casa es tuya hasta el divorcio definitivo. No puede entrar cuando le dé la gana y el reloj es de tu propiedad. ¿El coche está a tu nombre?

—Sí. Y el seguro también.

—Pues denuncia el robo del coche porque aunque lo haya pagado él, es tuyo. ¿Entiendes?

—Sí.

—Llámame luego.

—¿No vienes conmigo?

María negó con la cabeza y suspiró antes de decir —Nos vemos en la séptima.

—Vale —dijo su clienta antes de colgar.

—Jack se ha ido. ¿Cómo piensas llegar hasta allí?

—En taxi —dijo agotada.

Se pasó tres horas en comisaría con su clienta, que se sintió algo avergonzada al verla llegar en su estado. Se mostró muy agradecida de que estuviera allí y soportaron la espera porque tenían mucho trabajo.

Cuando llegó a casa y cerró la puerta, María ya se había ido. Menos mal, porque no quería que le echaran la bronca de nuevo.

Se tumbó en la cama sin desvestirse y cerró los ojos echándose a llorar por lo mucho que echaba de menos a Matt. Abrazó la almohada sintiéndose muy sola y volviendo a sentir ese vacío en su interior que la angustiaba. Intentó poner la mente en blanco, pero los ojos de Matt, los ojos de Ryan no se lo permitían y se preparó para otra noche de tortura sin poder dormir. Pero después de un par de horas los ojos se le cerraron al fin.

Unos golpes en la puerta la despertaron sobresaltada. Y se sentó en la cama desorientada. Apoyándose de puntillas en la pierna herida fue hasta el salón sin tener ni idea de donde tenía las muletas. Volvieron a golpear con fuerza y la puerta retumbó asustándola. —¿Quién es?

—Hija, ¿estás bien? —preguntó su madre al otro lado.

Abrió a toda prisa para encontrarse con sus padres acompañados de Ryan y de la doctora Meyers, aparte de dos tipos enormes vestidos de blanco. —¿Qué ocurre?

—Déjanos pasar —dijo Ryan fríamente.

Atontada se hizo a un lado y los seis entraron en su piso mirando a su alrededor. Estaba hecho un desastre, porque como trabajaba desde allí, había mil papeles por todo el apartamento. Su madre miraba asombrada los libros tirados en el suelo al lado de la bolsa de la ropa sucia que tenía que llevar a la lavandería en cuanto tuviera un minuto libre.

Preocupado su padre la cogió por el brazo. —Mi niña, ¿te encuentras bien?

—Estaba durmiendo. ¿Qué pasa? ¿Les ha ocurrido algo a los chicos?

—¿Durmiendo a las ocho de la noche? —La doctora la miró de arriba abajo y al estar en la cama tenía la ropa arrugada y su cabello estaba hecho un desastre. —¿Duermes mal?

—¿Qué pasa aquí? —le preguntó a su padre—. ¿Qué hacen aquí esos tíos?

Ryan tomó aire metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón. —Catherine…

—Déjame un momento, Ryan —dijo la doctora mirándola fijamente—. ¿Nos sentamos un momento? No puedes forzar esa pierna.

—¡No! ¡Quiero que os vayáis! ¡No tengo ni idea por qué estáis aquí! —Se pasó la mano libre por la frente sintiéndose agotada. —Quiero acostarme.

—Cariño, tienes un aspecto terrible —dijo su madre a punto de llorar—. Hace cuatro días no estabas así.

—¡Hace cuatro días había dormido tres horas! —gritó histérica. Entonces al darse cuenta que había gritado a su madre, sus ojos se llenaron de lágrimas—. Lo siento, mamá.

—Oh, mi niña. Yo sí que lo siento.

Sin saber de qué hablaba, se acercó a uno de los hombres de blanco y cogió un bolígrafo que le tendió antes de firmar en una tablilla. —Mamá, ¿qué es eso? Te he dicho mil veces que no firmes antes de que hayas leído el documento.

—Ya lo hemos leído —dijo su padre.

La doctora hizo un gesto y los hombres de blanco se acercaron lentamente. —¿Quiénes son estos?

—Cuidado con la pierna —dijo Ryan con la cara tallada en piedra.

—¿Cuidado con la pierna? ¿De qué…? —Gritó sorprendida cuando la cogieron de los brazos uno por cada lado. —¿Qué coño hacen? —La elevaron y se la llevaron hacia la puerta. —¡Mamá, qué significa esto! ¡Suéltenme antes de que les denuncie! ¡Papá, llama a la policía!

—Es por tu bien.

Las palabras de su madre hicieron que les mirara por encima del hombro y asustada preguntó —¿Qué habéis hecho? —Miró con odio a Ryan. —Esto es cosa tuya, ¿verdad? ¡Tu venganza!

Él apretó las mandíbulas muy tenso sin decir palabra.

—¡Mamá! ¡No sé qué te ha contado, pero es mentira! —gritó furiosa intentando soltarse—. ¡Esto es ilegal! ¡Os voy a meter una denuncia que os vais a cagar!

Al ver que se revolvía, al llegar al ascensor uno de ellos la abrazó son sus dos enormes brazos apretándola con fuerza mientras el otro sujetaba sus piernas para que no pataleara. Angustiada miró hacían atrás y sus ojos llenos de impotencia se encontraron con los de Ryan antes de que dos enormes lágrimas cayeran por sus mejillas. Entonces recordó a Matt y gritó desgarrada. Su madre se tapó la boca llorando mientras su padre la abrazaba por los hombros, pero Davinia ni se

dio cuenta porque empezó a costarle respirar.

La metieron en el ascensor y como no cabía nadie más, se quedaron en el rellano mientras veían que Davinia había perdido todo el color de la cara.

La doctora entrecerró los ojos cuando se cerraron las puertas. —Respiraba agitadamente, ¿no?

—Está muy excitada. Deberías haberla medicado —dijo Ryan molesto—. No era necesario todo esto. —Fue hasta las escaleras y empezó a bajar a toda prisa mientras los demás le seguían.

Cuando llegaron abajo se encontraron a Davinia sin sentido atada a una camilla. —¿Qué coño ha pasado? —gritó Ryan tocándole el cuello para comprobar que tuviera pulso.

—Se ha desmayado, señor.

Ryan se pasó la mano por el cabello. —Meterla en la ambulancia.

—¿Qué le ha pasado a mi hija? —preguntó Rose asustada—. ¿Está bien?

—No se preocupen. Sólo se ha desmayado —dijo la doctora—. Ha sido una pequeña crisis. En un par de días con medicación, todo estará mucho mejor.

Escucharon los gritos de Davinia en la ambulancia y salieron corriendo para ver a Clare queriendo sacar a su amiga gritando como una loca que la estaban secuestrando. Ryan se acercó a ella y Clare en cuanto le vio le dio un puñetazo con fuerza. —¡Maldito cabrón! Esto es culpa tuya, ¿verdad? ¡Hijo de puta! ¿Mataste a Matt y ahora esto? ¡Ya sabía yo que no eras buena gente cuando hiciste que la echaran del trabajo!

La doctora levantó una ceja hacia Ryan, que se tocaba el tabique nasal furioso. —¡Tiene una crisis nerviosa!

—¡Crisis que le has provocado tú! Maldito cerdo, espera que se recupere. Debería haberte demandado desde el principio. —Furiosa se soltó del enfermero y le señaló con el dedo. —¡No vuelvas a tocarme! —Se volvió hacia la ambulancia y preguntó —Davi, ¿estás bien?

—Sí. No te preocupes —dijo con la voz llorosa provocando que Ryan y los demás se acercaran a la puerta para verla tranquila mirando el techo—. Volveré pronto.

Su madre se echó a llorar y su marido la abrazó mientras la doctora subía al lado de su paciente. Ryan iba a subir, pero Catherine dijo muy seria —Mejor vete en un taxi. No quiero que se altere.

Él apretó los labios bajándose y el enfermero cerró la puerta corriendo hasta la puerta del conductor.

Marvin le fulminó con la mirada. —Espero que lo que haya dicho Clare no sea cierto, porque si no es así, va a tener que dar muchas explicaciones.

Ryan vio cómo se alejaban hasta el coche y Clare siseó —¡Espero que te pudras, cabrón!

—Si fueras una amiga te habrías dado cuenta de que no estaba bien.

Clare palideció. —¡Sé que no estaba bien mucho mejor que tú, porque a mí me importa! —dijo antes de correr hasta el portal.

A partir de ahí Davinia no se resistió. Dejó que la trasladaran sin abrir la boca sintiéndose mil

veces peor que antes de que aparecieran en su casa. Pensaba que antes le habían roto el corazón, pero ahora se dio cuenta que el dolor podía aumentar. Y mucho. Miraba el techo cuando la empujaban por el pasillo del hospital. Era humillante que la gente la mirara atada a la camilla, pero eso era lo de menos. No se podía creer que sus padres hubieran firmado aquello sin hablar con ella siguiera. No sabía que les había dicho Ryan, pero la había puesto de loca y ahora tenía que salir de allí. Su doctora caminaba a su lado muy seria y supo que con esa mujer lo iba a tener difícil para salir de allí. Estaba claro que el doctor Kennedy no se había quedado a gusto después de su consulta y se había ido de la lengua. El secreto profesional brillaba por su ausencia.

Pasaron una puerta doble blanca y llegaron a una puerta de cristal. La doctora habló a través de un interfono y la puerta se abrió. Estupendo, había llegado a la cárcel. Al parecer era peligrosa.

Llevaron su camilla hasta una habitación donde había una enfermera de unos sesenta años con un uniforme rosa. —Davinia, ella es Belinda, pero todo el mundo la llama Beli —dijo la doctora suavemente—. Te va a ayudar a desvestirte y te dará algo para ponerte. Esta noche tomarás una pastilla para dormir y hablaremos tranquilamente mañana, ¿te parece?

Ella no respondió sentándose en la camilla y la doctora la cogió por la barbilla para que la mirara a los ojos. —Colabora, Davi. Y así saldrás de aquí antes que te des cuenta.

Vio cómo salía de la habitación y Beli le dijo suavemente —Es muy buena en su trabajo, ya verás. ¿Necesitas ayuda?

Esa era la frase que deberían haberle hecho desde el principio y sin poder evitarlo se echó a llorar preguntándose cómo había acabado allí. Y el rostro de Ryan apareció en su mente.

Capítulo 10

Debido a la medicación se despertó después de haber dormido doce horas. Estaba atontada y comió el desayuno sintiéndose agotada. Beli sonrió al ver que se lo comía todo y cuando terminó se llevó la bandeja. Cuando regresó llevaba un chándal gris horrible. —Ahora te duchas y te pones esto.

—Tengo rehabilitación.

—Pues no sale en tus actividades del día. Preguntaré.

No sabía qué le habían dado, pero casi no se tenía en pie. Beli la llevó hasta la ducha y tuvo que agarrarse a una barra de acero que había en la pared para no caerse mientras Beli la aseaba. Aquello era humillante. Con el cabello húmedo, con aquel horrible chándal y unas zapatillas casi sin suela del mismo color la trasladaron en una silla de ruedas. Al pasar por una habitación se estremeció al ver a una mujer delgadísima que se arrancaba el cabello mientras hablaba consigo misma. ¡Dios, tenía que salir de allí!

Beli abrió una puerta y la metieron en una sala donde había una mesa. Al mirar alrededor se quedó asombrada porque parecía una sala de interrogatorios como en las que había estado mil veces. Incluso tenía un espejo en la pared. Debían pensar que era imbécil o algo por el estilo.

—Enseguida llega la doctora.

—Gracias.

—De nada, cariño.

Salió dejándola sola y Davi se miró las manos. Lo mejor era hablar con esa mujer e intentar salir de allí cuanto antes. Dios, los clientes que podía perder por estar allí justo cuando estaba a punto de alquilar la oficina perfecta.

Se abrió la puerta y la doctora sonrió. —Buenos días, Davi. ¿Cómo te encuentras?

—¿Digo la verdad o lo que quieres oír?

Catherine sonrió sentándose frente a ella. —La verdad, por favor. —Dejó el block sobre la mesa y apuntó la fecha al lado de la hora.

—¿Para qué haces eso si estás grabando este encuentro?

La doctora sonrió dejando el bolígrafo y unió sus manos encima de la mesa. —¿Por qué crees que estamos grabando la sesión?

—Porque sino no entiendo qué hace ese espejo ahí.

—Eres muy lista.

—Gracias —respondió mirando sus ojos castaños.

—¿Cómo has dormido? Tengo entendido que últimamente no duermes muy bien.

—Pues hoy he dormido como un tronco. Debes ser por el pastillón que tuve que tragar a la

fuerza ayer —contestó con ironía sin desviar la mirada.

—Te la receté para que descansaras. ¿Lo hiciste?

—Me siento agotada.

—Es porque es una medicación muy fuerte. Cuéntame algo sobre esos ataques de ansiedad que has tenido. ¿Cuándo sucedieron por primera vez?

—Cuando me ascendieron en el bufete.

—¿Te asustaba la responsabilidad?

—No. —Respiró profundamente. —Sabía que estaba preparada. Llevaba preparándome años para ese puesto.

—Pero empezaron los ataques. ¿Cuál es la razón? —Se quedó unos segundos en silencio apretándose las manos y Catherine sonrió. —No es que sea cotilla. Es que si forma parte de tus problemas, quiero saberlo. ¿Entiendes? Intento ayudarte.

—Esto es humillante —susurró sinceramente—. Me siento violada.

—¿Por tener que abrirte a mí?

—Es como si me obligaras a desnudarme. —Sus ojos se enrojecieron y Catherine asintió.

—Lo entiendo, pero sólo quiero ayudarte. En otro momento esperaría a que te sintieras cómoda, pero mira dónde estás. ¿No quieres salir de aquí?

—Sí.

—Necesito saber cuál es el problema, Davi.

Sabía que tenía razón, así que susurró —Empecé a sentir que me faltaba algo.

Catherine sonrió entendiendo. —Llegaste alto en tu carrera y te sentías vacía.

—¡Sí! Esa sensación de que me faltaba algo me agobiaba cuando llegaba a casa y las noches… A veces sentía que me ahogaba o me sobresaltaba cuando estaba dormida. —Se echó a llorar. —Me despertaba sudando y tuve que ir al médico.

—¿Qué te recetó?

—Algo para la ansiedad. —Se encogió de hombros. —Ni abrí el bote.

—¿Por qué?

—Sentía que si lo tomaba…

—¿Tenías algún trastorno? —Se limpió las lágrimas con la manga del chándal asintiendo. —¿Cuál crees que era la razón de ese vacío? ¿La sabes? —Asintió intentando no llorar y apretó los labios evitando un sollozo. —¿Y qué era, Davi? —preguntó ella suavemente sacando un paquete de pañuelos de papel del bolsillo.

—Me sentía sola —susurró.

—Pero tienes familia y amigas. ¿Necesitabas una pareja?

Sacó un pañuelo y se lo pasó por las mejillas. —Necesitaba llegar a casa y tener a alguien esperándome. Que alguien me escuchara o se preocupara por mí —dijo angustiada—. ¿Eso es malo?

—No. No es malo. Es muy lógico —dijo suavemente mirándola atentamente—. ¿Tienes

problemas para encontrar pareja?

Se pasó el pañuelo por debajo de la nariz sonrojándose. —Nunca he tenido pareja.

Catherine ni se inmutó —¿Y cuál es la razón?

Se encogió de hombros. —Nunca he sabido hablar con los hombres—Sonrió con tristeza. —Tengo cuatro primos y nunca he tenido una conversación con ellos que no tuviera que ver con estudios, o mi trabajo. Tengo a Livi y…

—¿Quién es Livi?

—Mi prima.

—Y ella hacía de pantalla ante ellos. Cuando algo se volvía incómodo, ahí estaba ella para ayudarte.

—Sí. En el instituto era la empollona que era mona pero algo tonta con los tíos y me gané fama de estirada.

—¿Y en la universidad?

—Me lie con un sinvergüenza que me utilizaba cuando quería acostarse con alguien. Le dejé después de dos años al enterarme que no era la única. Ni siquiera tuvimos una conversación seria en dos años. Salíamos en grupo y cuando se acababa la noche…

—Se acostaba contigo.

—Una vez me enfadé con él y me dejó tirada en un descampado. Eso fue al final.

—Era un cerdo —dijo Catherine furiosa.

—Sí. —Incómoda miró a su alrededor porque no era capaz de mirarla.

—Cuando terminaste la universidad, ¿qué ocurrió?

—Me volqué en el trabajo.

—Pero te habrán pedido citas.

—No sabía hablar con ellos. Me ponía nerviosa y farfullaba. Muerta de la vergüenza me hacía la dura y les decía que no.

—Para no seguir avergonzándote.

—Sí.

—Cuéntame cómo llegó Matt a tu vida.

La miró sorprendida y suspiró apretando el pañuelo entre los dedos recordando su sonrisa. Sonrió con tristeza sin poder evitarlo porque Ryan se lo había contado. Seguramente para que pensara que estaba loca.

—Me lo regaló una amiga.

—¿Sabía tus problemas?

—Sabía que ocurría algo, pero no todo.

—Continúa.

—El hombre perfecto —dijo con la voz congestionada intentando no llorar—. Se podía elegir todo de él, desde el color de cabello hasta el carácter.

—Cuéntame cómo era.

—Era moreno y de ojos verdes. Muy guapo y con buen cuerpo. —Sorbió por la nariz sonriendo con ternura. —Era tierno, divertido, siempre tenía la palabra adecuada cuando le necesitaba. Le contaba mis cosas y me daba consejos. —Se echó a llorar. —Era mi mejor amigo.

—¿Cuánto tiempo le tuviste?

—Dos meses más o menos. Nos pasamos horas hablando.

—¿Y qué ocurrió con Ryan?

Perdió la sonrisa que tenía para mirarla a los ojos. —Mi amiga Clare se lo encontró en un restaurante y se tiró a su acompañante para que yo le conociera. Una tontería que ha terminado muy mal como estás viendo, porque solo me ha jodido la vida.

—¿Por qué piensas que conocerle te ha jodido la vida?

Se quedó mirando al vacío durante unos segundos y susurró —Cuando le vi por primera vez no me lo podía creer. Tenía a Matt delante de mí en carne y hueso, pero a los pocos minutos le hablé como no lo había hecho con ningún hombre. Estaba furioso y no me dejé intimidar. —Apretó los puños. —Eso le puso más furioso aún. Le pedí una cita y le di mi tarjeta. La rompió ante mi mejor amiga.

—¿Cómo te sentó que hiciera eso?

—Me di cuenta que no era como Matt. —Una lágrima cayó por su mejilla. —Matt nunca me hubiera hecho daño a propósito.

—Entiendo. ¿Qué ocurrió después?

—Me despidieron por su causa y me seccioné el tendón huyendo de él. Así acabé en este hospital.

—Vaya, cualquier mujer estaría furiosa con él.

—Y lo estaba, pero …

—Te gustaba.

Se echó a llorar. —Me deseaba. El hombre de mis sueños me deseaba y yo quería estar a su lado.

—Así que le perdonaste —dijo suavemente.

—Necesitaba estar con él.

—¿Por qué era como Matt?

—¡No! En cuanto le conocí… —Se sonrojó intensamente.

—Dilo, Davi. En cuanto le conociste….

—No puedo explicarlo, pero Matt pasó a ser mi mejor amigo mientras que Ryan era real.

—Te enamoraste de Ryan.

—Me siento estúpida.

—Por favor, no digas eso. Eras una mujer ante el hombre de tus sueños y es lógico que quisieras estar con él. —Davi se pasó el pañuelo por los ojos. —¿Cuéntame qué paso después?

—Nos acostamos.

—¿Y?

Con las manos temblorosas se tapó la cara llorando sin consuelo y Catherine miró al espejo antes de levantarse y rodear la mesa apartando la silla para que la mirara de frente. —¿Cuéntame qué ocurrió después?

—Estaba en la cama y escuché la voz de Matt. ¡Ryan le descubrió! —gritó muy nerviosa—. Él estaba allí gritándome mientras Matt sonreía intentando mediar.

—Como haría un amigo.

—Pero Ryan empezó a decir cosas como que al él le utilizaba para el sexo y que era el sustituto. ¡Qué estaba loca!

—Rompió la máquina furioso.

—¡Me quitó a Matt! —gritó histérica—. ¡Me quitó a mi amigo y me dejó!

—¿Qué te dolió más? ¿Qué Matt desapareciera o que lo hiciera Ryan?

La miró sorprendida por la pregunta y pensando en ello enderezó la espalda. —Que Matt despareciera.

—¿Por qué? Era una máquina mientras que Ryan es real.

—Matt me quería, me entendía… Ryan no se molestó en intentarlo. Mírame Catherine, no puedo caminar, no tengo trabajo y me ha ingresado como si estuviera loca. Puede que Ryan y Matt sean iguales, pero Matt era mil veces más hombre que él.

A Catherine se le cortó el aliento viendo el odio en sus ojos y se levantó lentamente. Forzó una sonrisa y le dijo —Lo has hecho muy bien. Ahora vete a descansar. Después hablaremos.

Abrió la puerta y Beli entró para buscarla. Catherine cerró la puerta y se tapó la boca con la mano mirando al suelo mientras caminaba hasta su silla. La puerta oculta al lado del espejo se abrió y Ryan salió en mangas de camisa. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón del traje mirándola fríamente. Vio que estaba nervioso por su cabello despeinado y porque no llevaba chaqueta.

—¿Qué opinas? ¿Se pondrá bien? —Se le quedó mirando fijamente poniéndole aún más nervioso. —Catherine, ¿qué tiene?

Sonrió con tristeza. —¿Estás arrepentido? Lo veo en tu cara. Estás arrepentido.

—¡No me psicoanalices! ¿Qué le ocurre a Davinia?

No se dejó intimidar. —¿Te ha hecho daño al decir que Matt era más hombre que tú?

—¡Era una máquina!

Le miró con pena. —Era mucho más que eso y se lo arrebataste.

Ryan se tensó fulminándola con sus ojos verdes. —Explícate.

—Eres muy listo, ¿tengo que explicártelo? Creo que ha sido muy clara expresando todo lo que siente.

—Por favor, ilumíname.

—Matt era su amigo. No sólo era el hombre que ella había soñado, sino que se había convertido en la persona con la que desahogarse, con la que reír, con la que llorar. Matt siempre estaba ahí para ella, la aconsejaba. ¡Davinia es una persona que no se abre a los hombres! ¡Y con

Matt rompió el hielo!

—¡Era una máquina!

—Sí, para ti era una máquina, pero cuando ella vio como estrellaste la consola en el suelo, sintió que le arrebatabas parte de su vida. ¿Y sabes qué? Deberías darle las gracias a esa máquina, porque gracias a ella, Davinia se ha abierto lo suficiente para tener algo contigo.

Se pasó la mano por el cabello. —Esto es ridículo.

—Lo que no te entra en la cabeza es que para ella sí que sois distintos.

—¡Sí que me doy cuenta! ¡Él era perfecto y yo soy un puto desastre que sólo le amarga la vida! —gritó saliendo de la sala dando un portazo.

Davinia estaba sentada al lado de la ventana después de comer y suspiró viendo a una familia con un bebé en brazos entrar en el coche. Parecían tan felices… Igual cuando se recuperara del todo, debía apuntarse a una agencia matrimonial. Igual tenía suerte.

Sintió que alguien estaba tras ella y sonrió girando la cabeza esperando ver a Beli. Al ver a Ryan con su bata blanca, se tensó perdiendo la sonrisa antes de mirar hacia la ventana de nuevo.

—¿Cómo te encuentras? Creo que has dormido mejor.

—Sí, gracias.

—Pasado mañana empezarás la rehabilitación.

Ella asintió deseando que se fuera. No quería ni mirarle.

—Catherine me ha dicho que la sesión ha ido muy bien. —Se cruzó de brazos muy tensa y él se acercó aún más. —Davinia, siento haber roto la consola. No tenía derecho y sé que te hice daño.

—No pasa nada.

—¡No me digas eso para quitarme del medio! ¡Grítame, joder! ¡Pero no te quedes ahí haciéndote la tonta a la que todo le parece bien!

—Es que temo decir algo y que alargues mi estancia en tu hotel más de la cuenta —dijo irónica—. Al parecer no hay que llevarte la contraria.

—Tenías una crisis nerviosa. ¡Hacía días que no dormías! ¡Kennedy estaba preocupado por tu estado de salud! ¿Qué querías que hiciera?

—Cualquier persona hubiera ido a verme y hubiera hablado conmigo. Pero tú no. Tú tenías que ir a hablar con mis padres e ingresarme en un psiquiátrico —dijo con desprecio.

—No quería empeorar las cosas yendo a verte.

—No te preocupes, no te voy a acosar ni nada por el estilo. Cuando dijiste que me había quedado sin los dos, me quedó todo muy claro. No te preocupes por mí —dijo aparentando diversión—. No es a ti a quien echo de menos.

—Eso ya lo sé —dijo fríamente. Se quedó unos minutos en silencio—. Siento haberte hecho daño y no ser como tu Matt. Pero es que yo no soy perfecto.

A ella se le cortó el aliento y se volvió para verle salir de la habitación, sintiéndose realmente mal. ¡Lo que le faltaba! Él la ingresaba allí y era ella la que se sentía fatal porque parecía afectado. Era cierto que debía estar mal de la cabeza.

Se pasó dos horas pensando en ello y cuando llegó Catherine se levantó algo inquieta. Su doctora sonrió dejando un expediente sobre la cama y se acercó para mirarla atentamente. —Voy a darte el alta.

Dejó salir el aire que estaba conteniendo y sonrió. —Gracias.

—Pero con una condición, Davi. Deberás tomar la pastilla para dormir una semana y quiero verte en consulta la semana que viene.

—Hecho.

—Si tienes algún problema y hablo en serio, quiero que me llames a mi número privado de inmediato. No te lo guardes. Ansiedad, angustia… cualquier cosa fuera de lo normal tienes que avisarme de inmediato. Evita las situaciones de estrés y te aconsejaría que no trabajaras unos días, pero sé que no lo vas a hacer. Por favor, baja el ritmo.

—No estoy loca.

—Eso ya lo sé y no me gusta ese término. —Se sentó en la cama. —Mira, Davi. A veces en la vida hay etapas difíciles de pasar. Le ocurre a todo el mundo y la psiquiatría ayuda a superar esos baches. Desde luego que hay problemas mucho más graves que otros y puede que pienses que no me necesitas porque quieres hacerte la fuerte ante el resto, pero debes entender que cuando te afecta hasta el punto de que no puedes dormir, hasta el punto que te desmayas del estrés, eso es un problema. ¿Entiendes?

—Sí.

—Lo controlarás, eso seguro. Pero quiero decirte algo antes de dejarte ir.

—Adelante.

—Matt, era una muleta. —A Davinia se le puso un nudo en el estómago. —Esto es la vida real y las personas no son perfectas. Los amigos no siempre dicen lo correcto y no siempre están disponibles. Sustituiste la vida real, que a veces duele y es dura, por algo que te hacía sentir bien pero no era real. Matt no podía cogerte de la mano o darte un abrazo y Ryan si podía. Se sintió traicionado y no está acostumbrado al ser el segundo en nada. Ha luchado duramente por llegar hasta donde está. Ha luchado por ti, aunque no te hayas dado cuenta y te haya hecho daño en el proceso. Cuando vio a Matt, se sintió traicionado.

—Sabía que no eran iguales. Pero estaba dispuesta a intentarlo. ¡A pesar de estar lisiada y que me habían despedido por su culpa, estaba deseando estar con él! ¡Fue Ryan quien me dejó!

—Lo sé. —Se levantó guiñándole un ojo. —Pero igual deberías pensar si quieres perder de vista para siempre al hombre de tus sueños o casi de tus sueños o si quieres luchar por él.

Vio que iba hasta la puerta y preguntó sin poder evitarlo —¿Por qué me dices esas cosas cuando tú quieres estar con él?

Sonrió mirándola. —Quiero estar con él si Ryan quiere estar conmigo. Para mí sí que es el hombre perfecto, pero después de intentarlo muchas veces me he dado cuenta que nunca me ha

mirado como te mira a ti.

Se fue quedándose inquieta y cuando sintió la pierna miró hacia abajo sentándose de nuevo. Entonces entendió todo lo que Catherine había querido decir. Puede que hubiera metido la pata varias veces, pero todo lo que Ryan había hecho era para estar juntos y entendía que estuviera dolido por lo de Matt. Sólo habían pasado unas horas juntos y le había juzgado duramente cuando era lógico que estuviera furioso. Eso había sido muy injusto. Ahora tenía que pensar en cómo solucionarlo porque le aterrorizaba perderle para siempre.

Capítulo 11

Cuando salió del ala de psiquiatría, vestida con la ropa del día anterior y aquellas horribles zapatillas, allí estaba Livi, que apretó los labios abriendo los brazos en cuanto la vio. Se acercó a ella cojeando y se abrazaron. —No me han dejado pasar a verte —susurró en su oído.

—Odio este sitio. Sácame de aquí.

Se apartó para mirarla a los ojos. —¿Estás bien? ¿Qué te han dado?

—Algo para dormir.

Livi la miró sorprendida cogiendo sus papeles de su mano. —¿Cómo que una pastilla para dormir? —Leyó a toda prisa y entrecerró los ojos al ver el nombre de la medicación. —¡Le voy a matar! —dijo furiosa—. ¿Cómo se le ocurre asustar a tus padres cuando solo necesitabas esto? ¡Me habían dicho que tenías una crisis maniaco depresiva!

Jadeo dando un paso atrás. —¿Qué?

—¡Eso es lo que le han dicho a tus padres! ¡Qué te habías obsesionado con Matt y que al no tenerle, habías caído en una depresión nerviosa!

Entonces Davinia se echó a reír dejando a su prima atónita. —¿De qué coño te ríes?

—Tiene gracia. Me había dicho que estaba loca y hasta me ha ingresado. —Siguió riendo sin poder evitarlo.

—Esto es muy serio. ¡Ha usado su poder para meterte ahí!

—¿Y eso no te dice nada? —preguntó divertida.

—¡No! ¿Qué tiene que decirme?

—Que le importo. Después de creer que le estaba utilizando, habló con mis padres y me aisló para que me trataran. Le importo.

Livi chasqueó la lengua. —¿Dónde han quedado los romances del pasado donde un hombre te regalaba flores en lugar de visitas al ala de psiquiatría?

Davinia se echó a reír. —Me encuentro mucho mejor. Al menos tengo que agradecerle eso. —La cogió por el brazo. —¿Me dejas veinte pavos para el taxi?

—Tus padres están fuera. Prepárate para el drama. Tu madre no ha dejado de llorar en toda la noche.

Hizo una mueca. —Creo que hoy no duermo en casa.

—Hasta que no comprueben que estás bien, no vas a salir de Brooklyn. —La miró de reojo. —¿Se lo vas a decir?

—¿El qué?

Su prima se detuvo en seco. —¿Qué va a ser? El embarazo.

Davinia perdió todo el color de la cara. —¿Qué?

—Vi tus análisis en el laboratorio. En psiquiatría se hacen cada vez que hay un ingreso para comprobar si el paciente abusa de otras cosas. Tu analítica dio negativo en todo menos en eso.

Dio un paso atrás negando con la cabeza. —Usamos… —Entontes pensó en la noche que habían pasado juntos. Ella le había preguntado si tenía condón, pero todo había sido tan intenso que no recordaba si se lo había puesto. —Madre mía.

—¡Davinia!

—¿Estás segura?

—¡Los análisis estaban a tu nombre!

—¿Crees que lo sabe? ¿Mi doctora lo sabe?

—¡Si lo supiera, no se lo puede decir! Secreto profesional.

—¡Me da la sensación que en este hospital os da bastante igual el secreto profesional! ¡Debería demandar a Kennedy!

Su prima se cruzó de brazos entrecerrando los ojos. —¿Crees que lo sabe y pasa?

—No sé qué pensar. Ryan no se caracteriza por guardarse nada. Además, la culpa es suya. ¡De nuevo! —Gimió pasándose las manos por la cara. —¡Ahora tengo que volver!

—¿A dónde?

Se volvió hacía las puertas de cristal ante el asombro de Livi. —¿Estás loca?

—¡Tengo que averiguar si lo sabe!

Golpeó el cristal y recordó el interfono. Se acercó pulsando el botón. —¡Eh! ¡Qué tengo que hablar con la doctora! ¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

Vio a la doctora al final del pasillo hablando con una enfermera y se acercó al cristal golpeándolo con el puño. La doctora levantó la vista distraída de un historial y al verla parpadeó como si no estuviera viendo bien.

—Ahora sí que te va a ingresar —dijo su prima divertida.

—Ja, ja. —Volvió a golpear. —¡Quiero hablar con usted!

Catherine sonriendo caminó por el pasillo con mucho estilo. Y ella con esa pinta. Cuando llegó a la puerta, pulsó un botón rojo que había en la pared acercándose a ella. —¿Algún problema? Creía que te había dado mi número de teléfono.

—Mierda, se me había olvidado. —Se apretó las manos y miró a su prima que asintió. —¿Ha visto mis análisis?

—Sí, son perfectos. ¿Querías hablar de eso? —Parecía a punto de reírse.

—Mi prima me ha dicho que estoy…

—¿Embarazada?

—¿Lo estoy?

—Sí, Davinia. Si vas a preguntarme si lo sabe Ryan, no me corresponde a mí decírselo.

—Ah… —dijo con alivio antes de sonreír de oreja a oreja—. Gracias.

—De nada. ¿Quieres hablar de eso?

—No. ¿Debería?

—Igual deberías hablar con él.

Asintió tomando aire. —Sí. Al parecer cada vez es menos perfecto.

Catherine se echó a reír. —Si quieres me lo quedo.

—Más quisieras, guapa —dijo decidida dándose la vuelta.

—¿A dónde vas? —preguntó su prima viéndola cojear hacía el ascensor.

—¡A hablar con Ryan!

—¡Está en quirófano! Está poniendo un marcapasos.

—¿Y tú qué haces aquí?

—¡Era mi operación, pero quiso que estuviera libre! —dijo exasperada entrando en el ascensor también—. ¿Y tus padres?

—Serán cinco minutos.

Cuando llegaron a la zona de quirófanos, Livi gimió al verla entrar en la zona restringida. —¡Me estoy jugando el puesto!

—Pues vete.

—¿Y perdérmelo?

—¿Está aquí o no?

—Quirófano tres.

Recorrió el pasillo decidida y entró a la sala de acero antes de ir hacía la escalera mientras una chica vestida de verde la miraba con los ojos como platos. —Tranquila —dijo Livi—. Es de psiquiatría.

—Qué poca gracia tienes —dijo subiendo las escaleras y mirando por el cristal. Le reconoció de inmediato y pulsó el botón del interfono tomando aire. Volvió a tomar aire de nuevo porque se estaba poniendo nerviosa y los de abajo levantaron la vista mirando de un lado a otro.

—Pareces una pervertida. ¿Quieres hablar de una vez? —Le recriminó su prima.

—¡Déjame pensar! ¡No seas pesada!

Vio como Ryan se tensaba y sacaba los brazos. —Davinia estoy trabajando.

Gimió fulminando con la mirada a su prima. —¡Ahora sabe que estoy aquí!

—Uy, perdona.

—No hay quien te aguante.

—Davinia…

Tomó aire de nuevo mirando su espalda y decidió lanzarse. ¿Qué podía pensar? ¿Que estaba loca?

—Hola.

—¡Ya sabe que estás aquí! Vete al grano.

—Como no te calles, te vas a enterar.

—No podrías cogerme —dijo Livi sentándose en una de las butacas divertida—. No puedes correr.

—¡Cierra el pico! —Se volvió al interfono mirando el cristal, pero él siguió trabajando. —Sé que no eres perfecto. Vaya si lo sé después que hicieras que me despidieran, de dejarme coja… Eso por no hablar de otras cosas de las que tenemos que hablar largo y tendido. Eres el hombre menos perfecto que conozco. —Al ver que se tensaba añadió a toda prisa —Aunque en tu profesión seguro que eres el mejor. —Los que estaban en quirófano se echaron a reír. —¡No tiene gracia!

—Estás sembrada —dijo su prima partiéndose de la risa.

Gimió avergonzada. —Lo sé. Bueno, lo que quiero decir es que a mí me gustas y sé que no eres Matt. Y que… me gustas. Mucho. Muchísimo, me gustas muchísimo y no quiero perderte. Nunca he hecho algo así antes, pero lo repetiré todas las veces que haga falta hasta que cedas porque quiero conocerte. —Se echó a reír. —Me acabo de dar cuenta de que casi no hemos hablado.

Las risas en el quirófano la pusieron como un tomate. —¿Queréis meteros en vuestras cosas? —dijo indignada.

—Nena, vete a casa —dijo muy tenso.

—¿Vendrás a verme?

Todos se quedaron en silencio mirando a Ryan que carraspeó antes de decir —Sí.

—No pareces muy entusiasmado —dijo mosqueada—. Oye, si no quieres venir, no quiero obligarte.

—¡Espérame en casa!

—Vale.

En quirófano se volvieron a reír y sonriendo de oreja a oreja miró a su prima que cruzada de brazos dijo —Catherine sí que tenía que haberte puesto medicación.

—Estoy sana como una manzana, ¿no lo has oído?

—A ver cómo le explicas todo esto, después de que vaya a echarte la bronca a casa por dejarle en evidencia delante del personal.

—¡Ha sido una declaración de amor!

—¡No le has dicho que le quieres!

—Es que es muy pronto. Tiene que ganárselo. Además, él tampoco me lo ha dicho.

—¿Cómo te lo va a decir después de lo que ha pasado?

—Por eso tenemos que conocernos. Iremos despacio.

—¡Ya verás cuando se entere tu madre de que estás preñada! ¡Te va a tirar de las orejas! —La miró maliciosa antes de correr hacía las escaleras. —Tonto el último.

—Ni se te ocurra, ¿me oyes? ¡Te despellejo viva como hables con mis padres!

—Nena….

La voz de Ryan la detuvo en seco y horrorizada miró al maldito interfono que seguía encendido. —¿Si?

—Apaga el botón, ¿quieres?

—Sí, claro. —Pulsó el botón a toda prisa y gimió apoyándose en la pared. Era un desastre. Menuda declaración de mierda. Entonces recordó a su prima y se sentó en el suelo para bajar los escalones de culo. Así era mucho más rápido.

Tuvo que discutir con su familia, que estaba en el aparcamiento esperándola, para que la llevaran a casa. Después discutió con su madre porque quería quedarse con ella. Tuvo que decir que Ryan iba a ir a verla para que se acabara esa discusión. Entonces empezó otra sobre qué tipo de relación tenían y a eso no sabía qué responder, así que dijo simplemente que iban a hablar.

—Voy preparando la boda —dijo su madre saliendo mosqueada de su casa.

Su padre silbó. —Habla en serio, hija.

—Lo sé.

En cuanto se fueron, miró alrededor y empezó recoger, pero vio un aviso de María que la avisaba que una tal Ellis Baker quería hablar con ella. Marcó el número de móvil que tenía allí y se sentó en una de las sillas.

—¿Diga?

—Buenas tardes, soy Davinia Smith. ¿Ellis Baker?

—Soy yo, espere un momento.

Estaba acostumbrada a que las esposas que se querían divorciar, la dejaran en espera para alejarse de los maridos que en ese momento estaban cerca, para que no se enteraran de nada.

—Ya está —dijo la mujer que por la voz parecía mayor—. He hablado con su secretaria y me dijo que estaba en un viaje de negocios. Me alegro que haya llamado.

María era un cielo. —Ahora soy toda suya. ¿Qué necesita de mí? —Se hizo el silencio al otro lado de la línea y sonrió porque no quería decirlo. —¿Un divorcio?

—Sí. Eso. Ya no aguanto más su carácter —susurró—. ¿Cuándo puedo verla?

—Espere que revise mi agenda. —Buscó la agenda encima de la mesa y pensó que sí que tenía que colocar aquello un poco. Cuando la encontró, revisó lo que tenía al día siguiente y vio que las citas de ese día habían sido pasadas para la semana siguiente. Así descansaría un poco. Al día siguiente solo tenía una cita en el juzgado por la mañana. —¿Le parece bien mañana por la tarde? Puedo hacerle un hueco a las cinco.

—Perfecto. A las cinco es perfecto porque tiene un compromiso.

—Bien, tendré que recibirla en mi piso porque en este momento estoy buscando un local nuevo.

—Sin problema. Me han dicho que es la mejor de la ciudad y la necesito.

Le dio la dirección y añadió —Le aconsejo que se haga la tonta.

—Tranquila, no tiene ni idea. Después de cuarenta años ni se lo imagina.

—Muy bien, no se preocupe. Ya tiene abogado. La veo mañana.

—Hasta mañana. Y gracias por atenderme tan rápido.

—De nada —dijo encantada antes de colgar—. Clienta satisfecha. Dinero, dinero.

Contenta siguió recogiendo y cuando lo dejó todo lo más pulcro posible, fue a darse una ducha. Estaba poniéndose un albornoz cuando llamaron a la puerta. ¿Ya estaba allí? No podía ser. ¡Si sólo había pasado una hora desde que había llegado a casa!

Caminó hasta la puerta a toda prisa y abrió la puerta. Clare estaba al otro lado y sonrió apoyando el hombro en el marco de la puerta. —Al parecer no han podido retenerte.

—Mi doctora me ha dejado salir por ser buena.

Clare se echó a reír. —Me alegro mucho. —Perdió la sonrisa poco a poco—¿Estás bien?

—Sí, gracias. Eres una amiga. Pasa.

—Te estabas arreglando y… —En ese momento sonó el timbre del ascensor y apareció Ryan que en cuanto las vio se detuvo en seco.

Clare entrecerró los ojos. —¿Y este qué hace aquí?

—Le he pedido que venga.

—No fastidies.

—Tú eres peligrosa —dijo señalando a Clare—. ¡Casi me rompes la nariz!

Atónita le miró la nariz y vio que la tenía algo hinchada. —¡Clare!

—¿Ahora te pones de su parte? ¡Este tío no tiene ningún tipo de sensibilidad! ¡Te sacó a rastras de tu casa! ¡Atada! ¡Te han echado por su culpa! ¡Por Dios, abre los ojos!

Ryan se tensó. —Creo que no es asunto tuyo. ¡Esto es entre Davinia y yo!

Asombrada miró a su amiga. —Te han lavado el cerebro, ¿verdad? Te han metido allí y te han comido el coco para que vuelvas con este insensible, ¿no es cierto?

Davinia entendió lo que quería decir y miró a Ryan indecisa. —¿No tienes nada que decir?

—Creo que si no confías en mí, esto no tiene sentido. Sé que te he hecho daño, pero has sido tú la que has dado el paso …

—¿Qué? —interrumpió Clare alucinando—. ¿Te has arrastrado tú? ¿Pero qué coño te pasa? ¿Cuándo se lo ha currado él sí puede saberse? ¿Cuándo te ha apoyado o te ha consolado? ¡De unas lágrimas que ha provocado él, por cierto!

Ryan se acercó furioso y cogió a Davinia por la cintura entrando en casa y cerrando de un portazo. —¡Seguiré aquí! —gritó su amiga—. ¡Seré la voz de tu conciencia y no me daré por vencida!

La miró a los ojos llevándola hasta la habitación y dejándola sobre la cama. Como había echado de menos mirar esos ojos y sentirle, mucho más de lo que había creído. Apoyada en sus hombros Ryan la sujetaba de la cintura y susurró —Al parecer he vuelto a meter la pata. Confiaste en mí para protegerte y no lo he hecho.

—Todavía no me lo creo. Cuando me lo dijo Livi esta mañana no lo asimilé del todo y cuando Catherine lo afirmó…

—Lo siento, nena. Parece que siempre meto la pata contigo, pero si me das otra oportunidad… siento haberte hecho daño.

—Sé que lo sientes. —Acarició su cuello sin darse cuenta. —Y yo siento que te sintieras mal por lo de Matt. Hasta que le descubriste fue perfecto.

—No te quiero engañar, nena. No estaré ahí siempre para ti, mi trabajo, mi vida… pero prometo abrazarte todas las noches.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y sonrió. —¿Y hay algo mejor que eso?

La abrazó con fuerza enterrando la cabeza entre sus pechos. —No he podido olvidarte, Davi. Lo he intentado, pero siempre estabas en mis pensamientos.

—Lo mismo digo —respondió enterrando los dedos en sus cabellos.

Él la miró a los ojos. —¿A mí o a Matt?

A Davi se le cortó el aliento. Que le dijera que no siempre estaría con ella y esa pregunta tan directa la pusieron alerta. —Lo escuchaste, ¿verdad? ¿Estabas detrás del espejo?

Se apartó dándole la espalda. —¡Así que él es más hombre que yo!

—¡Estaba dolida! —No se lo podía creer. ¡Había escuchado cosas que no le había contado a nadie! No tenía derecho a invadir así su intimidad. —Y no puedo creer que hayas hecho eso.

—¡Quería saber qué te ocurría!

—¡Querías saber si estaba así por ti! ¡Y descubriste que estaba afectada por lo de Matt!

—¡Dijiste que era más hombre que yo! ¡Era una máquina!

Le miró decepcionada. —Nunca lo vas a entender. —Se sentó en la cama negando con la cabeza. —Nunca lo entenderás.

—Nena, entiendo que necesitabas con quien desahogarte y te vino bien. ¡Y entiendo que te quité a tu mejor amigo, pero ahora estoy aquí y ya no lo necesitas!

—Pero si acabas de decir que…

—¡Pues te esperas a que llegue para desahogarte! —Reprimió una sonrisa y Ryan siseó —No tiene gracia. ¿Lo del embarazo no tendrá que ver con que quieras volver conmigo?

Miró a un lado y al otro pensando en ello. ¿Tendría que ver? No, ya había decidido volver con él o al menos insistir.

—¡Davinia!

—¡No me presiones! ¡Estoy pensando! Además, ¿no querías una oportunidad?

—¡Eres tú la que fuiste al quirófano!

—¡Encima! ¡Deberías estar suplicándome que vuelva contigo!

—¡Lo acabo de hacer! —gritó atónito.

—¿Entonces por qué estamos discutiendo?

—¡Para que no pienses que solo quiero hacer el amor contigo!

—Ah. ¿No me digas? Pues yo lo estoy deseando.

Él carraspeó aflojando la corbata. —¿Y si pedimos la cena? Deberías descansar.

—Catherine no me ha prohibido el sexo. Además, el sexo relaja.

—¿Quieres dejar de decir la palabra sexo? ¡Me estás poniendo nervioso!

—Sexo —dijo sensualmente—. Sexo, sexo. —Le miró a los ojos suspirando. —Orgasmo.

—Joder —dijo saliendo de la habitación—. ¡Necesito beber algo!

—¡Cariño, estás muy tenso! ¿Quieres sexo?

—¡Nena, voy a pedir la cena!

—Pizza, pero… —Él apareció con una botella de agua mineral en la mano para encontrársela desnuda sobre la cama boca abajo doblando las piernas mientras abrazaba la almohada mirándole con picardía. —Después. Que si no se enfría.

—Para ser tan cortada con los hombres, estás aprendiendo rápidamente.

Sonrió divertida. —Es que ya hay confianza. Lo que cuesta es lo del principio. ¿No quiere hacerme un reconocimiento, doctor? —Se echó a reír al ver su cara de asombro. —Siempre he querido decir algo así.

—¡Vístete de una vez! ¡Vamos a hacer las cosas bien desde el principio!

Se sentó de golpe. —¿Y eso qué quiere decir?

Sus ojos bajaron hasta sus pechos y gimió poniendo los ojos en blanco antes de salir de la habitación.

—¡Ni siquiera me has besado! —dijo indignada. Entonces se dio cuenta de lo que le ocurría. ¡Debía pensar que le quería para el sexo! Que seguía siendo el sustituto de Matt. Preocupada se puso el albornoz y salió cojeando de la habitación siguiéndole hasta la cocina, donde estaba mirando la propaganda de comida rápida que tenía en la puerta de la nevera. Se apoyó en el marco de la puerta y dijo suavemente —Cariño, no eres el sustituto de Matt.

—¿No? —Quitó un panfleto de la nevera y le dio la vuelta para leerlo como si fuera importantísimo.

—¡No! Y deberías alegrarte de que quiera tener sexo contigo porque es la única faceta que Matt no podía cumplir. En eso le ganas —dijo sonriendo intentando que la conversación no fuera tan seria.

—Le echas de menos —dijo muy serio.

—Pero ahora te tengo a ti para que me escuches. ¿No habíamos quedado en eso?

—¿Ves como soy un sustituto? —preguntó fulminándola con la mirada.

Esas palabras la exasperaron. —¡Está claro que no te vale nada! —Se acercó y cogió un menú de la nevera saliendo al salón para coger el teléfono. —¿Cómo te gusta la pizza?

—¿Cómo le gustaba a Matt? —preguntó acercándose para ver el menú.

—Tienes una mala leche… ¡Quizás deberías pedirle una cita a Catherine para que te dé un repaso!

—¡Ya me lo ha dado!

—¡Pues necesitas otra sesión! —le gritó a la cara.

Se tiraron el uno sobre el otro y Ryan entró en su boca devorándola abriendo su albornoz para

acariciar sus glúteos posesivamente. Gimiendo se puso de puntillas abrazando su cuello y él la elevó cogiéndola por el trasero. Davinia apartó su boca cuando la sentó sobre la mesa del comedor repleta de cosas. —No, aquí no que… —Se quedó sin aliento cuando entró en ella lentamente y cerró los ojos de placer aferrándose a sus hombros. Ryan besó su cuello bajando hasta su hombro iniciando una cadencia que fue acelerando poco a poco provocando que cada fibra de su ser se tensara intentando retenerle dentro de ella. Ryan reclamó su boca acelerando el ritmo y con un último y fuerte empellón, la catapultó a la gloria.

Capítulo 12

Cuando abrió los ojos abrazada a él, gimió al ver todos los expedientes tirados en el suelo. Le llevaría horas solucionar aquel lío, pero no podía decir nada. Se apartó sonriendo y le besó en la barbilla. —Ahora sí que puedes pedir la cena.

Entonces Ryan se tensó volviendo a mirar sobre su hombro empujándola hacía la mesa. —Serás pillín. ¿Quieres repetir?

—¿Por qué tienes aquí apuntado el nombre de mi madre?

Se apoyó en los codos sobre la mesa girando la cabeza. —¿Tu madre? ¿Dónde?

Furioso le puso la agenda ante la cara. —¡Esta! ¿Qué hace el nombre de mi madre aquí apuntado para … —Volvió a mirar la agenda. —¡Mañana a las cinco! ¡Y por cierto, no puedes trabajar!

—¿Ellis Baker es tu madre?

—¡Sí!

—¿No sería mejor que salieras de mí antes de hablar de esto?

Él se apartó subiéndose los pantalones mientras Davinia pensaba en cómo salir de aquel lío. —No tenéis el mismo apellido.

—Mi nombre completo es Ryan Baker Montgomery. Pero no entraba en la chapa.

—Muy gracioso. —Se cerró el albornoz y le miró con picardía. —Ha estado muy bien.

—¡Déjate de rollos! ¡Qué hace mi madre en tu agenda!

—Por cierto, no deberías registrar mis cosas.

—Joder, quiere divorciarse, ¿verdad? ¡Estás especializada en eso!

—No puedo hablar de nada relacionado con mis clientes. Al contrario que en tu hospital, yo sí sigo el secreto profesional.

—¡Ja! —La señaló con el dedo. —¡Es tu cliente!

—Algo así. Cariño, ahora tengo hambre.

—Pues pide la pizza.

—¿Se acabó el romanticismo?

—¡Sí, hasta que me digas qué es esto!

—Sólo te voy a decir que no la conozco, todavía.

—¡No puedes divorciar a mis padres!

—No, si yo sólo presentaría los papeles en caso que así fuera. Yo no divorcio a nadie. Eso lo hace el juez.

—¡Davinia!

—¡No tengo la culpa de que ella haya venido a mí! Es que soy muy buena. Deberías estar orgulloso.

—Estaré orgulloso cuando le digas a mi madre que se lo piense.

—¡Ni hablar! Es una clienta. Si quiere ayuda…

—¡Ayuda! ¡Quieres desplumar a mi padre!

Se mordió el interior de la mejilla pensando en ello. —No puedo dejarla tirada. Me necesita. Y por cierto, no puedes decir nada.

Atónito tiró la agenda sobre la mesa. —¡Quieres que me haga el tonto cuando mi novia, la madre de mi hijo, va a ayudar a mi madre a destrozar un matrimonio de cuarenta años!

—La pobre está harta. —Entrecerró los ojos. —A nosotros no nos pasará eso. Ya verás como no.

—¿Qué dirías si fuera al contrario?

—Mis padres se quieren.

—¡Los míos también!

Ella hizo una mueca. —Pues… —Sin salir de su asombro él se sentó. —Cariño, esto es trabajo. Yo la cuidaré. Es mejor que esté conmigo que con otro por ahí que la mal aconseje.

—¡A sacarle el dinero a mi padre!

—Es cuestión de justicia. Se llevará lo que le corresponde. No puedo representarles a los dos.

—¡Esto creará un conflicto entre nosotros!

—Si tú operaras a mi padre, yo no diría nada.

—Creo que es muy distinto. —Se levantó furioso y nervioso empezó a pasear de un lado a otro. —Pobre hombre. ¿Qué va a hacer sin ella? ¡Es el centro de su vida!

—Uff, menudo agobio.

—¡Eso lo dice la que me quiere para charlar!

—Fue idea tuya lo de que te cuente las cosas y hacemos algo más que hablar —dijo divertida.

—No tiene gracia. ¡Si tus padres se divorciaran, yo te apoyaría!

Entonces lo entendió y se acercó a él muy seria. —Lo siento, cariño. ¿Te afecta mucho? —Le acarició la mejilla. —¿Estás triste? Es algo que está en el día a día, pero es cierto que para ti debe ser duro que tus padres se divorcien. Estoy siendo muy insensible. ¿Me perdonas?

La cogió por la cintura pegándola a él. —¿No la representarás?

—Claro que sí. Pero te comprendo y te apoyo. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Claro que sí que no la representarás? ¿O claro que sí que la representarás?

—Ya me he comprometido y sabes que me tomo mi trabajo muy en serio. Deberías preocuparte por la raíz del problema y si ella no es feliz, tiene derecho a serlo.

—¡Estupendo! ¡Las fiestas del cumpleaños del niño serán fantásticas! —dijo apartándose.

—Y las Navidades y Acción de gracias…

—¡Davinia!

—Mucha gente tiene a sus padres divorciados. No es tan tremendo.

—¡A mi padre le vas a destrozar la vida!

—¡Pero no es culpa mía! ¡Si ni siquiera le conozco!

—¡Es un buen hombre!

—¡Entonces debería haber cuidado mejor a su mujer! —Se volvió a coger el teléfono, pero no estaba sobre la mesa. Se agachó para verlo tirado en el suelo y se arrodilló alargando la mano para cogerlo.

—Es que mi padre no puede estar jubilado. Lo lleva fatal —dijo él pensativo extendiendo la mano para levantarla.

—Ahora lo entiendo. ¿Te imaginas si no tuviéramos nuestras carreras? Sería agotador. —La fulminó con la mirada y se echó a reír. —No tienes sentido del humor.

—¿Cómo tu Matt?

—Era divertido.

Él gruñó por lo bajo y al mirar el suelo se agachó para recoger los papeles del suelo. Davinia sonrió mientras pedía la pizza familiar. Cuando dio la dirección colgó, dejó el teléfono y se cruzó de brazos. Le observó dejar los expedientes sobre la mesa sin colocar y él puso cara de arrepentimiento dándose cuenta del desastre. —¿Te ayudo a colocarlo?

El corazón le dio un vuelco porque en ese momento se dio cuenta de cuanto le quería y se acercó abrazándole por la espalda. —Mañana hablaré con tu madre y le diré que no puedo representarla. ¿De acuerdo?

Ryan suspiró del alivio. —¿De verdad?

—Así te quedarás más tranquilo.

—¿No debería llamarles? ¿Y si les cuento la noticia del niño? Eso les alegrará. —Sonrió como si hubiera dado con la solución.

—¿Seguro?

Le vio sacar el móvil y asentir confiado sonriendo de oreja a oreja. —¡Mamá! ¡Vas a ser abuela!

Gimió cuando no escuchó nada al otro lado y le susurró —¿Se ha cortado?

—¿Mamá? ¿Estás ahí?

Entonces escuchó gritos al otro lado y ella se acercó para escuchar, pero solo oía a un hombre gritando Ellis. —Joder, papá. ¿Qué pasa? —De repente se cortó y pálido la miró. —Tengo que irme.

—Sí, sí. Llámame —dijo preocupada.

Él fue corriendo hacía la puerta y se volvió de golpe—. No tengo tu número aquí. Lo tengo en el hospital.

A toda prisa cogió su tarjeta y se la tendió. —Llámame.

La besó rápidamente y salió de su piso a toda prisa. Ella hizo una mueca temiendo que la

madre de Ryan no se lo hubiera tomado demasiado bien.

Se comió dos porciones de pizza casi obligándose porque estaba un poco nerviosa por Ryan. Tenía que haber ido con él, pero todo fue tan rápido que ni se le ocurrió. Era una novia horrible. Al llegar las doce de la noche sin recibir una llamada se preocupó de verdad, pero debía tomarse la pastilla para dormir y suponía que Ryan no quería despertarla. Se la tomó con medio vaso de agua y se tumbó en la cama esperando que la llamara antes de tener que irse al juzgado.

A la mañana siguiente vestida con un traje gris y una camisa blanca fue al juzgado y la vista fue un desastre porque su documentación estaba equivocada. Se había levantado tan espesa que no había recordado que los expedientes estaban mezclados, así que tuvo que pedir un receso alegando que se estaba haciendo una investigación. Salió del paso con su clienta mientras que su marido había perdido todo el color de la cara. Antes de salir del juzgado llegó su abogado queriendo llegar a un acuerdo muy sustancioso. Lo habló con su clienta, que aceptó encantada.

Revisó su móvil, pero no había recibido llamadas. Preocupadísima cogió un taxi y fue hasta el hospital para hablar con Ryan, pero cuando llegó estaba en quirófano y no pensaba montar el numerito otra vez. Preguntó por Livi, pero había tenido guardia por la noche y tenía el día libre. Resignada a tener que esperar para saber qué había ocurrido, volvió a su casa donde María estaba comiendo una ensalada.

—¿Qué tal en el juzgado?

—Hemos ganado.

—Como siempre.

—Esta vez fue sin querer, te lo aseguro.

—Ya he arreglado este desastre.

—Gracias eres …

En ese momento llamaron a la puerta y abrió ella misma para ver al otro lado a una mujer muy rica de color de unos sesenta años. —¿Si?

—¿Es usted Davinia Smith?

—Sí, soy yo.

—Soy Ellis Baker. —Se quedó de piedra y atónita. —Sé que habíamos quedado a las cinco, pero mi marido ha cancelado su reunión para esta tarde y….

Ay, madre. —Por supuesto, pase. —La mujer pasó algo tímida y ella cerró la puerta. —¿No se apellidará Montgomery también?

—¿Qué?

—Déjelo. ¿Qué tal si se sienta y hablamos?

Nerviosa a las seis de la tarde se subía por las paredes y cuando llamaron a la puerta casi corrió para abrir para ver a Livi al otro lado con su madre. Decepcionada dejó caer los hombros.

—Me da la sensación que no nos esperabas a nosotras.

—A Ryan. Espero a Ryan o que me llame. No sé nada de él desde ayer por la noche.

—¿No lo habéis arreglado? —preguntó su madre decepcionada.

—Sí, o casi.

Les explicó lo que había ocurrido y su prima se levantó para coger el teléfono inalámbrico.

—¿Qué haces?

—Llamar al hospital. No puedes estar así. Sabes que no te conviene.

—Sí, hija. Tu prima lo averiguará.

Impaciente vio cómo preguntaba por él y asentía escuchando lo que le decían. —¿Puedes mirar en el ordenador si está ingresada una tal Ellis…

—Baker.

—Ellis Baker. Sí. Sí. —Miró a Davinia a los ojos. —¿No me digas?

—¿Qué? —Nerviosa se levantó del sofá. —¿Qué ocurre?

—Vale, gracias. —Pulsó la tecla roja para colgar y tomó aire. —Su madre no está ingresada. Él ha estado operando desde por la mañana y se fue a las cinco.

Sin comprender nada las miró a ambas. —¿Y yo?

—Ni idea.

—¡Dijo que me llamaría! ¡Y no me ha llamado! —gritó enfadada—. ¡Me he estado torturando todo el día por lo de su madre!

—Creo que no le ha dado importancia porque la enfermera con la que he hablado ha dicho que estaba de muy buen humor. Que si necesitaba pedirle algo, hoy era el mejor momento.

Asombrada se sentó en el sofá. Estaba claro que no era perfecto. La madre que lo parió. Se iba a enterar.

—Mamá, nos vamos.

Su madre se levantó de inmediato. —¿A dónde?

—Hoy duermo en tu casa.

Livi sonrió. —Bien hecho. Ponle en su sitio.

—Ya va siendo hora.

Se pasó toda la noche distraída en casa de sus padres. Aprovechando que había ido hasta allí y que Livi tenía el día libre, también se acercaron sus primos y sus tíos, así que estuvo entretenida.

No miró su móvil ni una sola vez porque estaba furiosa y cuando estaban charlando en la mesa después de terminar de cenar, llamaron a la puerta. Davinia miró a Livi furiosa. Al ver su expresión de inocencia supo que se había chivado. Sería bruja. Escuchó a Ryan hablar con su padre en el hall y no se movió de su silla. Cuando entraron en el comedor que estaba atestado, todos se levantaron a estrecharle la mano y saludarle. Todos menos ella. Iba vestido de sport con un polo negro y unos vaqueros. Estaba guapísimo y se acercó a ella. —Hola, nena. —Apoyó la mano en la mesa para besarla rápidamente y al ver su mirada de odio carraspeó. —Estupendo. ¿Has cenado? ¿Nos vamos?

Se levantó de golpe, casi golpeándole en la cabeza si no se llega a apartar a tiempo. —¿Nos disculpáis un momento? ¡Tenemos que hablar largo y tendido!

—¿Qué has hecho ahora, Ryan? —preguntó Bill divertido—. Tío, no das una.

—Esto es complicado.

—¡Complicado! ¡Ja!

Caminó hacía el salón y Ryan le miró la pierna. —Ya caminas mejor, nena.

—¡Déjate de chorradas! —Se volvió cruzándose de brazos. —¡No me has llamado!

—Tengo una razón buenísima para eso.

—¿Se ha muerto tu madre?

—No.

—¿Le ha dado un infarto y te has pasado toda la noche reanimándola? —preguntó entre dientes.

—Pues no.

—¡Pues entonces no es una buena razón para que no me hayas llamado o no hayas dormido conmigo como me prometiste que harías todas las noches! —gritó dolida.

Ryan palideció. —Nena…

—Estoy esperando esa razón tan buena para que no hayas llamado a tu novia embarazada, que salió del hospital apenas unas horas antes de que te largaras.

—Quizás no sea tan buena. —Como no decía nada carraspeó. —Fui a casa de mis padres y mi madre se había desmayado. Me quedé un rato con ellos, varias horas, y como seguramente estabas dormida, no te llamé ni fui a tu casa. —Eso se lo había imaginado, pero aún le quedaba todo el día de hoy. —Como ayer te despertaste tarde no quise molestar. Te iba a llamar al mediodía, pero surgió una urgencia y no pude llamarte.

—Saliste a las cinco.

—¡Pensaba ir a verte después de pasar por casa a cambiarme, pero no estabas! ¡Y no contestas al teléfono!

Le miró con desconfianza. —¿Tú no me la estarás pegando con otra?

—¡Si no tengo tiempo!

—Más te vale. ¿Qué han dicho tus padres?

Él sonrió aliviado. —¿Qué van a decir? Quieren conocerte para ver si eres una lagarta que quiere pillar a su maravilloso hijo.

—Por cierto. Tus padres no se van a divorciar.

—Me lo imaginé cuando se dieron varios besos de la emoción al decir que eras abogada, que te he acosado y destrozado tu vida hasta que te he dejado preñada.

—¿Y eso por qué les emocionó?

—Porque nunca he mostrado tanto interés por nadie.

Davinia sonrió encantada. —¿De verdad?

Sonrió agarrándola por la cintura para pegarla a él. —De verdad. —La besó suavemente en los labios. —Vamos a casa, nena. Estoy deseando abrazarte.

Capítulo 13

Siete meses después

Davinia entrecerró los ojos al ver unos calcetines de hombre tirados en el suelo del baño. Se acarició el vientre susurrando —Perfectamente imperfecto.

—¡Nena, me voy al hospital! —gritó él desde el piso de abajo.

Recorrió su enorme habitación y fue hasta las escaleras. —¡Es sábado!

—Me han llamado para una emergencia —dijo mirándola impotente.

—¡Habíamos quedado con tus padres para comprar la habitación de la niña!

—Vete tú. Os llamo cuando salga por si todavía no habéis decidido.

—¡Teníamos que decidirlo juntos!

—Lo siento, nena. Te veo luego. —Salió de casa antes de que pudiera seguir protestando y ella suspiró. Como apenas se habían mudado a la casa nueva hacía dos meses, habían estado muy ocupados con decorar la casa, retrasando elegir la habitación de la niña que le iban a regalar los padres de Ryan. Los dos tenían mucho trabajo y habían quedado que los fines de semana eran sólo suyos, pero Ryan no cumplía. Cuando no tenía algún congreso o una reunión directiva, había galas o cenas o urgencias como en ese caso. Decepcionada volvió a la habitación y entró en el vestidor para coger un vestido premamá en azul eléctrico con unas medias negras y unos zapatos con poco tacón porque tenía los pies muy hinchados. Como ya se había peinado sus rizos rubios, se maquilló ligeramente y miró el reloj que Ryan le había regalado en Navidad para ver que casi eran las diez. Bufó yendo hacía las escaleras porque no podía soportar a su suegra. Era una metomentodo que siempre estaba dando opiniones que no le pedía nadie. Sabía que no lo hacía con mala intención o al menos eso pensaba, porque sino sería el colmo, pero empezaba a molestarla mucho que todo le pareciera poco.

Ahora entendía cómo Ryan era así. Tenía que ser el mejor en todo. Era muy competitivo y si había llegado hasta donde había llegado, como le había dicho Catherine, era porque había trabajado como un mulo. Se quedó de piedra cuando conoció a sus padres, porque eran de una familia modesta de Staten Island. Cuando Ryan le había dicho que iba a ayudar a su madre a sacarle el dinero a su padre, se imaginó que tenían muy buena posición, pero no. Su padre era un jubilado de una empresa de contabilidad y ellos vivían bien, pero tampoco era nada comparado con las clientas que ella tenía, que manejaban millones de dólares. Eso por supuesto a ella no le

importó porque había nacido en una familia igual, pero cuando su Ellis se enteró de que era de Brooklyn, puso mala cara como si fuera de segunda. Eso la ofendió muchísimo, pero se mordió la lengua por Ryan.

Cuando sus padres organizaron una cena para que ambas familias se conocieran, se dijo que era estupendo porque así vería que no eran distintos a ellos, pero no fue así y cuando les invitaron a la cena de Navidad, su suegro criticó el pavo que habían hecho entre todas diciendo que estaba seco, lo que ofendió a su madre que estaba muy ilusionada con las fiestas. Daba la sensación que hubieran querido para su hijo algo más que una abogada de éxito, sino una abogada de éxito acompañada de una familia rica.

Después de meses juntos, Ryan le dijo que su piso era pequeño y que deberían comprar una casa. Por supuesto ella quería aportar la mitad porque era independiente económicamente, pero Ryan dijo que no. Que tenía bastante dinero como para comprar la casa que les apeteciera sin que ella se endeudara en un crédito. Lo vio lógico y accedió. Error. Eso le dio a su suegra la oportunidad de criticarla diciendo que él la mantenía. Por supuesto no lo hacía abiertamente. Por ejemplo, había dicho que ellos le regalarían la habitación del bebé ya que ella tenía que gastar su dinero en ese despacho que acababa de abrir y Ryan se había gastado su dinero en la casa de sus sueños. Por supuesto sus padres no habían sido tenidos en cuenta como si no tuvieran donde caerse muertos.

Estaba claro que su hombre perfecto había quedado muy lejos y tenía que lidiar con unos suegros menos perfectos aún.

—¿Tampoco te gusta esta cuna? —preguntó su suegra con ironía taladrándola con sus ojitos verdes detrás de sus gafas con montura dorada.

Miró la cuna negra que sería indicada en la casa de la familia Monster y negó con la cabeza. Cristian Baker Montgomery levantó las manos como si estuviera harto después de mirar en media tienda y Davinia rechinó los dientes antes de sonreír. —Quiero aquella —dijo señalando la gran cuna blanca en forma ovalada que tenía unas líneas limpias y sencillas.

—Pero esa es… tan sosa.

Qué pena que ella no fuera sosa también. —Es la que me gusta.

—¿Y esta?

Una en madera de pino con dosel. No había visto nada más feo en su vida y ni loca iba a dejar que su niña durmiera ahí. —La blanca.

—¿Pero sabes el problema que tendrás con las sábanas?

—¿Las sábanas?

—El colchón tiene una forma rara.

—Tiene sábanas especiales para ellas —dijo la dependienta harta de verles por allí.

—Perfecto —dijo Davinia sonriendo a la pobre chica.

—Serán más caras.

Miró su reloj de oro. —¿Dónde estará Ryan?

—Trabajando. Tiene que ganar dinero.

—Le pagan lo mismo vaya en sábado o no.

—Debe ser responsable con el trabajo —añadió su suegro—. Ellis encarguemos la blanca. ¿Tiene más muebles a juego?

—Sí, por supuesto —dijo la chica encantada de que se hubieran decidido—. Vengan, que les enseño el armario, el cambiador y la cómoda.

—Necesitaré dos cómodas —dijo ella para fastidiar. La habitación era muy grande. Ya la colocaría en algún sitio.

—Perfecto —dijo ella.

Cuando vieron la factura sus suegros se miraron. —Vaya, la cuna es muy cara.

—Es de diseño —dijo la dependienta—. La señora tiene un gusto muy chic.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Ellis con mala leche.

Harta del tema, abrió su bolso y sacó su cartera sacando su visa oro. —Cóbramelo a mí.

—¡No! Es nuestro regalo.

—Ya le regalareis otra cosa a la niña —dijo aclarando que el regalo era para el bebé y no para ella.

Ellis se sonrojó mirando a su marido que negó con la cabeza, pero la dependienta cogió su tarjeta mirando el nombre. —¿Puede darme algún carnet si no le importa? Son normas de la tienda.

—Sí, es de su novio —dijo su madre molesta.

—Aquí pone Davinia Smith.

—Tenga el carnet de conducir. —Se volvió hacía Ellis más que fastidiada. —Mira, ayer cobre cien mil dólares de mi último caso. Puedo permitirme comprar la habitación de mi hija y todo lo que me dé la gana, pero gracias por la oferta. Ahora me voy a casa a descansar porque me duele algo la cabeza de aguantar tu parloteo irónico y malintencionado. —Cogió la tarjeta sonriendo a la muchacha que se aguantaba la risa y dijo —Muchas gracias.

—Vuelva cuando quiera. Y sola mucho mejor.

—Será un placer. —Se volvió dejando a sus suegros con la boca abierta y salió de allí a toda pastilla con la cabeza muy alta.

Estaba viendo una película en la tele tumbada en el sofá con los pies en alto y comiéndose un libro de helado de chocolate cuando escuchó el portazo en la entrada. —¡Davinia!

Lamió la cuchara antes de volver a hundirla en el chocolate y miró el reloj. Las cuatro de la tarde. Él entró en el salón como un toro furioso e ignorándole siguió viendo la tele.

—¿Se puede saber qué has hecho? Mi madre me ha llamado llorando, diciendo que no has querido que compraran la habitación. ¡Qué les has dejado en ridículo ante los empleados de la tienda alardeando de tener más dinero que ellos! ¿Qué coño te pasa?

Bajó los pies del sofá y dejó el helado sobre la mesa antes de mirarle y estaba realmente furioso. —Cielo…

—¿Es cierto? ¿Tú les has dejado en ridículo y no has permitido que pagaran?

—No se resistieron demasiado, puedes creerme.

Eso le dejó helado y entrecerró los ojos como si nunca la hubiera visto. —¿Me estás vacilando?

—No. Pagué porque protestaron por el precio de los muebles que a mí me gustaban, después de presionarme durante horas para que comprara lo que yo no quería. Y les dije que tenía dinero, porque insinuaron que mi tarjeta era tuya como si fuera una mantenida. —Se levantó negando con la cabeza. —No pienso consentir que nadie me llame mantenida por muy padres tuyos que sean. Les sugerí que le compraran a la niña otra cosa. Punto.

—¿Que insinuaron que eras una mantenida? Saben que tienes una buena profesión. No digas tonterías.

Davinia apretó los labios y le miró a los ojos muy decepcionada. —¿Sabes? Me enamoré de ti en cuanto te vi.

Ryan parecía arrepentido y dio un paso hacia ella. —Nena…

Se alejó de él de inmediato levantando la mano. —Déjame hablar, por favor.

Él se tensó metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. —Cuando te conocí me di cuenta enseguida que no eras como Matt. —Sonrió con tristeza. —Eras mil veces mejor porque podía tocarte sentir tu aliento y hacerte enfadar. —Se echó a reír. —Con Matt nunca lo conseguía. Nos ocurrieron mil cosas en poco tiempo y lo superamos. Pensaba que funcionaría.

—Davinia esta conversación no me gusta —dijo muy tenso.

—Pero es que tengo que decírtelo porque ya no puedo más. —Sus ojos se llenaron de lágrimas mirando los suyos. —Lo siento. No sabes cómo lo siento, pero lo nuestro no funciona.

Se puso nervioso e intentó acercarse. —Nena, estás nerviosa y me he pasado, pero…

Negó con la cabeza y una lágrima cayó por su mejilla cortándole el aliento al ver la verdad en sus ojos. —Sabía que no eras perfecto, pero yo necesito a alguien que no solo me abrace por las noches. Necesito a alguien que me apoye y que esté a mi lado.

—¡Estoy aquí!

—No estás cuando te necesito. Nunca estás. Incluso el día de Navidad te fuiste después de dar los regalos. Prometiste estar conmigo los fines de semana y nunca estás.

—Lo siento, cambiaré. Haré unos ajustes y…

—No quiero obligarte a estar conmigo. No es justo. Si no has hecho esos ajustes ya, era porque no querías hacerlo.

—¡No puedo ser Matt! No puedes encenderme y apagarme cuando a ti te conviene. ¡No soy un juguete!

Se miraron a los ojos y ella susurró con tristeza —Si no entiendes la diferencia, está claro que no tenemos futuro.

Se volvió y se puso los zapatos cogiendo su bolso de la butaca. —Te llamaré cuando llegue el momento. Estaré en casa de mis padres. Ya he enviado las maletas, así que te dejo las llaves.

—¿Cómo que has enviado las maletas? ¿Cuándo has decidido esto?

—Cuando te fuiste al hospital. —Atravesó el hall y abrió la puerta. —Sabías lo importante que era este día y decidiste cuando saliste por esta misma puerta. Ahora he decidido yo.

—María, llama a la señora Baker y dile que venga en cuanto pueda. Arregla la cita lo antes posible —dijo al interfono antes de volver al ordenador y seguir redactando otra demanda de divorcio.

—Tienes una llamada —dijo la voz de su secretaria.

Cogió el auricular —¿Quién es?

—Tu ex novio.

Respiró hondo antes de pulsar el uno apoyando la espalda en el respaldo del sillón. —Dime.

—¿Cómo estás?

—Me has llamado esta mañana —dijo fastidiada porque escuchar su voz continuamente no se lo había esperado cuando se fue de su casa.

—Es que estás a punto de salir de cuentas y estoy preocupado. No deberías trabajar tanto.

—No puedes llamarme cada dos horas. Estamos separados.

Él se quedó callado y Davinia cerró los ojos porque sabía que le estaba haciendo daño. Ella también lo estaba pasando mal, pero ya lo habían intentado.

—Te echo de menos.

—Ryan…

—Te quiero, nena —dijo antes de colgar. Se lo decía tan pocas veces, que siempre se emocionaba cuando pronunciaba esas palabras.

Apretó el teléfono entre sus manos antes de colgar.

María se sentó ante su mesa y suspiró —¿Has ido a tu psiquiatra para hablar de esto?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me tirará de las orejas por ser una bruja que deja al perfecto de Ryan.

—No eres una bruja. —La miró fijamente. —¿Qué dice tu familia?

—Que soy una bruja.

—No fastidies.

—Para ellos Ryan es perfecto. Se lleva bien con todos, al contrario que yo que no soporto a su familia. Mi madre me dijo que ella también tuvo que soportar a la asquerosa de su suegra durante treinta años. Ahora me toca a mí.

María se echó a reír. —Tú no le has dejado por su madre.

—No —susurró con pena—. No le he dejado por eso. Mi prima Livi lo veía venir. Fue la única que lo vio venir.

—¿Y por qué se dio cuenta?

—Me dio un ataque de ansiedad cuando estábamos comprando un regalo para San Valentín.

—¿Y por qué te ocurrió?

—Me llamó para decir que no podíamos ir a cenar porque estaba esperando un corazón que llegaría en avión para un trasplante. —Miró al vacío. —Le di las entradas que tenía para la Ópera a mi prima para que fuera con Jack y disimulé cuando llegó a casa aparentando que todo iba bien.

—Igual ese es el problema. Que no deberías haber disimulado nada y has estallado tomándole por sorpresa.

—Sí, igual ese el problema. Me había dicho que le contara las cosas a él, pero hay ciertas cosas que si se cuentan, sabes que vas a provocar una discusión y quieres que todo sea perfecto cuando estás con él. Así que lo dejé pasar. Una y otra vez…

—No querías agobiarle.

—No y al final terminé siendo yo la que me agobié. ¿A que es irónico? —Intentó reprimir las lágrimas

—Es una mierda.

Se echó a reír sin poder evitarlo y asintió. —Sí, es una mierda.

Llamaron a la puerta y al levantar la vista Ellis estaba allí—¡No! —gritó sobresaltando a María—. Sal de aquí, por favor.

Ellis se sonrojó. —Sólo quería…

—¡He dicho que no! —Se levantó y se acercó a la puerta. —Me importa una mierda que lo sientas mucho y todas esas cosas que me vas a decir. ¡No tienes por qué! ¡Muchas gracias! —Cerró de un portazo y María abrió los ojos como platos. —Bien —dijo tocándose el vientre—, ¿qué nos toca ahora?

Era sábado y descalza únicamente con unos gruesos calcetines salió con su taza de café descafeinado al porche. Le encantaba tomarse el café allí por las mañanas igual que hacía todas las mañanas en el jardín trasero de la casa de Ryan. Ella la había encontrado gracias a una clienta, que después de su divorcio consideraba que era demasiado grande. Les encantó la casa y apenas cuatro días después empezaron con la mudanza. Quizás toda su relación había sido precipitada. Demasiado precipitada en todo.

Escuchó como se cerraba una puerta y levantó la vista de la taza para ver a Ryan acercándose por el camino hacia la casa. Él sonrió, pero esa sonrisa no llegó hasta sus ojos. Estaba triste y sintió un nudo en la garganta mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Subió las escaleras sin hablar y se acuclilló a su lado. —Hola, nena.

—¿Qué haces aquí?

Él cogió su taza de café y la colocó sobre la mesa antes de coger su mano. —Quería comprobar que estabas bien.

—Estoy bien. El bebé está bien.

Ryan sonrió alargando la mano libre y acariciando su mejilla. —¿Has dormido bien?

—No.

—Puede que me eches de menos.

—Puede.

Él suspiró antes de decir —Sé que no he cumplido con lo que te prometí y que mi trabajo se ha interpuesto entre nosotros mil veces. Pero no te mentí. Te dije cuando saliste del hospital que no siempre podría estar ahí para ti. Fui honesto contigo. Cuando estoy a tu lado tienes toda mi atención, cielo. Te lo juro.

—Lo sé.

—Sé que te he defraudado muchas veces como en Navidad y el día de San Valentín. Me di cuenta. Pero como no dijiste nada, supuse que lo entendías. —Acarició su cuello. —Lo habíamos hablado.

—Sí, pero a veces me siento muy sola. Es como si nunca pudiera contar contigo. Sé que no eres como Matt. Lo sé, te lo juro. Pero necesito que estés a mi lado.

—No sabía que ir con mi madre de compras te estresaba tanto —dijo divertido.

—No tiene gracia.

—Preciosa, tienes que volver a casa.

—¿Para qué?

—No puedo dormir si no estás a mi lado. —A Davinia se le cortó el aliento. —Eres parte de mí.

—Pues para ser parte de ti, me dejas a un lado cuanto te conviene.

Él sonrió divertido. —Te estás volviendo muy posesiva.

—¿Tú crees? —Pensó en ello. —Eso es porque te quiero y quiero estar contigo.

—Lo sé. Te prometo que estaré ahí en los momentos importantes. ¿De acuerdo? No volveré a dejarte sola en Navidades.

—Ni en los cumpleaños.

—En todas las fechas importantes estaré ahí. Te lo juro. —Se acercó besándola suavemente en los labios. —Te quiero, mi vida. Eres lo mejor que me ha pasado nunca y no quiero perderte. No soy perfecto, pero te apoyaré siempre.

—Yo tampoco soy perfecta. —Le abrazó con fuerza. —No puedo exigir que lo seas tú. —Le besó suavemente. —Te amo. Siento ser tan quisquillosa.

Él se echó a reír. —Nena, no eres quisquillosa. Otra me hubiera puesto verde después de lo de las Navidades. Intentaste controlarte y no deberías haberlo hecho.

—Me conoces muy bien.

—Sí que lo hago.

—Pues si ves que entro en zona roja, adviérteme primero.

—Lo haré. Pero eso no va a volver a ocurrir. Ya casi te tengo pillado el punto.

Ella se echó a reír abrazándole. —Te quiero. Llévame a casa.

Epílogo

—¿Dónde coño está Ryan? —gritó después de una contracción especialmente fuerte. Jadeó desde la cama mirando con rencor a todos, especialmente a Livi que chasqueó la lengua sentada en una de las sillas.

—Ya te he dicho mil veces que está en quirófano. ¿Qué culpa tiene él de que te pongas de parto justo durante una operación experimental? Empezó hace seis horas, así que puede que esté terminando.

—¡Mierda de parto natural! ¿Por qué no me has drogado?

—Pediste que no lo hicieran. Ahora tendrás que parir a pelo.

—Todo va bien. El médico ha dicho que te quedan dos centímetros. Llegará a tiempo. —Furiosa miró a su madre que rectificó —Puede que llegue a tiempo.

—Claro que llegará a tiempo —dijo incorporándose mostrando su bata de hospital rosa empapada de sudor—. Por aquí no paso.

—¿A dónde vas? —preguntó su prima alucinada.

—¡A por él!

—Pero hija… —Su madre miró a Livi. —¡Haz algo!

—¿La ato a la cama?

Sin darse ni cuenta de que estaba descalza, salió de la habitación sujetándose la barriga. —Ah, no. Esto sí que no —dijo para sí caminando por el pasillo.

—Señorita Smith. ¿A dónde va?

—¡Vuelvo ahora! —le gritó a la enfermera, que asustada corrió pasillo abajo seguramente para buscar a alguien que la ayudara.

Entró en el ascensor y fue hacía los quirófanos mientras los que estaban en el ascensor la miraban con los ojos como platos.

Se dobló de dolor y agarró a un tipo por la pechera gritando con fuerza. Asustado intentó soltarse, pero ella le cogía con fuerza casi ahogándolo porque retorcía su corbata —¿Se encuentra bien?

—¡Estaré bien cuando encuentre a mi hombre! —le gritó a la cara mientras una gota de sudor caía por su nariz—. Esta vez le mato.

—Entiendo. —El hombre forzó una sonrisa viéndola salir del ascensor. —¡Suerte!

Caminando como un pato llegó a las puertas de los quirófanos y empujó con fuerza haciéndolas chocar contra la pared con estrépito. Al subir las escaleras le dio otro dolor y gritó apoyándose en el siguiente escalón. Una enfermera de quirófano se acercó a ella por detrás. —

Por Dios, ¿qué hace aquí?

—¿Dónde está Ryan? ¿Está en este quirófano?

—Sí.

—Vale….

Subió los escalones apoyándose en las paredes y respirando agitadamente fulminó con la mirada a todos los que estaban allí observando la operación, que eran bastantes.

—Siento interrumpir —dijo furiosa antes de pulsar un botón y de mirar por el cristal—. ¡Ryan Montgomery como no muevas el culo hasta el paritorio, te juro que lo vas a pagar!

—¿Nena?

—¿Vas a tener un hijo con alguna otra? —gritó a los cuatro vientos.

—Estoy cerrando.

—¡Mira, al contrario que yo que me estoy abriendo!

—Cinco minutos. —Apoyó la mano en la pared jadeando mientras se doblaba y le escuchó preguntar —¿Cómo vas?

Gritó de dolor y varios médicos la rodearon preguntándole si estaba bien. —¡Apartaros de mí! —Miró por el cristal. —¡Ryan!

—¡Ya está! ¡Nena, ya voy!

Entonces ella abrió los ojos como platos antes de mirar hacia abajo sintiendo una necesidad de empujar insoportable y gritó —¡Tengo que tumbarme!

La cogieron por los brazos tumbándola en el suelo y abrió las piernas antes de gritar —¡Ryan!

De repente llegó apartando a todo el mundo y se arrodilló entre sus piernas. —Estoy aquí, nena —dijo pálido—. Tienes que empujar, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Toma aire y empuja.

Ella se agarró los muslos y empujó con fuerza. Dios, cómo dolía.

—Muy bien—dijo él sonriendo cuando ya no pudo más—. Otro más.

—¡Esto duele un montón! —gritó a punto de llorar.

Ryan la miró a los ojos. —Tú puedes, ¿de acuerdo? Estoy seguro de que puedes hacerlo. Venga, mi amor. Empuja de nuevo.

Volvió a empujar con fuerza poniéndose roja del esfuerzo y agotada se dejó caer sobre el suelo, donde alguien había colocado algo verde debajo de la cabeza a modo de almohada. Intentó hacer la respiración, pero no podía y levantó la cabeza. —¿Ya ha salido la cabeza?

Él hizo una mueca. —No cielo, tienes que seguir empujando.

—¡Quién me mandaría no pedir drogas! —gritó cogiéndose los muslos de nuevo antes de empujar con fuerza. Gritó con fuerza sudando a raudales del esfuerzo y vio que algo salía entre sus piernas. —Ya —dijo descansando de nuevo.

—Un empujón más —dijo él sonriendo—. Lo estás haciendo muy bien.

—Contenta me tienes —dijo entre dientes.

—¡Estoy aquí!

—¡No! ¡Soy yo la que está aquí! —Se agarró los muslos empujando de nuevo gritando de nuevo cuando ya no podía más.

Tumbada en el suelo escuchó el llanto de su hija y todos aplaudieron. No tenía ni fuerzas para echarles de allí. Envolvieron a la niña en una sábana verde y Ryan se acercó a su cara arrodillado, incorporándola para ponerla en sus brazos. —Estoy muy orgulloso de ti. Ha sido perfecto.

No pudo evitar sonreír pensando que tenían dos conceptos de la perfección bien distintos, pero aun así se querían. —Te quiero.

Él la besó en la frente. —Y yo a ti. Más que a nada y para siempre.

FIN